EL
HALCÓN
Y LA
ROSA
ARLETTE GENEVE

El HALCÓN
y la ROSA

Arlette Geneve

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Huelva, 1780, Reino de España

El cortejo fúnebre avanzaba con morosa solemnidad por las calles empedradas de Huelva. Bajo un cielo de plomo que exhalaba un hálito de salitre y vieja pólvora, el aire estaba cargado, casi irrespirable. Sobre los hombros de ocho marinos de la Real Armada descansaba el féretro de don Pedro Hidalgo de la Rosa, marqués de Valdeazores y capitán del Divino. Sobre la madera, el pabellón de su Majestad, con el león y el castillo primorosamente bordados en hilo de oro, parecía custodiar su postrer viaje. Tras ellos, un piquete de infantería marchaba con las armas a la funerala y el redoble lúgubre de los tambores ahogaba el rumor distante del muelle, aquel lugar donde su padre siempre encontraba la vida. Seguían la formación capitanes y tenientes de navío luciendo sus casacas de vueltas carmesíes y tricornios ladeados en señal de un luto que les pesaba tanto como el hierro de sus espadas. La multitud, conmovida, se abría a su paso en un silencio sepulcral: damas cubiertas con mantillas de encaje negro y caballeros que, con la cabeza descubierta y el rostro ensombrecido, rendían su último tributo al difunto.

Al llegar al cementerio, el silencio se rompió con las salvas de mosquetería: tres descargas cerradas que resonaron contra los muros de piedra como el eco de batallas pasadas. Eran los honores debidos a un marino de su talla. Bella Inés, con apenas catorce años, caminaba con el rostro oculto bajo el velo y la mano febrilmente asida al brazo de su madre. El ataúd le parecía un bajel en miniatura que navegaba por última vez hacia el puerto definitivo de tierra firme. En su memoria, las llegadas de su padre permanecían nítidas: el Divino embocando la ría con el velamen recogido y las bodegas cargadas de plata del Potosí, cacao y añil, mientras el clamor de la marinería anunciaba las riquezas de

Ultramar. Ella corría hacia el muelle con las faldas al viento, mientras doña Clara la esperaba en el balcón del palacio con el rostro iluminado y las manos entrelazadas en oración. Don Pedro descendía con la barba endurecida por la sal e impregnado del aroma a brea y brisa del Caribe, y la alzaba en vilo. «Mi rosa del escudo», le susurraba con voz quebrada por el afecto. Entonces, el hogar era un alcázar inexpugnable; las ausencias eran largas, sí, pero los regresos llenaban la casa de risas, de crónicas de tormentas superadas y de galeones defendidos de la codicia de los corsarios ingleses.

Pero ahora, el océano se lo había cobrado todo.

En el recinto sagrado, junto a la capilla de la Virgen Bella Inés Coronada —cuyo nombre llevaba la joven—, el capellán entonó un responso breve y solemne. El piquete presentó armas, sonó la Marcha Real y, tras la descarga final, la tierra sepultó la madera con un golpe seco que marcó el fin de una era. Bella Inés no derramó ni una lágrima: el llanto se había agotado en sus ojos desde que recibió la infausta noticia. Solo percibía un vacío que, como una marea creciente, inundaba su espíritu; una sensación de ahogo que le recordaba la profundidad de las aguas que ahora reclamaban a su padre.

Al regresar al Palacio de la Rosa, cuya fachada de cantería oscura se reformó un siglo atrás, se alzaba imponente con su escudo heráldico —una rosa entrelazada con anclas—, cuyo lema en latín ya era casi ilegible por la carcoma del tiempo y el salitre. El patio interior, de trazado mudéjar y fuente rumorosa, contrastaba con las estancias superiores, donde tapices deslucidos y retratos de hidalgos con ruanas y espadas reinaban en un silencio sepulcral. Doña Clara, recluida en sus aposentos, hilvanaba frases sin sentido con la mirada perdida en la inmensidad del Atlántico. Los médicos habían dictaminado que su enajenación era ya absoluta y aconsejaron privarla de la amargura del sepelio para evitar que la realidad terminara de quebrar su cordura.

Bella Inés buscó refugio en la galería alta. Bajo sus pies, en el salón principal, los veteranos del Divino y los oficiales de la Armada departían mientras tomaban copas de jerez. Con las voces veladas por el humo del tabaco y la tristeza, alababan la valentía del capitán

y contaban cómo había maniobrado contra los elementos y cómo había protegido el convoy hasta el último cañonazo. «No arrió bandera. Combatió hasta que el casco se hendió como una cáscara de nuez», afirmaba uno con orgullo herido. Otro añadió con amargura: «El Merciless surgió de entre la bruma. James Reiner estaba al mando, el conde de Lydd, según dicen. Hundió al Divino sin mostrar clemencia».

Bella Inés se inclinó sobre la balaustrada, oculta en la penumbra. Aquel nombre se le grabó en el pecho como una marca de hierro candente: James Reiner. El Merciless. El verdugo. El inglés que había segado la vida de su progenitor y demolido los cimientos de su mundo. Desde su más tierna infancia había sentido desdén por el mar, pues no era más que distancia, cartas que tardaban en llegar y noches de angustia esperando un regreso que, a veces, se hacía esperar demasiado. Pero ahora el mar no era solo distancia, sino el enemigo. El asesino.

Descendió la escalinata con sigilo y se detuvo ante el umbral del salón. Los marinos continuaban su conversación, ajenos a su presencia: «Reiner comanda con audacia impía. Ha jurado saquear todos los pabellones españoles que encuentre». Bella Inés cerró los ojos y un nuevo propósito arraigó en su interior, una determinación que desplazó al duelo. La venganza dejó de ser una quimera para convertirse en un juramento sagrado.

Salió al patio, donde la luz de la luna hería el escudo de la fachada. Allí, en la quietud de la noche, juró dar caza a aquel marino inglés, conducirlo ante la justicia o, si el destino así lo exigía, ajusticiarlo con sus propias manos. No importaría el sacrificio. Su odio era ahora un diamante: puro, absoluto e inmaculado.

El viento del Atlántico se coló por las rejas, trayendo consigo aromas de algas y promesas rotas. Bella Inés alzó el rostro desafiante. El mar rugiría con fuerza, pero ella, Bella Inés de Hidalgo y Guzmán, rugiría más fuerte todavía.

CAPÍTULO 1

Diez inviernos habían esculpido en Bella Inés una silueta de aristas afiladas. A sus veinticuatro años, la severidad de su mirada le otorgaba una dureza intemporal. El velo de luto infantil se había transformado en un corbatín de seda negra, el único vestigio de la niña que había jurado venganza en aquel patio. El palacio de la Rosa, antes su hogar, se había convertido en su centro de mando: una estructura de archivos y cartografía, y un astillero privado donde el aroma a brea reemplazaba al incienso de su infancia.

La herencia de don Pedro llegó intacta a sus manos gracias a Julián de Pacheco, su incansable secretario. Julián no era un empleado cualquiera, era hijo de uno de los orfanatos que su padre había fundado. El marqués lo había sacado de la miseria, pagándole los estudios y proporcionándole un techo digno bajo su protección. Aquel hombre, que recordaba la bondad del difunto marqués con una devoción casi religiosa, consideraba la tragedia de la familia Hidalgo como una afrenta personal. Por ello, había jurado ante la tumba de su protector defender los derechos de Bella Inés contra la voracidad de la Corona, protegiendo su patrimonio y tejiendo una red de subterfugios legales que mantenía a raya a los emisarios reales. Gracias a su pericia y al uso constante de doblones, el título de marqués de Valdeazores, que el Estado intentaba arrebatarle por falta de varón, pendía de un hilo legal que Bella Inés mantenía tenso con la paciencia de un depredador.

El resto de la herencia, sin embargo, ya era un imperio soberano: caudales en Sevilla, acciones de la Casa de Contratación y tierras en Cádiz que Julián administraba con celo férreo.

Mientras tanto, ella aprendió el oficio en el mismo puerto en el que el Divino ya no volvió. Contrató a maestros expertos: un oficial cartagenero, un artillero genovés proscrito y un contramaestre lusitano que blasfemaba en nueve tres lenguas. Le enseñaron a usar el sextante y las cartas esféricas, y a interpretar el viento en la espuma. La joven subía a la arboladura descalza, con el brial arremangado y el cabello en una trenza tensa, y trabajaba codo con

codo con los grumetes. Sus manos se llenaron de callos y sus uñas se rompieron contra la jarcia, pero a ella no le importaba: el mar ya no era una distancia, sino un instrumento de guerra.

Reclutó a su tripulación con ojo de verdugo. Buscó corsarios retirados y desertores con precio sobre sus cabezas, hombres que entendían la lealtad como un contrato pagado en oro y ron de contrabando. La apodaron «La Rosa Negra» en los tugurios del Mediterráneo y de La Habana, pero nadie se atrevía a repetir el apodo en voz alta en su presencia.

Como la Corte jamás habría concedido una patente de corso a una dama para atacar navíos ingleses en tiempos de paz, Julián de Pacheco maniobró en las sombras de la burocracia. Actuando como armador y representante legal de una próspera compañía de comercio marítimo, fue él quien registró los contratos de construcción y las licencias de navegación, manteniendo el nombre de Bella Inés lejos de cualquier sospecha. Bajo el pretexto del libre comercio, su primer bergantín, el Aurora de la Rosa —con sus velas negras ribeteadas en carmesí que ocultaban una andanada de cañones de dieciocho libras bajo una apariencia comercial—, salió a la mar como un carguero más.

Julián de Pacheco expandió esta fachada hasta constituir una flota, sumando la fragata ligera Mandoble a sus operaciones. Oficialmente, transportaban especias, sedas y marfil desde las rutas más remotas; en la práctica, los libros de cuentas que el secretario presentaba ante los inspectores de aduanas eran obras maestras de la falsificación. Gracias a su pericia, la fortuna que Bella Inés acumulaba crecía inmensa y herética, protegida siempre por el velo legal de un secretario que, ante el mundo, era el único y legítimo dueño de aquella flota, mientras que, en la realidad, él no era más que el fiel guardián de la venganza de su señora.

Parte de su tesoro financió una plantación en La Española: La Hacienda Guzmán, un nombre que su madre, recluida en el palacio y sumida en la demencia, ya no reconocía. Bella Inés la visitaba a menudo, soportando el silencio de sus delirios, sin esperar ya consuelo.

Pero su fuerza no era el lucro. Merodeaba por los pasos de las Antillas y el canal de las Bahamas, comprando voluntades y sobornando a los guardacostas. Buscaba al Merciless. Buscaba al capitán James Reiner.

Una noche, frente a la isla de Tortuga, un viejo bucanero le habló de un encuentro reciente: el Merciless había apresado un galeón, desembarcado a la tripulación y reducido el casco a cenizas. Lo mismo que había hecho con el Divino, salvo que, en ese encuentro, el capitán inglés no perdonó a la tripulación ni a su padre.

—Reiner no mata por placer —sentenció el hombre—, sino por costumbre. Bella Inés esbozó una sonrisa gélida y dijo:

—Una costumbre malsana que pienso quebrantar.

De regreso en Huelva, desplegaba mapas robados sobre la mesa de caoba de su padre. El Merciless era inconfundible: tres palos, aparejo de cruz y una nereida encadenada como mascarón. Los alfileres sobre los mapas marcaban el camino hacia su presa. El odio, afilado como el acero toledano, ya no gritaba; era una presencia constante y gélida. El mar rugía, pero ahora quien dominaba la marea era ella. La Rosa Negra navegaba e, ignorante, James Reiner se dirigía hacia el encuentro con su propia muerte en algún confín del horizonte.

CAPÍTULO 2

El carruaje avanzaba hacia el cerro de la Concepción. Una polvareda amarillenta se adhería a las ruedas como una costra. Bella Inés vestía luto riguroso: sin más adorno que el broche de plata con forma de rosa y ancla que había pertenecido a su padre. Llevaba el velo recogido, pues quería que el aire salobre le azotara el rostro. Aquel día, el mundo debía ser testigo de su determinación.

El hospital de San Juan de Dios era un edificio de muros de cal carcomidos por el salitre y techumbres de teja árabe que cedían bajo el peso de los años. En su interior, el aire estaba viciado: olía a humedad, a hierbas amargas para disipar los miasmas y a orines viejos. Los pasillos devolvían el eco de gemidos sordos y risas vacías.

Bella Inés entró sin anunciarse. El hermano portero, al verla, inclinó la cabeza y dijo: «Que la Santísima Virgen os ampare». Ella no respondió. Subió la escalinata, que crujía bajo sus botas, hasta el pabellón de damas. Al fondo, la puerta de roble. El fraile le entregó la llave con la mano temblorosa.

Doña Clara estaba sentada frente a la ventana enrejada, con la mirada fija en el horizonte donde el océano se fundía con el cielo. Sus cabellos, antaño negros, eran ahora una masa blanca y descuidada. Vestía una camisola de lienzo rústico manchada de comida. No se inmutó al oír el gozne y habló con voz quebradiza, casi pueril:

—La rosa no crece si el mar la inunda. La rosa se marchita... sin remedio.

Bella Inés se arrodilló a sus pies y tomó una de aquellas manos huesudas, frías como el nácar. Clara no la rechazó; permanecía inerte en su palma.

—Madre —susurró Bella Inés.

Clara volvió el rostro con lentitud. Sus ojos, nublados por una opacidad vidriosa, mostraron un destello fugaz antes de apagarse.

—El capitán retornará. Don Pedro ha de volver de las Indias… Traerá cacao y perlas. Perlas finas para mi niña.

Bella Inés sintió un nudo de hierro en la garganta. No permitió que una sola lágrima asomara; el llanto se le había secado ocho inviernos atrás. Tenía motivos para odiar al inglés. No solo le había arrebatado a su padre, también a su madre, pues, aunque estaba viva físicamente, su mente había muerto el mismo día que su esposo.

—Mi padre no ha de volver, madre. Pero yo sí. Regresaré por vos.

Clara esbozó una mueca desdentada que heló la sangre de su hija.

—El mar se lo cobró. El Merciless se lo llevó. Reiner… Reiner… Reiner.

Aquel nombre brotó de sus labios como un conjuro. Bella Inés sintió el pulso martilleándole en las sienes

Se puso en pie, besó la frente de pergamino de su madre y abandonó la estancia. En el pasillo, el religioso aguardaba.

—¿Cuánto tiempo le resta, hermano?

—Los médicos aseguran que no verá el fin del invierno —respondió el fraile, sin alzar la vista—. El cuerpo resiste por milagro, pero el juicio… el juicio se rindió a la sombra hace tiempo.

Bella Inés descendió y subió al carruaje. Una vez dentro, sacó de su jubón un mensaje recogido en La Habana. Las palabras subrayadas en ceniza ardían ante sus ojos:

«*Merciless avistado en la costa de Florida. Rumbo nordeste. Regreso a Gran Bretaña. Escala probable en las Azores. Capitán James Reiner al mando. Dotación mermada. Vulnerables al sur de las islas*».

Diez años de vigilia. Diez años de cartas náuticas, sobornos y estudios de los vientos alisios. Por fin, una ruta trazada, una prueba fehaciente.

El carruaje viró hacia los muelles. Bella Inés contempló a través del cristal el Atlántico, se veía sereno bajo el sol.

—Os hallaré, Reiner —murmuró—. Y, cuando lo haga, el Merciless será pasto de las llamas.

Aquel juramento fue una sentencia. El carruaje comtinuó hacia el puerto. Hacia la fragata Mandoble. Hacia la cacería.

***

Bella Inés mantenía la mirada en el horizonte. El hospital quedaba atrás, pero el eco del apellido Reiner aún resonaba en su pecho. Ahora, más nítido. Más inminente.

El Palacio de la Rosa se erguía al final de la calle empedrada. Su fachada de cantería oscura, curtida por el salitre, lucía ventanales con herrajes que emulaban olas. En el centro, el blasón: una rosa sobre un mar embravecido, con anclas cruzadas y el lema erosionado: *Rosa sine spina, mare sine fine*. En su interior, la construcción no guardaba el refinamiento de la corte, sino la dureza de una plaza fuerte: panoplias de aceros toledanos, arcabuces de culata labrada y un pequeño cañón de bronce al pie de la escalera señorial.

Bella Inés entró con paso firme. El anciano mayordomo inclinó la cabeza y dijo: «Sed bienvenida, señora». Ella se dirigió al gabinete de su padre. Sobre la mesa de caoba maciza había mapas, una brújula de latón y un catalejo. Allí estaba Daniel de Mendaña que, con cuarenta y cinco años, era un hombre enjuto, curtido por el sol de ambos hemisferios. Sus ojos oscuros tenían la fijeza de quien ha mirado a la muerte más de una vez. Huérfano, desertor de la Real Armada y superviviente de naufragios en el Caribe y el océano Índico, conocía las corrientes del Atlántico como las líneas de su mano. Para él, Bella Inés no era una dama de la nobleza, sino la capitana que salvaba el barco en medio de la galerna cuando los demás se encomendaban a Dios. Se puso en pie y la saludó con una inclinación castrense.

—Capitana.

—Daniel.

Ella tomó asiento, con la calma gélida de quien sabe que el destino se moldea con oro y voluntad. Daniel de Mendaña, con la parquedad de un veterano, deslizó un pliego sobre la mesa de caoba.

—El barco está listo, capitana. Será como un rayo en el agua —anunció con un brillo de orgullo en los ojos—. Es

significativamente más ligero que el Aurora de la Rosa y, me atrevería a decir, más ágil que cualquier navío de la Marina Real británica.

Bella Inés recorrió el pliego con la mirada, deteniéndose en los detalles técnicos. Sabía que aquel diseño no era fruto del azar: Julián de Pacheco, en su incansable labor de sombra, había localizado y contratado a un maestro constructor inglés que, por una suma de doblones tan desorbitante como escandalosa, había renunciado a su lealtad a la Corona inglesa para crear aquella obra de arte. El Tornado era su respuesta al peso del pasado. Ella había exigido ligereza, velocidad, la capacidad de golpear y desvanecerse, y gracias a la eficacia absoluta de su secretario —quien ejecutaba cada encargo suyo con precisión militar—, la nave estaba lista.

—El casco ha sido calafateado con las mejores resinas —continuó Mendaña, señalando las notas sobre la estructura—, la jarcia ha sido revisada palmo a palmo y la pólvora descansa seca en barriles sellados. Tenemos víveres para noventa días y cuarenta y ocho hombres de probada lealtad… o casi todos.

Bella Inés cerró el pliego y dejó que un atisbo de sonrisa tensa dibujara sus labios. El Tornado ya no era solo un barco; era la culminación de su estrategia, la herramienta definitiva para que la Rosa Negra pudiera moverse por el Atlántico como una sombra letal.

Bella Inés enarcó una ceja.

—¿Casi todos?

—He despedido a dos. Ricardo Sánchez y Felipe Castro por insubordinación. Sánchez andaba diciendo por cubierta que no acataría órdenes de una «rapaza». Los desembarqué esta mañana sin haberes. Les advertí que, si se acercan de nuevo al Tornado, los entregaré al corregidor por deserción.

Bella Inés asintió.

—Obrasteis con acierto.

—He cubierto sus puestos con dos grumetes que se portaron bien en la ruta de Barbados. Jóvenes y fuertes. La marinería ha comprendido el escarmiento; nadie cuestionará vuestra autoridad.

Bella Inés recorrió con el dedo la silueta del navío dibujada en el papel. Tornado. Un nombre que no era capricho, sino destino:

aquel barco sería la tempestad que devoraría al Merciless.

—¿Alguna novedad más, Daniel?

—Mi señora, lo más importante: viento de bolina favorable para zarpar al alba. Marea alta a las cinco. Pondremos rumbo a las Azores. Si la información obtenida y pagada con oro es cierta, le daremos caza al sur de San Miguel. Él navega con la quilla pesada; nosotros vamos ligeros, veloces como el azor.

Bella Inés cerró los ojos un instante. Imaginó el abordaje: las velas negras recortadas contra un cielo de ceniza, el estruendo de los cañones y el mascarón del Merciless —aquella nereida encadenada— saltando en astillas bajo su fuego. El capitán Reiner en el alcázar, espada en mano. Rostro contra rostro.

—Apruebo vuestras disposiciones, Daniel. El Tornado es nuestra mejor baza.

Mendaña inclinó la cabeza.

—Navegaré con vos hasta el fin, capitana. Hasta que el Merciless sea hundido en el fondo del océano.

Bella Inés se encaminó al ventanal. Abajo, el mar se extendía, negro y silente, bajo el cuarto creciente de la luna.

—Mañana, con la primera luz —dijo sin volverse—. Prevenid a los hombres. Esta singladura no es de comercio, sino de caza.

—Así se hará.

Daniel de Mendaña se retiró. Bella Inés permaneció junto al cristal. El reflejo le devolvía una mirada fría y una mandíbula tensa, marcada por la fina cicatriz de un cabo quebrado en alta mar. Ya no era la niña de catorce años. Era la Rosa Negra. James Reiner ignoraba que su hora estaba escrita en sangre.

CAPÍTULO 3

El alba despuntó del color de la ceniza, envuelta en una bruma que se adhería a los muelles como el humo de una andanada de cañones. Las campanas de la Concepción tañían a lo lejos, amortiguadas por el vapor de la ría. Bella Inés de Hidalgo y Guzmán bajó del carruaje con paso firme; su capa de paño negro ondeaba sobre los hombros y sus botas de montar marcaban un ritmo severo sobre la madera húmeda del espigón. No necesitaba escolta. El Tornado aguardaba amarrado en el extremo de la estacada, una silueta formidable: tres mástiles, el casco azabache con una cinta carmesí y, en la proa, un mascarón que representaba una rosa erizada de espinas de hierro forjado.

Daniel de Mendaña supervisaba los preparativos en el alcázar. Los hombres —cuarenta y ocho sombras con casacas de lana ruda y tricornios calados— se movían sin estrépito: estibaban pólvora, tensaban obenques y trincaban las cureñas de los cañones. Reinaba un silencio solemne; la marinería presentía que aquella singladura no buscaba añil ni especias, sino que exhalaba un aroma a salitre y a una deuda de sangre.

Bella Inés subió por la pasarela. Sintió bajo sus pies el balanceo del barco, una criatura viva. Acarició la proa, saludando a su montura de madera y lona. Mendaña se le acercó, inclinando la cabeza.

—Todo listo, capitana. La marea empieza a subir y sopla un viento fresco del noroeste. Izaremos velas en cuanto rebasemos la barra.

Ella asintió, escrutando la arboladura: las gavias y el foque estaban listos. Dirigió su mirada a la dotación, congregada en la cintura del barco.

—Escuchadme bien —sentenció con voz clara—. No partimos para mercadear. Partimos a cazar. El Merciless navega rumbo a las Azores; hundió al Divino y acabó con la vida de mi padre. Es el mismo navío, y, la misma nereida encadenada, luce en su proa. Lo apresaremos. Lo mandaremos al abismo. A su capitán lo traeremos

entre hierros: vivo si tiene a bien rendirse; muerto si se atreve a oponer resistencia.

Se hizo un silencio absoluto, solo perturbado por el lamer del agua contra el casco.

—Quien desee desembarcar, que dé un paso al frente ahora —continuó Bella Inés—. No habrá deshonor ni reproche; percibirá su haber y podrá marcharse en paz. Pero, una vez que hayamos largado las amarras, no habrá retorno. El que permanezca a bordo jurará conmigo: el Merciless arderá.

Nadie se movió. El compromiso estaba sellado en la cubierta del Tornado.

—Entonces —ordenó ella—, izad mi pabellón.

Un marinero corrió hacia la popa. Una bandera negra ascendió lentamente; no lucía emblemas reales, solo una rosa rojo sangre sobre fondo negro. Su declaración de guerra.

Daniel dio la voz:

—¡Largad amarras! ¡Acuartelad el foque! ¡Izad la mayor!

El Tornado se separó del muelle con una majestuosidad sombría. El viento prendió en la lona con un estampido seco y la madera cantó bajo la presión. Bella Inés se situó en el alcázar, con una mano en la caña del timón, sintiendo la fuerza del mar.

—Rumbo noroeste, cuarta al norte —dictó—. Las Azores. Al sur de San Miguel le daremos el encuentro.

Mendaña anotó el rumbo.

—Con estos aires, en doce jornadas avistaremos las islas.

—Él navega pesado, con la quilla hundida por el tabaco y el añil. Nosotros volamos.

Bella Inés fijó su mirada en el horizonte. La bruma se retiraba, dejando un Atlántico infinito.

—Cuando lo tenga a tiro de cañón —murmuró—, le haré saber el nombre de mi padre antes de que el hierro hable. Quiero que su última conciencia sea el motivo de su fin.

Daniel no replicó. El Tornado aceleró. La costa de Huelva se desvanecía; el Palacio de la Rosa no era ya más que una sombra remota en la distancia. Bella Inés alzó el rostro y recibió el azote de

la espuma. Tenía la sal en los labios y un odio puro, decantado por los años, en el pecho. La cacería había comenzado.

***

El Tornado hendía el Atlántico con su proa afilada, dejando a su paso una estela de espuma blanca. Habían pasado diez jornadas de singladura. El océano, inmutable y soberano, no era ni aliado ni enemigo, sino el abismo.

Bella Inés permanecía en el alcázar, donde el viento silbaba entre la jarcia como un lamento. No necesitaba gritar órdenes; su sola presencia, erguida y vigilante frente a la rueda del timón, era suficiente. Daniel de Mendaña era quien traducía esa voluntad en los rugidos que hacían vibrar la cubierta: «¡Virad por avante! ¡Templad las escotas!». La dotación obedecía al instante. Los grumetes trepaban por la arboladura con la agilidad de los gatos, los marineros de proa izaban las velas con manos curtidas por la sal, y los artilleros, en una coreografía ensayada hasta la saciedad, engrasaban las cureñas de las piezas de a dieciocho. El oro de Bella Inés era la cadena que los unía, pero la lealtad férrea de Mendaña era el yugo que mantenía el orden bajo sus pies.

Cuando el Tornado se estabilizó en su rumbo y el navío cortó las olas con precisión matemática, Bella abandonó la cubierta. Se retiró a la cámara principal, un aposento austero con mamparos de roble donde la única concesión al lujo era una lámpara de aceite que oscilaba con el vaivén del buque. Allí, sobre la mesa clavada al suelo, trazaba la derrota. Su pluma se deslizaba por el pergamino náutico mientras calculaba la deriva según las corrientes del golfo.

Mendaña entró poco después sin anunciarse, con el paso firme de quien conoce cada crujido del barco. Se sentó frente a ella e informó con brevedad: la guardia estaba relevada, el barómetro se mantenía estable y el horizonte permanecía limpio. Bella apenas levantó la vista, escudriñando los mapas, y preguntó por lo esencial: la profundidad de la sonda, el estado de la pólvora seca y el

inventario de las raciones. Él respondió con la precisión de un cronómetro. En la penumbra de aquel camarote, rodeados por el murmullo del mar contra el casco, ambos dejaron de ser capitana y lugarteniente para convertirse en una sola voluntad.

La vida a bordo fluía con el ritmo cíclico de la campana. Al alba, el chifle convocaba a los hombres, que baldeaban la cubierta con agua salobre hasta que la madera relucía. Durante la guardia diurna, los vigías de la cofa escudriñaban el mar en busca de una vela o un rastro de humo. Bella Inés, desde el alcázar, perseguía la visión de la nereida encadenada. Daniel patrullaba la cintura del navío, corrigiendo cabos o castigando con la mirada a cualquier rezagado.

Al atardecer, sobrevenía una calma tensa. Algunos marineros entonaban chanzonetas; voces roncas sobre el rasgueo de una vihuela. Bella Inés no participaba. Permanecía con Mendaña debatiendo tácticas: cómo ganar el barlovento o cómo trabar la jarcia enemiga con los garfios.

—Si el Merciless navega cargado, lo flanquearemos por la aleta —decía él.

—Lo flanquearemos y lo mandaremos al abismo —sentenciaba ella.

La noche traía el fulgor de las lámparas de aceite y un silencio roto solo por el crujir de las cuadernas, que sonaban como costillas de ballena bajo la presión del abismo. Bella Inés apenas descansaba. En sus sueños, el Merciless ardía; las llamas florecían como rosas de fuego sobre el agua. Despertaba siempre con el apellido Reiner amargándole los labios.

La galerna los alcanzó al duodécimo día. El cielo se tornó negro como tinta de sepia.

—¡Arriad la gavia! ¡Aferrad el velamen! —rugía Mendaña.

Los hombres corrían empapados, asegurando los cabos bajo el azote del temporal. Bella Inés se mantuvo en el alcázar, aferrada al pasamanos, con la ropa pegada al cuerpo. No intervenía; aquel era el reino de Mendaña. El Tornado emergió de la furia intacto, con los lienzos rasgados que remendaron al primer rayo de sol.

Bella Inés sentía que el pulso del mar se aceleraba al unísono con el suyo. Su odio se superponía en capas: la rosa sobre la nereida, el padre sobre el verdugo. Mendaña lo advertía en el brillo de sus ojos, pero guardaba silencio. Solo preparaba el acero.

CAPÍTULO 4

El Tornado emergió de la niebla como un barco negro recortado contra el verde de la isla de San Miguel. Habían bastado catorce días para cruzar el Atlántico, un tiempo excelente para un barco que navegaba ligero. Al divisar la costa, el Tornado redujo la velocidad y recogió parte de las velas mientras entraba en la bahía.

Desde el mar se veía Ponta Delgada: un grupo de casas blancas con tejados rojos pegadas a la piedra volcánica de la isla. El puerto era un lugar neutral donde barcos de todos los reinos compraban y vendían sin preguntar de dónde venían. A nadie le importaba la bandera negra con la rosa roja; solo querían cobrar los derechos de atraque y mirar hacia otro lado cuando veían los cañones asomando por los costados del barco.

Bella Inés estaba en la parte alta de la popa, mirando hacia el puerto con la mano apoyada en la barandilla. El aire olía a algas, a humo y al azúcar de los almacenes cercanos. Vestía de oscuro, con un abrigo de cuero largo hasta los tobillos.

Mendaña se acercó:

—Capitana, el piloto lemán viene de camino. Hay agua suficiente para entrar, pero hay rocas peligrosas por el este.

—Que tiren las dos anclas —ordenó Bella Inés—. No quiero que el barco se mueva. Nadie bajará a tierra sin mi permiso; desembarcaremos cuatro. Los demás se quedan a bordo, y que racionen el ron. No quiero marinos borrachos.

El hombre encargado de guiar los barcos subió a bordo. El Tornado avanzó hasta que el ancla cayó al fondo con un ruido seco. El navío quedó quieto, balanceándose suavemente en el agua.

Bella Inés bajó a tierra con Mendaña y dos hombres más. Bajo sus capas ocultaban cuchillos y pistolas. Entraron en una taberna llamada Âncora partida, un sitio oscuro que olía a cerveza vieja y tabaco. Bella Inés se sentó en un rincón mientras los otros dos empezaban a preguntar.

Media hora después, Mendaña volvió con expresión seria.

—Ha estado aquí. Se fue hace nueve días. El Merciless: de tres mástiles y la figura de una mujer encadenada en la proa. Lo capitanea James Reiner. Descargó parte de la mercancía, tomó agua y arregló los cañones. Dijeron que iban hacia el norte, pero el hombre que los guio escuchó que harían una parada al sur, en la isla de Santa María, esperando buenos vientos para seguir su camino.

—¿Santa María? —Bella Inés sintió un escalofrío—. Eso son dos días de navegación. Si van cargados, los alcanzaremos antes de que lleguen a la isla.

—El tabernero dice que tienen daños en un costado —añadió el otro hombre—. Quizás fue una pelea reciente. No es grave, pero les hace ir más lentos. Su tripulación parece cansada.

Bella Inés terminó su vino de un trago.

—Volvemos al barco. Zarpamos al atardecer. Rumbo sur. Si están en Santa María, allí encontrarán su final.

***

Al amanecer del día siguiente, el grito del vigía rompió el silencio:

—¡Vela a la vista! ¡Tres palos! ¡Rumbo noreste! ¡A dos leguas!

Bella Inés subió a la parte alta del mástil con la agilidad de un gato, descalza y con el pelo trenzado. El catalejo vibró en sus manos cuando enfocó la figura lejana que cortaba el horizonte. Allí, bajo la luz de la mañana, se encontraba su obsesión. El Merciless. Inconfundible, imponente y letal.

El barco enemigo se veía como una mancha de tinta sobre el mar, con tres mástiles altos y las velas infladas por un viento suave. Su casco, negro con adornos dorados ya desgastados, exhibía en la proa la figura de una mujer encadenada que parecía pedir auxilio. Los daños eran evidentes: tablones astillados y un gran agujero arreglado con prisas. Navegaba lento y con los mástiles desordenados, como si hubiera sufrido peleas recientes.

Bella Inés bajó al puente con la mirada fría, pero los ojos encendidos.

—Es él, Daniel. El Merciless. Va cargado, está herido y es vulnerable.

Mendaña, con el catalejo fijo, calculó la distancia.

—Dos leguas, capitana. Con este aire, los alcanzaremos antes del mediodía.

Bella Inés asintió con dureza.

—A por ellos. Dadles todas las velas. Que los artilleros preparen los cañones de estribor; cargad con bala y metralla para el combate cercano. No disparéis hasta que estemos a tiro de pistola. Quiero que nos vean venir; que sepan que el destino ha venido a buscarlos.

El Tornado aumentó la marcha. Los cabos vibraban bajo la tensión y la proa levantaba una espuma blanca. Los hombres trabajaban en silencio: cargaban los cañones, preparaban la pólvora y dejaban todo listo para el choque.

A las diez de la mañana, estaban a una legua de distancia. El Merciless, al verse amenazado, intentó girar para escapar, pero su casco dañado y la carga pesada lo frenaban. Bella Inés ordenó con voz clara:

—Girad a estribor. Cerradles el paso. Que no tengan escapatoria.

El Tornado se inclinó con elegancia, ganando terreno. A media legua, el Merciless disparó un cañonazo desde su popa; la bala cayó corta, levantando agua. Bella Inés sonrió sin piedad.

—Dadles réplica. Solo con el cañón de proa. Que entiendan que hemos venido a cobrar una deuda.

El artillero disparó. El humo blanco envolvió la proa del Tornado. La bala silbó y arrancó trozos de madera del palo mayor del enemigo, provocando gritos de pánico. El Merciless intentó huir hacia el sur, pero el barco de Bella Inés ya los tenía atrapados.

A poca distancia, Bella Inés dio la orden final:

—¡Preparad los cañones de estribor! ¡A mi señal!

Las bocas de los cañones asomaron por los lados. El aire olía a pólvora y sudor. El Merciless disparó sus cañones: uno rompió una vela del Tornado con un chasquido fuerte y un marinero cayó al suelo gritando.

Bella Inés alzó la mano, firme ante el peligro.

—¡Fuego!

El Tornado rugió. Diez cañones dispararon al unísono. El barco se sacudió y el estruendo pareció romper el cielo. Los disparos dieron en el blanco: dos nuevos agujeros se abrieron en el costado enemigo, la parte trasera del barco saltó en pedazos y una bala rompió el timón. El Merciless empezó a dar vueltas sin control.

—¡Recargad con metralla! —gritó Bella Inés—. ¡Acercaos para el abordaje!

El Tornado avanzó imparable. El enemigo intentaba defenderse, pero su timón roto los traicionaba. A trescientos metros, Bella Inés miró fijamente la figura de la mujer encadenada en la proa enemiga.

—James Reiner —susurró con odio—, mi padre se llamaba Pedro Hidalgo de la Rosa. Guardad su nombre, porque es lo último que vais a escuchar.

Los dos barcos se preparaban para el choque final. El mar, antes tranquilo, era ahora un campo de batalla lleno de humo. La cacería había terminado; empezaba el combate a muerte.

CAPÍTULO 5

El humo de la primera descarga aún flotaba entre los barcos como un velo gris y sucio, impregnado del olor a pólvora quemada y madera ardiendo. El Merciless ya se inclinaba hacia un lado, con el timón destrozado, dando vueltas sin control como una fiera herida que intentaba huir de un cazador más rápido. En su cubierta reinaba el caos: los marineros corrían con cubos para apagar el fuego, mientras otros arrastraban a los heridos hacia el interior del barco entre gritos y órdenes en inglés que se perdían en el viento.

Bella Inés estaba en la parte alta de la popa, quieta. La brisa agitaba su capa y le pegaba el pelo a la frente, que brillaba por el sudor. Sus ojos, fríos, no se apartaban de la figura de madera que decoraba la proa del barco enemigo: una mujer encadenada que ahora parecía aún más destrozada, con astillas colgando de los hombros como si fueran lágrimas.

—¡Cargad con metralla! —ordenó con una voz que se oyó por encima del ruido del combate—. ¡Barred la cubierta! Quiero que limpien las bordas antes de que nos enganchemos.

Mendaña repitió la orden. Los artilleros trabajaron rápido: colocaron clavos, tornillos y piedras sobre la pólvora, apretaron la carga y prepararon los cañones. A doscientos metros, el Merciless logró estabilizarse un segundo para mostrar su costado y disparar. Ocho cañones rugieron a la vez. Una bala golpeó la proa del Tornado, haciendo saltar trozos de madera y matando a dos grumetes al instante. Las astillas volaron como balas y una de ellas rozó la casaca de Daniel, dejándole un corte en el brazo que empezó a sangrar.

Bella Inés no pestañeó.

—¡Fuego a discreción! ¡Fuego!

El Tornado respondió con un trueno que hizo temblar todo el barco. La lluvia de hierro barrió la cubierta británica: los hombres caían como si los segara una guadaña invisible y el mascarón de la proa perdió la cabeza; la cadena rota quedó colgando de su cuello como un collar de vergüenza.

—¡Garfios! —gritó Bella Inés al acercarse—. ¡Preparad el abordaje por los lados!

Los hombres se lanzaron a los bordes del barco, lanzando los garfios de tres puntas con cuerdas gruesas. Los ganchos se clavaron en la madera del Merciless con un golpe seco. Tensaron las cuerdas y ambos navíos se unieron con un crujido de madera que sonó como un lamento, balanceándose juntos en una danza de muerte.

—¡Al abordaje! —gritó la capitana—. ¡Por el honor de la Rosa y la memoria del Divino!

La tripulación del Tornado saltó al vacío, una marea de acero y determinación que se estrelló contra la amura enemiga. Daniel encabezaba la acometida por proa con la furia de un vendaval, mientras que João y Matteo, silentes y letales, flanqueaban la retaguardia.

Bella Inés descendió sobre la cubierta del Merciless con la gracia de un depredador. No saltó como una más; aterrizó con paso firme, sintiendo bajo sus botas el estremecimiento de la madera. Empuñaba el sable de su padre, una hoja que parecía beberse la luz del sol, y en la otra mano, una pistola cuyo cañón que aun humeaba. Su pelo, suelto y salvaje, azotaba sus hombros como una bandera de guerra ante la tormenta.

La cubierta era un infierno. El aire sabía a pólvora quemada y a la sal espesa de la sangre derramada en el suelo. El fragor de la batalla era un ensordecedor choque de metales. Un soldado británico, acorralado por el pánico, se lanzó contra Bella Inés con un hacha de abordaje, buscando partirla en dos. Ella ni siquiera parpadeó. Era tanto el odio que la alimentaba que la volvía muy peligrosa y temeraria. Con una fluidez casi sobrenatural, pivotó sobre sus talones, dejando que el acero enemigo silbara en el vacío antes de hundir su sable, limpio y certero, en el costado del atacante. El soldado se desplomó sin un grito, ahogándose en su último aliento mientras la vida le abandonaba sobre las tablas manchadas.

Sin perder un segundo, Bella Inés avanzó hacia la popa, sorteando los cuerpos y los restos calcinados de la refriega. Sus ojos, fríos y centrados, ignoraban el caos circundante para buscar un

único objetivo. El puente del Merciless parecía un escenario olvidado; los defensores, diezmados, se habían atrincherado en la parte más alta, como ratas acorraladas. Allí, bajo la sombra de la arboladura dañada y junto a la rueda del timón astillada, estaba él.

James Reiner.

Era un hombre alto, con los hombros anchos bajo una casaca azul que el tiempo y el mar habían desgastado. Su pelo encanecido, empapado de sudor, se le pegaba a la frente, donde una herida abierta le teñía la camisa de rojo. Sus ojos, grises como el acero, la miraban con una dignidad desesperada. Sostenía una espada de oficial y una pistola que aún echaba humo. A su lado, tres hombres formaban un círculo defensivo, heridos y agotados, pero firmes.

Se hizo un silencio repentino en aquel rincón, solo roto por el rugido del mar y los gritos del combate que seguía en la proa. Bella Inés no se detuvo, apuntando con su pistola al pecho del hombre que había sido su sombra durante ocho años. Siguió avanzando hacia la popa, sorteando los restos de la batalla. A cada paso, el humo se disipaba lo suficiente para revelar su figura: era de estatura media, envuelta en un abrigo largo y oscuro que se movía con el viento, apenas permitiendo ver los pantalones de cuero negro que ceñían sus piernas. Su cabello castaño, alborotado por la refriega, atrapaba la luz cenicienta del incendio y lo transformaba en reflejos cobrizos, como brasas vivas.

Al llegar al pie del puente, se detuvo. Su rostro, de una belleza afilada y altiva, estaba apenas marcado por una fina cicatriz en la mejilla, un trazo pálido que no hacía más que resaltar la intensidad de su expresión.

Reiner la vio surgir de entre las volutas de humo negro. Lo primero que notó fue el sable español, cuya hoja goteaba una sangre que ya comenzaba a coagularse. Luego, sus ojos recorrieron el cuero oscuro de su atuendo hasta detenerse en un broche de plata que centelleaba en su pecho, un detalle tan elegante como fuera de lugar en medio de aquella carnicería.

Cuando finalmente alzó la vista y sus ojos se encontraron, Reiner sintió un escalofrío que nada tenía que ver con el frío del mar. Aquellos ojos, de un tono dorado antiguo, le recordaba a las

monedas de bronce enterradas y olvidadas por el tiempo. Pero no era su color lo que le heló la sangre; era la pureza del odio que ardía en ellos.

Reiner frunció el ceño, desconcertado. Intentó buscar en su memoria algún rastro de ella, un nombre, una cara, una deuda pendiente, pero no la conocía. Aquel odio visceral no era suyo, o al menos no lo era todavía.

—¿Quién sois? —logró articular él, mientras su mano empuñaba más fuerte su propia arma.

Bella Inés no respondió de inmediato. El odio en sus ojos pareció oscurecerse, y la cicatriz en su mentón se tensó con una sonrisa gélida. La pregunta de Reiner, cargada de una extrañeza genuina, solo parecía avivar el fuego que ella portaba dentro.

—¿Quién demonios sois? —volvió a preguntar—. ¿Dónde está el capitán de ese barco?

Bella Inés se detuvo a cinco pasos. A su alrededor, la pelea pareció detenerse; los hombres de ambos barcos se quedaron quietos, jadeando, para ver qué ocurría. Daniel de Mendaña se puso a su lado, con su espada en guardia, mientras los otros cubrían la espalda. Bella Inés respondió en un inglés fluido, aunque con marcado acento, hablando con la precisión de quien lleva años preparando un discurso:

—Soy el capitán del Tornado. Y vos sois James Reiner, conde de Lydd, el hombre que hundió el Divino. El verdugo de don Pedro Hidalgo de la Rosa.

Reiner parpadeó. El asombro le cambió la cara: primero duda, luego reconocimiento y, al final, una chispa de ironía.

—¿Una mujer? —susurró para sí—. ¿Todo este despliegue de hierro y sangre… por una mujer despechada?

Bella Inés dio un paso más, sintiendo la sangre bajo sus botas.

—No por una mujer —lo corrigió con los dientes apretados—. Sino por una hija que juró bajo el cielo que os daría caza hasta el fin del mundo.

Reiner soltó una carcajada seca, sin alegría. Miró su cubierta destrozada y la figura decapitada de la proa.

—Todos estos años persiguiéndome un fantasma… y resulta que la sombra era una dama con sable.

—No soy una dama —dijo Bella Inés con voz fría—. Soy la Rosa Negra. Y hoy he venido a cobrar lo que me debéis.

Reiner alzó su espada en un saludo marcial, una burla cínica que le crisparon los nervios a Bella Inés.

—Entonces, venid, Rosa Negra. Terminad vuestro destino.

Los hombres de Bella Inés se posicionaron, ella les hizo un gesto negativo. Le correspondía a ella enfrentarse al inglés. Bella Inés se lanzó al ataque. La diferencia fue evidente desde el primer choque: Reiner no solo tenía la técnica de un veterano, sino un peso y una potencia que hicieron vibrar el brazo de Bella Inés hasta casi entumecerlo. El acero chocó con un chirrido agudo; ella tuvo que retroceder dos pasos, con los dientes apretados, sintiendo cómo el impacto le subía por el hombro.

Él la presionaba, obligándola a ceder terreno. Reiner, confiado en su superioridad física, lanzó una estocada pesada y directa. Bella Inés la esquivó, pero no con elegancia, sino dejándose caer casi al suelo, sintiendo el roce del acero en su casaca. En un movimiento desesperado, lanzó un tajo ascendente que apenas le rasgó el antebrazo. El conde soltó un gruñido, pero no se inmutó; cambió la espada a la izquierda con una rapidez asombrosa y, sin dudar, disparó su pistola.

El impacto no fue letal, pero el fogonazo y el plomo le quemaron el hombro al pasarle rozando, despojándola del equilibrio. Bella Inés trastabilló, sintiendo un dolor punzante y caliente que le nubló la vista. Reiner se abalanzó sobre ella, oliendo a tabaco y pólvora, pero Bella Inés, en un arranque de furia ciega, le lanzó una estocada baja que le abrió el muslo.

Ambos cayeron, colisionando contra el entarimado. El aire se llenó del crujido de astillas bajo sus cuerpos. El peso de Reiner era abrumador; él buscó cortarle el cuello con el filo de su sable, pero Bella Inés reaccionó a tiempo y con el mango de su espada le golpeó en la sien con toda la fuerza que le quedaba. El conde boqueó, perdiendo el aliento, y ella logró zafarse, rodando hacia un lado para ponerse en pie, aunque su respiración era un siseo roto y

su hombro sangraba por la bala que la había rozado abriéndole la carne.

Reiner se puso en pie con esfuerzo, tambaleándose, apoyándose en la rueda del timón para no caer.

—¿Por qué no me matáis de una vez? —jadeó, con el rostro desencajado por el dolor de la entrepierna que no le permitía sujetar la espada.

Bella Inés se acercó, arrastrando el sable, la mano le temblaba de agotamiento. Sus ojos brillaban con una humedad amarga.

—Busco vuestra conciencia. Vais a morir por mi padre. Por mi madre, que perdió el juicio el día que lo asesinaron. Y por aquella niña a la que alimentasteis con odio hasta convertirla en vuestra verduga. ¡Moriréis por el capitán Pedro Hidalgo de la Rosa! ¡Moriréis por hundir el Divino!

Reiner bajó la guardia, no por clemencia, sino porque las palabras de ella parecieron fracturar su memoria. Sus ojos grises, antes fríos, se nublaron con un atisbo de reconocimiento.

—Fue una orden, señora —dijo, con una voz que sonó más vieja y cansada—. El Divino llevaba suministros para los rebeldes. Las órdenes del Almirantazgo no admitían espera.

Ella escupió en el suelo, con un desprecio que le quemaba más que la herida del hombro.

—Fue asesinato —lo corrigió Bella Inés con la voz quebrada por el peso de los años de luto—. ¡Mi padre protegía las posesiones del reino de España!

El último movimiento no fue una danza de espadachines, sino un ajuste de cuentas. Reiner intentó alzar su espada, pero su cuerpo no respondió con la rapidez de antes. Bella Inés cargó contra él, chocando su cuerpo contra el suyo para desviar el acero inglés. En el forcejeo, ella se coló en su guardia, hundiendo el sable toledano en su costado.

El acero entró profundo. Reiner abrió mucho los ojos, soltando un gorgoteo de sangre que manchó el broche de plata de ella. Cayó de rodillas, con las manos aferradas a la hoja que lo mantenía sujeto a la vida. Ella se inclinó, buscando sus ojos hasta el último aliento, y le susurró al oído con una frialdad que helaba el aire del mar:

—Pedro Hidalgo de la Rosa. Llevad su nombre ante el diablo porque es ahí donde os voy a enviar.

Retiró el sable y Reiner cayó de espaldas, mirando hacia el cielo gris. El silencio que siguió al último suspiro del conde fue más fuerte que cualquier cañonazo. Los marineros británicos, agotados y sin capitán, soltaron sus armas. Los sables y hachas cayeron sobre la madera ensangrentada. No hubo gritos de victoria, solo el sonido del viento entre los mástiles rotos.

Bella Inés se puso derecha sobre el cadáver. La sangre del enemigo le manchaba la ropa, pero su rostro era una máscara de piedra. Miró a Daniel de Mendaña, que limpiaba su espada con calma.

—Aseguradlo —ordenó—. El cuerpo del capitán será llevado al Tornado. Respecto a los supervivientes… que se rindan dictan las leyes de alta mar.

Daniel asintió y dio órdenes rápidas. Los hombres del Tornado rodearon a los británicos, les ataron las manos a la espalda con cuerdas y los obligaron a ponerse de rodillas junto al palo mayor. Un joven grumete de apenas quince años, con la cara sucia de hollín, lloraba en silencio mientras la cuerda le apretaba las muñecas. Bella Inés lo miró un instante; sus ojos no mostraron ni piedad ni odio.

João y Matteo bajaron a las bodegas del Merciless con faroles. Media hora después, salieron con el botín: fardos de añil protegidos por lonas, barriles de tabaco de Virginia sellados, sacos de café y un cofre de hierro pequeño, pero pesado, lleno de monedas de oro y reales de a ocho, producto de otros saqueos.

—Todo el botín es nuestro por derecho de presa —dijo la capitana con gesto cansado—. Pasadlo al Tornado con cuidado. No quiero que se pierda ni una onza.

Mientras los marineros trabajaban, Bella Inés se acercó al joven Thomas Hale. Se puso a su altura, y el muchacho la miró esperando el golpe. En su lugar, Bella Inés sacó dos monedas de oro y se las dio.

—Llevareis este mensaje a Inglaterra —dijo con voz fría—. A la familia Reiner o a los lores del Almirantazgo. Decidles que el Merciless fue capturado por la Rosa Negra. Que su capitán ha

muerto en combate y que su cuerpo vuelve a Huelva para ser enterrado, no como un héroe, sino como el verdugo del capitán Pedro Hidalgo de la Rosa. La deuda ha sido pagada.

La orden de hundir el Merciless fue inmediata; el orgullo de la Marina Real estaba sentenciado. Los hombres de Bella Inés, provistos de barrenas, agujerearon el casco bajo la línea de flotación mientras otros prendían fuego a las jarcias. Las llamas, anaranjadas y voraces, treparon por el velamen embreado como una enredadera de fuego, devorando el cordaje en segundos. El barco soltó un crujido agónico, una queja de madera vieja y clavos oxidados que cedían ante la presión del océano. La proa, pesada por el fuego y la entrada violenta del agua, comenzó su descenso al abismo, tragada por un mar que no guarda memoria de los vencidos

El viaje de regreso fue una procesión silenciosa. Las costas de Huelva aparecieron entre la niebla: el palacio de los Hidalgo se recortaba contra un cielo plomizo. La bandera negra con la rosa roja ondeaba orgullosa. La bodega del Tornado olía a humedad, a vinagre rancio y a de descomposición que ni el aire del mar lograba disipar. En la penumbra, el bulto encadenado reposaba sobre el lastre, un recordatorio silencioso de que el conde de Lydd ya no era más que carne y huesos destinados a la tierra de los Hidalgo. Durante los días de travesía, Bella Inés había bajado varias veces a la bodega, no para llorar, sino para asegurarse de que el peso del hierro siguiera sujetando su pasado contra la madera del barco, evitando que el mar se lo robara.

El Tornado fondeó frente a las tierras de los Hidalgo, un lugar donde el mar azotaba los acantilados con la misma furia de siempre. Bella Inés permaneció en la cubierta, envuelta en su abrigo de piel largo hasta lamer las tablas de madera, observaba la costa con una mirada ausente.

Daniel, su hombre de confianza, se acercó a ella con la cautela de quien conoce el peso de los silencios de su capitana.

—El cuerpo está listo, capitana —dijo él, evitando mirar hacia la escotilla de la bodega.

Ella ni siquiera parpadeó. Señaló con el mentón un punto baldío en la colina, un terreno azotado por el salitre donde nada

crecía, lejos del cementerio familiar y de los muros del palacio.

—No quiero ni una marca, ni una piedra, ni una oración —sentenció ella, con una voz que no dejaba lugar a réplicas—. En ese campo abierto, donde la tierra es tan dura que los arados la rechazan. Haced que lo entierren allí. Profundo.

Daniel asintió en silencio, señal de que entendía la importancia del encargo. No era solo un entierro, era un destierro definitivo.

—¿Y vos, capitana? ¿Bajareis a presenciarlo?

Bella Inés negó con la cabeza, manteniendo su posición, erguida y distante.

—Ese hombre no merece mi tiempo ni mi presencia. Llevad su carga y dejadla donde no pueda ser encontrada ni recordada. Que la tierra se lo trague como el mar se tragó sin honor al Merciless.

Vio cómo los hombres más bajaban el fardo de lona hacia el bote de desembarco. Los observó subir la colina, cargando el peso muerto del conde de Lydd, hasta que se convirtieron en figuras insignificantes contra el horizonte plomizo.

Tiempo después, Bella Inés bajó a tierra con la cabeza alta. Siempre que los sirvientes avistaban barco de los Hidalgo, enviaban el carruaje familiar. Ella se introdujo en el confortable interior, golpeó el techo, y el carruaje comenzó el regreso a su casa. Como la distancia entre el palacio y el puerto no era mucho, el viaje llevó apena veinte minutos. Ya en el patio interior, Bella Inés bajó de un salto, la fuente seguía con su sonido eterno. Subió al despacho de su padre, donde los mapas de las Indias aún mostraban rutas seguras. Allí, sola con su victoria, dejó el broche de plata sobre la mesa de caoba.

—Padre —susurró con la voz rota—, vuestro honor ha sido vengado.

Fuera, el Tornado descansaba mecido por la marea, un gigante de madera que había sobrevivido a la tormenta. El botín que habían recuperado del Merciless no solo serviría para aumentar la fortuna de los Hidalgo, también para financiar los largos pleitos por el título nobiliario y asegurar, de una vez por todas, el bienestar y el cuidado que su madre requería. Sin embargo, mientras el barco se mecía, Bella Inés no sentía el triunfo que esperaba.

Recordó el peso del cuerpo de Reiner contra el suyo, la dificultad de esquivar sus estocadas, la forma en que su propia fuerza flaqueaba ante la técnica de un veterano. El duelo no había sido la danza perfecta de justicia que imaginó; había sido un forcejeo agónico y sucio, una batalla donde la muerte le había rozado el hombro con demasiada cercanía. Comprender que no era invencible fue un golpe más duro que la bala que le quemó la piel.

Se asomó a la ventana, observando el Atlántico que rugía ante ella, una inmensa llanura azul oscuro que exigía más de lo que ella había ofrecido. La Corona española no lloraría a un conde inglés, pero los británicos eran peligrosos y tendrían sed de represalias. La paz era solo el tiempo que pasaba entre dos tormentas, y la próxima la encontraría diferente.

Bella Inés apretó los puños, sintiendo todavía la vibración del acero en sus dedos. Necesitaba ser más rápida, más precisa, más letal. Debía ser la mejor blandiendo el sable, convertir la técnica en una extensión de su voluntad para que, cuando el peligro volviera, no dependiera del azar ni de la temeridad, sino de una superioridad absoluta.

Mañana, se prometió mientras contemplaba el horizonte. Mañana comenzaría el entrenamiento. Mañana volvería a sudar sobre la cubierta, esta vez con la disciplina de quien sabe que su vida es la única garantía de su linaje.

CAPÍTULO 6

Hastings, Condado de Sussex, Inglaterra.

El viento del Canal de la Mancha traía un frío que se colaba por las grietas del castillo de Lydd, una fortaleza normanda de piedra vieja y torres cubiertas de musgo. Fuera, el cielo plomizo prometía una tormenta cercana. Dentro, en el salón principal, el fuego de la chimenea proyectaba sombras errantes sobre los tapices que decoraban las paredes, escenas de guerras medievales que parecían observar la estancia.

Lady Lisa Morrison, condesa de Lydd, estaba sentada frente al hogar, con las manos entrelazadas sobre un manto de lana. A sus cincuenta y cuatro años, conservaba una belleza aristocrática y marchita. Hija de un barón de Plymouth, se había criado entre el olor a brea de los astilleros antes de casarse con James Reiner. Ahora, consumida por años de miedo, pasaba el tiempo bordando o mirando el horizonte donde el mar gris se perdía con el cielo.

A su lado esperaba Brent, el heredero. Tenía veintisiete años y era la viva imagen de su padre: alto, de hombros anchos, con el cabello rubio, y sobre el cabello el sombrero de oficial de la Marina Real. Su ojos grises ocultaban una tormenta interior. Era capitán del Merciless II, el barco que su padre había armado con el oro de sus saqueos, Brent acababa de regresar de las Indias. Vestía su casaca azul con botones de latón y botas de cuero. Su silencio era el de un hombre que prefería escuchar el crujido de la madera antes que hablar.

La puerta del salón se abrió con un lamento metálico. El mayordomo, entró con prisa. Llevaba una bandeja de plata con un sobre sellado en rojo y otro papel arrugado que olía a mar.

—Milady —dijo con voz temblorosa—, ha llegado correo de Plymouth. Dicen que viene de Lisboa. Son noticias... del Merciless.

Lisa se puso rígida. Brent cruzó la sala en dos pasos y le arrebató el sobre, tratando de esconder su mano temblorosa.

—¿James? —preguntó ella—. ¿Es una carta de mi señor?

Brent rompió el sello. El papel estaba lleno de manchas de salitre y la tinta, emborronada por la humedad, parecía sangrar. Leyó en silencio con la mandíbula tensa hasta que todo pareció detenerse. Finalmente, le leyó la sentencia a su madre:

«*A quien corresponda en el condado de Lydd: soy Thomas Hale, grumete del Merciless. Fui liberado por la capitana del Tornado, la Rosa Negra. El Merciless fue apresado. Nuestro capitán, lord James Reiner, murió en combate durante el abordaje. La verduga declaró que era una venganza por el hundimiento del Divino y la muerte del capitán Pedro Hidalgo de la Rosa. El cuerpo de mi señor fue llevado a los dominios de La Rosa Negra. El barco ha sido hundido. Que Dios nos ayude*».

El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el fuego y el aullido del viento exterior que golpeaba los cristales. La esposa, ahora viuda, se llevó la mano al pecho, intentando ahogar un dolor sin nombre. Sus ojos se llenaron de lágrimas que se quedaron heladas en su mirada.

—James... —susurró—. Mi amado James.

Brent dobló el mensaje con una calma que daba miedo. Se acercó al ventanal y miró hacia el sur, hacia esas aguas españolas donde el honor de su familia acababa de romperse.

—Una mujer —dijo con incredulidad—. La Rosa Negra. ¿Cómo es posible? El Merciless era inalcanzable. Mi padre era la ley en el mar.

Lisa se puso en pie apoyándose en el sillón y puso una mano helada sobre el hombro de su hijo.

—Vuestro padre siempre decía que el océano no respeta lealtades, solo voluntades. Pero… ¿quién es esa Rosa Negra?

Brent se giró, con los ojos grises brillando como acero bajo la lluvia.

—El Divino. Recuerdo que mi padre lo mencionó una noche de invierno. Un barco que llevaba suministros para los rebeldes

americanos. Esa Rosa Negra ha guardado este rencor durante ocho inviernos para este momento.

Lisa soltó el chal, que cayó al suelo como un sudario.

—¿Y ahora, Brent? ¿Qué podemos hacer? ¿Ir al Almirantazgo? ¿Pedir justicia al Rey?

Brent negó con la cabeza, apretando el puño sobre el mango de su daga.

—Primero, la familia. Debo escribir a Julie. Mi hermana debe saber que nuestro padre ha muerto antes de que los periódicos de Londres conviertan su final en un chisme de taberna.

Brent se sentó ante el escritorio, mojó la pluma en el tintero y escribió una nota breve pero llena de rabia. Al acabar, puso el sello de la familia: un halcón sobre las olas. Llamó al mayordomo.

—Madre, enviad esto a Northumberland. Y otra copia al abuelo en Plymouth —ordenó con voz fría—. Él debe ser el primero en saberlo; sus contactos en el Almirantazgo son poderosos.

El mayordomo se retiró. Lisa se acercó al fuego, estirando sus manos pálidas hacia las llamas, buscando un calor que no le llegaba a los huesos. Había temido tantos años un desenlace así, que ahora, tras suceder, tenía el alma en vilo.

—Brent… ¿qué pasará con el Merciless II? ¿Qué pensáis hacer?

Su hijo la miró con una determinación feroz.

—Mi padre me dejó el mando y la responsabilidad de nuestro apellido. No dejaré que el nombre Reiner sea una burla en el reino de España. Si esa Rosa Negra cruzó el Atlántico para vengarse, yo cruzaré el Canal y bajaré hasta su misma puerta para ajustar cuentas. Y para traer los restos de mi padre a casa.

La madre asintió mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas, brillando con la luz del fuego.

—Que el cielo nos guarde —susurró—. Y que el mar tenga piedad de ella cuando llegue vuestro turno.

Fuera, el viento golpeaba los acantilados. Y días después, la noticia empezó a correr como el agua en un barco agujereado: desde las tabernas de los puertos hasta los salones de Londres. Los murmullos llenaban las calles. Una mujer pirata española había

acabado con un capitán del Rey; el Merciless estaba en el fondo del mar.

En el pecho de Brent Reiner nacía una nueva ambición, pero no buscaba justicia, sino recuperar su honor. El Canal de la Mancha rugía bajo la tormenta. Inglaterra, herida en su orgullo de dueña de los mares, rugía también. La venganza no había terminado; solo se había mudado de orilla, esperando a que llegara el momento propicio para una nueva carnicería.

CAPÍTULO 7

El invierno llegó antes de tiempo a la costa sur de Inglaterra. El viento del noroeste azotaba los acantilados de Hastings como una guadaña, desnudando los robles y estrellando las olas contra las piedras hasta convertirlas en una espuma blanca y violenta. En el castillo de Lydd, las chimeneas ardían día y noche, pero el frío se colaba por todas partes: en los pasillos de piedra, en las ventanas viejas y en el ánimo de quienes esperaban.

Brent Reiner se encontraba en la biblioteca, una sala de techos altos situada en la torre oeste, rodeado de estanterías de roble que albergaban tratados de navegación, diarios de capitanes y crónicas de batallas. Una lámpara de aceite iluminaba la mesa, donde se acumulaban papeles, informes del Almirantazgo y un sable de abordaje que Brent limpiaba con la meticulosidad de un orfebre usando un paño con aceite. El acero brillaba con un fulgor frío y la hoja tenía pequeñas muescas, cicatrices de peleas donde se había jugado la vida.

Frente a él, un mapa del Atlántico estaba sujeto con pesos de plomo. Líneas rojas trazaban la ruta del último viaje del Merciless: las Azores marcadas con una cruz negra y Huelva, en el sur del reino de España, señalada con un círculo rabioso. Junto a él, la carta del grumete y un nuevo informe de Plymouth; su abuelo, el barón de Haytor, había logrado sacar confesiones a marineros portugueses en los muelles. Las noticias eran claras:

«*La Rosa Negra no es un mito de taberna. Es real. Se rumorea que es una dama o prostituta, hija maldita del reino de España. Pero, se mueve con la precisión de un oficial y la crueldad de un pirata. Sus contactos llegan desde Lisboa hasta La Habana. La Corona española la tolera mientras no ataque a los barcos de la Real Compañía... de momento*».

Brent dejó el sable sobre la mesa con un golpe metálico. Se pasó la mano por el pelo rubio, y miró las llamas. Los recuerdos lo golpearon: James Reiner riendo en el puente, enseñándole a usar el sextante, contando historias de batallas. Ahora, aquel hombre era un

trofeo en un lugar desconocido, quizás esperando un juicio que Brent no estaba dispuesto a permitir.

Un golpe suave en la puerta anunció a la madre, que venía envuelta en un manto de lana gris. Tras ella venía el mayordomo con una bandeja. Sus ojos, aunque rojos de tanto llorar, mostraban una firmeza nueva.

—No habéis comido ni habéis dormido, hijo mío —dijo la madre con suavidad—. Vuestra mente está lejos de aquí.

—No hay lugar para el descanso cuando la deshonra está presente, madre. Debo conocer y memorizar cada detalle.

Lisa dejó la bandeja y se sentó frente a él.

—¿Cada detalle de la pirata?

—De la asesina —pronunció el nombre con lentitud—. Quiero saber su tamaño, sus aliados y sus debilidades. Quiero saber si reza a Dios antes de ordenar fuego. Porque cuando nuestros aceros se crucen, no será una guerra entre reinos, será una cuestión de sangre.

Lisa sacó un papel del bolsillo.

—Vuestro abuelo ha conseguido más. Un comerciante de Cádiz dice que la Rosa Negra es despiadada. Lleva un broche de plata con una rosa y un ancla. Lo mencionó para que podáis reconocerla. Su tripulación la sigue con un fervor casi religioso.

Brent leyó el papel en silencio. Cada frase era un clavo en su decisión.

—Me preocupa que nadie sepa nada, salvo su apodo, Rosa Negra, y el de su barco, Tornado —murmuró—. Pero en realidad solo me interesa una cosa de ella, que ha sujetado la espada que mató a mi padre.

La madre puso su mano sobre la de su hijo, tratando de darle un calor que la noche no ofrecía.

—No salgáis cegado por la rabia. El Merciless II es vuestro mando, pero la Rosa Negra ha demostrado ser un rival formidable. Ella supo esperar. Haced lo mismo. Buscad el apoyo del Almirantazgo, conseguid una patente oficial. Sed inteligente antes que valiente.

Brent levantó la cabeza. Sus ojos grises brillaban con una furia nueva y despiadada.

—No busco la legalidad de los tribunales, madre; busco la justicia de los hombres. No cometeré el error de precipitarme, pero os aseguro esto: ella sabrá quién sostiene la espada. Le haré escuchar el nombre de mi padre antes de que su vida termine. Le haré saber que Brent Reiner ha venido a equilibrar la balanza que ella rompió.

Se acercó a la ventana. Fuera, la noche caía sobre el Canal, negra y profunda. El faro de Hastings parpadeaba a lo lejos como un ojo vigilante.

—Mañana escribiré a Londres —sentenció—. Exigiré informes de cada barco que esa desgraciada capture. Compraré a quien haga falta en Portsmouth y Falmouth. Cuando el Merciless II despliegue sus velas, no habrá rincón del Atlántico donde se pueda esconder porque la encontraré.

Lisa lo abrazó, apoyando la frente en su espalda, sintiendo la tensión en sus músculos.

—Prometedme que volveréis, Brent. Que el mar no se llevará a dos hombres de esta casa.

—Volveré, madre. Con la cabeza de la Rosa Negra insertada en mi espada.

El fuego se apagó con un último crujido. En la mesa, el acero brillaba, sediento. Brent Reiner había jurado que cortaría la cabeza de la Rosa Negra, no por un odio ciego, sino por el deber de su apellido.

El Canal de la Mancha rugía su respuesta. Inglaterra preparaba su venganza. Y en algún lugar del océano, la Rosa navegaba sin saber que el Halcón ya había desplegado sus alas.

CAPÍTULO 8

El Almirantazgo se alzaba en Whitehall como un templo de sillería gris, una mole neoclásica con columnas dóricas que miraban con desprecio la ebullición de la vida en las calles de Londres. En su interior, el aire era espeso, una mezcla asfixiante de tinta ferrogálica, cera derretida y el fuerte tabaco de los marinos veteranos. Era el corazón frío del Imperio, donde el mundo se dividía en rutas, toneladas de carga y disparos de cañón.

Brent Reiner entró en el edificio con el paso pesado de quien porta un peso mayor que el de su uniforme. Llevaba la casaca de gala de la Royal Navy, con los bordados dorados reluciendo bajo una luz artificial. Llevaba el tricornio apretado bajo el brazo y la mirada al frente, clavada en los espejos de bronce que adornaban los corredores. Venía a exigir un ajuste de cuentas.

El señor Elias Thorne, un hombre que parecía haber olvidado cómo sonreír desde el reinado anterior, lo condujo a una cámara de audiencias. Allí, la luz de las velas se reflejaba en los rostros de piedra de los hombres que movían las piezas del tablero marítimo. Estaban el comodoro Sir George Rodney, un hombre cuya piel recordaba al pergamino curtido; el capitán Hargreaves, con sus dedos largos y nudosos como raíces; y un funcionario del Foreign Office, un tipo de piel pálida que parecía odiar la simple mención de un cañonazo.

Brent abrió su portafolio de cuero. No necesitó preámbulos. Dejó sobre la mesa de caoba la confesión de Thomas Hale y los informes de su abuelo, el barón de Haytor. Expuso los hechos con una parsimonia que cortaba el aire: el apresamiento del Merciless, la muerte de su padre y la ignominia de aquel «juicio de sangre» bajo bandera del reino de España. Su voz no era un ruego, sino una sentencia.

Rodney, que había visto barcos arder desde las Indias hasta las colonias americanas, tamborileó sobre la mesa.

—Capitán Reiner, no somos ajenos a la existencia de esa leyenda. La Rosa Negra es una baza que la corte de Madrid está

utilizando para desestabilizar nuestras líneas de suministro en el Caribe.

El funcionario del Foreign Office intervino con un tono de fastidio gélido, entrelazando sus dedos sobre un mapa de las rutas coloniales.

—Capitán, comprenda la delicadeza del momento. Londres y Madrid caminan sobre un filo de navaja. Desde que Carlos subió al trono tras la muerte de su padre, la corte madrileña es un hervidero de intrigas. Estamos en plena Crisis de Nutka: los españoles reclaman derechos exclusivos sobre toda la costa del Pacífico y han apresado nuestros buques. Si permitimos que se de caza al Tornado a pesar de que continúa sembrando el caos en el Caribe, le daremos a los sectores más belicistas de Madrid la excusa perfecta para incendiar las relaciones y forzar un conflicto abierto. La Corona no puede permitirse una guerra en dos océanos por culpa de una sola corsaria.

—Es un juego de ajedrez, lord Reiner —añadió Rodney—. Si enviamos un navío de línea contra la Rosa Negra, el embajador español en Londres elevará una protesta formal que obligará al Parlamento a desautorizarnos ante toda Europa. España aún se aferra a su reclamación de soberanía sobre esas aguas; cualquier incursión nuestra es una violación de fronteras que los Borbones, desde Madrid y Versalles, no dudarán en utilizar como casus belli para movilizar a la flota de Cádiz.

Brent dio un paso al frente, con sus ojos de acero frío clavados en el funcionario.

—Entonces, ¿debo permitir que el nombre de mi padre sea pisoteado por el miedo de un diplomático a lo que digan en Versalles o en el Palacio Real de Madrid? No solicito una guerra entre reinos. Solicito una patente de corso. Dadme la comisión para el Merciless II. Si encuentro al Tornado en alta mar, lejos de las aguas territoriales españolas, no será un acto de Estado, sino una escaramuza entre particulares. La Corona podrá negar mi existencia y la diplomacia podrá seguir su curso sin mancharse las manos de sangre.

Rodney y Hargreaves intercambiaron una breve mirada. El comodoro tomó el sello de bronce con el ancla real y, con un movimiento firme, marcó el pergamino.

—Se os concede una comisión limitada —dijo Rodney—. Patrulla de protección. Si la encontráis en mar abierto, haced lo que debáis. Pero recordad esto: el reino de España está buscando cualquier pretexto para recuperar Gibraltar y expulsarnos de las rutas del Pacífico. Si vuestra venganza personal desencadena un incidente diplomático que obligue a la Royal Navy a intervenir, seréis ahorcado en la Torre de Londres antes de que el sol se ponga. Sois un corsario independiente. Si falláis, estáis solo.

Antes de que Brent saliera, Rodney lo detuvo con una frase final:

—El odio es un arma de fuego lento. No permitáis que vuestra rabia os haga disparar antes de tener el blanco en la mira.

De regreso en el castillo de Lydd, la biblioteca parecía un lugar distinto. Brent no buscaba mapas de navegación, sino sombras. Convocó a dos hombres ante él: un marinero portugués que se movía como una rata por los bajos fondos de Cádiz y un mercader bátavo, un hombre sin escrúpulos que conocía cada cala de la costa onubense. Los llenó de oro y les dio órdenes que no admitían dudas.

—Quiero saber cada latido de su corazón —ordenó Brent—. Quiero que averigüéis qué contactos tiene en la corte de Madrid y si el ministro Godoy está protegiéndola como una baza política contra nosotros. Si la Rosa Negra es un peón en manos de la Corona española, necesito saber quién mueve el tablero.

Los agentes salieron antes de que el sol asomara. Brent, solo en la penumbra, se acercó a la mesa. Sobre el nombre de la Rosa negra, trazó con una pluma una línea de sangre que recorría todo el Atlántico. Escribió en el margen: «*Inveniam viam aut faciam*».

Fuera, el Canal de la Mancha rugía con una nueva furia. El Halcón de Lydd ya no solo vigilaba desde las torres, sino que ahora estaba afilando sus garras, esperando el momento de abalanzarse sobre una presa que, hasta ese momento, se creía intocable. La

partida estaba servida y el precio de la derrota no era solo la vida, sino el equilibrio de poder de todo el continente.

CAPÍTULO 9

El Palacio de la Rosa ya no era una simple mansión aristocrática frente al mar; era el centro de un poder sutil pero letal. Sus muros, que antes solo conocían la paz, estaban ahora vigilados por hombres de la dotación del Tornado: marineros que, bajo una ropa civil que no engañaba a nadie, portaban armas y una lealtad forjada en el fuego de la batalla. En el patio central parecía que la fuente sonaba para una audiencia extraña: mercaderes portugueses, pilotos genoveses y oficiales de la Armada Real que, entre copas de jerez, buscaban la protección de la mujer a la que el océano respetaba y los hombres temían.

La historia del Merciless se contaba en todos los puertos, desde los callejones de Cádiz hasta los muelles de Cartagena de Indias. Se decía que la capitana no solo había matado a un lord inglés, sino que había reclamado el mar como su dote privada. «La Rosa Negra no perdona» se había convertido en el estribillo de quienes vivían del comercio marítimo.

En el despacho de su padre, Bella Inés desplegaba cartas náuticas que ya no buscaban presas al azar, sino el control estratégico de un imperio marítimo. El Tornado había sido sometido a profundas reformas bajo la estricta supervisión de su lugarteniente Daniel de Mendaña: su artillería original había sido reemplazada por cañones de veinticuatro libras, piezas de gran calibre adquiridas discretamente en los astilleros de Róterdam, donde los mercaderes holandeses preferían la pesadez del oro español a cualquier tipo de lealtad política.

Bella Inés no solo comandaba un navío, sino que también gestionaba un imperio en la sombra. Para ello contaba con Elías Van den Berg, su intendente. Un hombre de origen flamenco, apátrida por convicción y exiliado por tradición, que operaba tanto en Sevilla bajo la máscara de un respetable mercader, como en Flandes. Van den Berg carecía de lealtad hacia la Corona española y esa era precisamente su mayor virtud: donde un oficial español vería traición, él veía un simple ajuste de cuentas. Desde sus despachos

en Ámsterdam, fue él quien supervisó el encargo de su nueva joya, el Espina de la Rosa, en los astilleros de Génova, asegurándose de que los pagos fluyeran a través de bancos suizos para que ni una sola onza de oro pudiera ser rastreada hasta el despacho de Bella Inés. Van den Berg era su arquitecto de lo invisible, el hombre que convertía el botín de la Tornado en acciones, suministros y un silencio blindado ante las sospechas de la corte.

Y para los asuntos oficiales Bella Inés contaba con Julián de Pacheco, que había logrado que el título de marqués de Valdeazores fuera indispensable. En los despachos de Madrid, el secretario había tejido una red de influencias que convertía la posible confiscación del marquesado de Valdeazores en un suicidio logístico para la propia Corona. Cada vez que los abogados reales intentaban invocar la reversión del título por falta de varón, Julián presentaba un nuevo expediente: un informe pormenorizado sobre cómo las rutas comerciales de las Indias sufrían un treinta por ciento menos de bajas gracias a la «patrulla privada» de la Casa Hidalgo.

Julián había hecho creer a los burócratas que la hija de tan noble marino, como lo había sido don Pedro Hidalgo de la Rosa, no era una usurpadora, sino un instrumento que operaba fuera del presupuesto real. En sus comunicaciones, la presentaba como una «viuda del mar» —adoptando el estatus legal de viuda de su propio linaje para blindarla bajo una figura de autoridad que la ley respetaba—, una aristócrata audaz que se encargaba del trabajo sucio que la Armada, exhausta y sin fondos, era incapaz de realizar frente al contrabando británico.

No es que la Corona hubiera dejado de cuestionar su legitimidad, sino que Julián había logrado que el rey, o al menos sus ministros más pragmáticos, prefirieran mirar a otro lado. «¿Para qué reclamar unas tierras que se administran solas y una flota que protege nuestros intereses sin cobrar un real de la Real Hacienda?», les susurraba Julián en los pasillos de El Pardo.

Así, los litigios se desvanecieron bajo una montaña de legajos y burocracia paralizante. Mientras los funcionarios perdían meses debatiendo la validez de los documentos, Bella Inés continuaba consolidando su poder. El título, por ahora, estaba a salvo, no por

benevolencia del trono, sino porque Julián había logrado que el marquesado de Valdeazores fuera demasiado útil —y demasiado peligroso— como para intentar arrebatárselo.

La influencia de la Rosa Negra era un hecho consumado, tanto en las cortes como en los muelles.

Sin embargo, para la noble dama, la caída del Merciless y el fin del conde de Lydd no habían sido el triunfo absoluto que su mente impaciente había fantaseado, sino un bautismo de fuego que le reveló una verdad incómoda: el odio, por sí solo, no ganaba batallas. El recuerdo de aquel duelo, donde su propio agotamiento y la torpeza de sus movimientos casi le cuestan la vida, la obsesionaba tanto como el eco de los últimos suspiros del verdugo de su padre. Tras aquel día, se juró que jamás volvería a confiar su destino a la fortuna ni a la rabia.

Durante el siguiente año, Bella Inés transformó la cubierta de sus naves y los campos de maniobra de su propiedad en un crisol de disciplina extrema. No escatimó en el precio de su aprendizaje: empleó una pequeña fortuna en atraer a un antiguo maestro de armas de la Escuela de Esgrima de Toledo, un hombre de acero y leyendas que, exiliado y amargado, aceptó pulir la técnica de ella con una exigencia implacable. Bajo su tutela, y junto a un mercenario corso experto en el uso letal de la pistola de duelo, Bella Inés dejó de pelear por venganza para hacerlo por cálculo. Aprendió que la eficacia del sable residía en el ahorro de energía y que una bala, para ser mortal, no necesitaba prisa, sino sangre fría. Se entrenó hasta que el peso del arma la sintió como una extensión de su propia extremidad, hasta que sus reflejos superaron al instinto. Ya no era la joven que se lanzaba al abordaje por temeridad; ahora, cada giro de muñeca y cada paso en falso de su oponente estaban marcados por una precisión milimétrica, tallada a base de sudor, acero y una disciplina de hierro que había pagado con creces.

Una tarde de marzo, la rutina del palacio se vio interrumpida cuando el capitán Almeida, un veterano de la marina mercante portuguesa, fue conducido ante ella. Llegaba tras ser escoltado por el Espina de la Rosa, cuyos capitanes lo habían rescatado en el último suspiro, justo cuando unos corsarios berberiscos estuvieron a

punto de dar caza a su mercante y vender a su tripulación como esclavos en el Magreb.

—Señora —dijo el hombre de mar, dejando un cofre de sándalo sobre la mesa—, mis bodegas os deben la vida. Aceptad este sable de empuñadura de plata. Perteneció a mi familia, pero hoy, la Rosa Negra es la única bandera que muchos nos atrevemos a seguir en estas aguas.

Bella Inés tomó el arma, sintió su equilibrio perfecto, pero la devolvió con una elegancia fría.

—Guardadlo, capitán. Mi acero sigue siendo el de mi padre. Pero vuestra lealtad es un puerto que valoro más que la plata.

Esa noche, Bella Inés reunió a su consejo privado: Daniel, João, el artillero Matteo y los mercaderes que alimentaban su red. La cena no fue un festejo, sino una junta de guerra.

—El mar tiene memoria y nunca olvida —sentenció Bella Inés, con el broche de plata brillando bajo la luz de las velas—. Ha llegado hasta mis oídos, que el verdugo tiene dos hijos, y que uno de ellos vendrá a buscarme. Y traerá el peso del Almirantazgo, también una furia heredada como la mía. Pero no esperaremos a que nos alcance en puerto. El Tornado pondrá rumbo a Santo Domingo en quince días. Allí consolidaremos la Hacienda Guzmán: ampliaremos los ingenios de azúcar y reforzaremos nuestra flota con nuevas piezas de artillería adquiridas en Curazao. El Espina patrullará las Bahamas. Yo seguiré siendo la Rosa Negra en el Tornado, porque este océano tiene dueña. Y quien ose surcarlo contra mi voluntad, conocerá el peso de mi ley.

Daniel de Mendaña, el único hombre que podía ver más allá de la máscara de la capitana, se acercó cuando los demás se retiraron. Su voz fue un susurro entre el fuego de la chimenea.

—Capitana… ¿y si el hijo del verdugo llega con una fuerza capaz de eclipsar a vuestro padre?

Bella Inés no apartó los ojos de las brasas, que ardían como un incendio en alta mar en el fondo de sus pupilas.

—Entonces, Daniel, le entregaré el mismo legado que a su padre: el nombre de Pedro Hidalgo de la Rosa. Le enseñaré que el

océano no rinde pleitesía a linajes ni a sexos, sino a la voluntad de quien tiene el valor de gobernarlo.

Se puso en pie. La cena había concluido. Fuera, el Atlántico golpeaba los muelles de Huelva con un ritmo sordo, como un corazón latiendo bajo la luz de plata de una luna creciente que parecía un garfio de acero colgado en el cielo.

Bella Inés subió a la galería superior del palacio, el mismo lugar desde donde, años atrás, una niña había visto cómo el honor de su familia se hundía con el Divino. Apoyó las manos en la barandilla de piedra, sintiendo el frío de la noche. El viento le traía el olor a brea, a salitre y la promesa de horizontes que ningún mapa conocía aún.

La huérfana había desaparecido, devorada por el tiempo. En su lugar, se alzaba una capitana cuya leyenda navegaba ya más rápido que su propio barco. El mar, ese juez que nunca descansaba, la reconocía por fin como parte de sí mismo.

***

El sol de verano caía como plomo fundido sobre el Palacio de la Rosa. El aire, denso y cargado, olía a salitre ardiente y a la brea fresca que los calafates aplicaban al casco del Tornado, que reposaba en dique seco tras una travesía violenta desde las Antillas. Dentro del palacio, el silencio era pesado; los retratos de los antepasados, con sus miradas severas, parecían observar el murmullo de la fuente como si el agua presagiara la tormenta que se gestaba en Madrid.

Bella Inés recibió la misiva en su despacho. El pliego, de un papel de gran calidad, venía lacrado con el sello del Gobierno: el león y el castillo flanqueando las columnas del Non Plus Ultra. El portador, un teniente de navío de modales gélidos, había llegado al alba y entregó el documento con la frialdad de quien presenta una declaración de guerra.

Bella Inés rompió el sello con la punta de su daga mientras Daniel de Mendaña, junto a la ventana, vigilaba su rostro buscando una sombra de duda que, como siempre, no apareció. Para aquellos hombres, su lealtad no se sostenía únicamente en las bolsas de doblones que Bella Inés repartía con generosidad; residía en el reconocimiento de una verdad incómoda para el patriarcado de la época: la capitana, aun siendo mujer, poseía una visión estratégica y un valor que humillaban a la mayoría de los herederos varones que pululaban por los salones de Madrid, Bella Inés leyó el contenido con voz tajante:

«*Por mandato de Su Majestad Carlos IV, se requiere a doña Bella Inés Hidalgo que comparezca ante el Consejo de Castilla. Se cuestiona la legitimidad de la sucesión femenina en dicho título, concedido en 1521 a favor de varones. Ante la ausencia de heredero masculino directo, la Corona contempla la reversión de la merced a la Real Hacienda. Se le concede audiencia en Madrid. De no personarse, se procederá al requerimiento de sus bienes: el Palacio de la Rosa, sus posesiones en Huelva y sus acciones en la Casa de Contratación. Firmado: El Conde de Floridablanca*».

—Floridablanca —dijo Daniel—. El hombre más poderoso del reino. Si él firma esto, no es un trámite, es un zarpazo al corazón de vuestro imperio.

Bella Inés se puso en pie, su figura recortada contra la luz cegadora del puerto.

—No buscan justicia, Daniel; buscan el oro que el Tornado ha sacado del mar. La Corona está arruinada por las guerras y ven en los títulos sin varón una presa fácil para llenar sus arcas. Pero se equivocan de víctima. El marquesado me pertenece, y no entregaré ni un solo sillar de este palacio sin presentar batalla.

Esa misma tarde se reunió con su secretario, el hombre más eficiente de cuantos conocía. Con Almeida, el mercader portugués, y un oficial cartagenero que había resultado muy útil en diferentes gestiones. Y por supuesto, también con el hombre al que le confiaría su vida, Daniel.

—El conde de Floridablanca no busca solo el título, señora —advirtió Julián de Pacheco—. Busca vuestra sumisión. Sus actividades marítimas han llegado a oídos del Consejo. El hundimiento del Merciless y el cadáver de un oficial británico han causado un terremoto diplomático. Vuestra merced incomoda tanto a Madrid como a Londres.

Bella Inés se inclinó sobre la mesa, con los ojos encendidos.

—¿Y qué puedo hacer? —hasta ese momento, el secretario se había ocupado de obstaculizar las reclamaciones de la corte, pero estaba claro que el reino necesitaba oro.

—Trataré de comprar la voluntad de la corona. Si a vuestra merced le parece bien, preparé una donación de cincuenta mil reales en plata de ley a la Real Hacienda. A cambio, exigiré el reconocimiento perpetuo de una patente de corso retroactiva que legalice cada andanada del Tornado.

Almeida, el mercader portugués, asintió con gravedad, y se sumó a la presión contra la corona.

—Moveré mis influencias en Lisboa. Si la corte española nota que Portugal respalda vuestras rutas, se pensarán dos veces antes de confiscar nada.

—Y yo —añadió el oficial cartagenero—, me aseguraré de que los funcionarios de la Casa de Contratación en Sevilla «extravíen» cualquier documento que pueda perjudicarla.

Bella Inés miró el lema de su linaje grabado en la piedra: *Rosa sine spina, mare sine fine*.

—No me rendiré. Daniel, preparad el Tornado. Si Floridablanca intenta el embargo, no hallará a nadie a quien arrestar. Me estableceré en la Hacienda Guzmán de Santo Domingo y desde allí gobernaré el Atlántico como una soberana proscrita si es necesario.

Esa noche, sola bajo el cielo andaluz, Bella Inés comprendió que la guerra había cambiado de forma. Ya no eran cañones contra madera, sino pluma contra pergamino y oro contra poder. Pero el mar seguía rugiendo en su sangre, recordándole que ella era la Rosa Negra, y que ni siquiera un Rey podía arrancar las espinas de quien ya era dueña del horizonte.

CAPÍTULO 10

El viaje desde Huelva hasta la villa de Madrid fue un despliegue de soberanía contenida. La noble no viajó como una hija huérfana suplicante, sino como una fuerza extranjera que exigía paso franco. Su carruaje pesonal, de un negro azabache que parecía absorber la luz del sol castellano, lucía el blasón de la Rosa y el Ancla en las portezuelas, un emblema que ya empezaba a infundir respeto en los puertos. Tras ella, otro carruaje. Daniel a veces cabalgaba al lado del carruaje principal, custodiándolo, otras, le hacía compañía desde el interior para animar las largas horas de viaje. Daniel había elegido como escolta a oficiales veteranos, curtidos en mil abordajes y maestros en la esgrima de combate; hombres cuya sola presencia, con sus manos siempre cerca de la empuñadura del sable, bastaba para disuadir a cualquier facineroso de los caminos. No vestían libreas de gala, sino el paño recio de quienes han visto la muerte de cerca, y su vigilancia constante sobre el carruaje era una advertencia silenciosa: aquel transporte no era solo el vehículo de una dama, sino un cofre de alta seguridad que nadie en su sano juicio intentaría asaltar. La escolta, profesional y letal, convertía la comitiva en una pequeña unidad táctica que se abría camino a través de la geografía del reino con la disciplina de un ejército privado.

En el segundo carruaje iban una pequeña cohorte de escribientes y hombres de leyes que Julián de Pacheco había reclutado, no tanto para asistir a los pleitos, sino para dar cuerpo a la ilusión de una administración robusta y organizada. En las postas donde descansaban, no aceptaba las humildes habitaciones de las posadas, sino que sus hombres requisaban las mejores estancias, transformando cada parada en un puesto de mando itinerante.

Bella Inés viajaba para imponer una negociación. A su paso, las miradas de los hidalgos locales y los funcionarios reales que se cruzaban con la comitiva no encontraban a una joven desamparada, sino a una presencia que emanaba el frío del Atlántico y el peso de una flota que, aunque invisible, se sentía en cada una de sus órdenes. Sabía que, al llegar a la Villa y Corte, su mayor enemigo no

sería la ley, sino la desidia de los poderosos; por eso, cada espadachín de su escolta y cada pergamino que su secretario llevaba en los baúles, estaban ahí para recordarles a los cortesanos de Floridablanca que el oro de los Hidalgo no solo financiaba barcos, sino que también era capaz de comprar el silencio, la lealtad o la ruina de quien se atreviera a interponerse en su camino.

La villa de Madrid era una caldera de contrastes. El olor a lodo seco de sus calles sin empedrar se mezclaba con el eco de los aguadores y una inquietud política asfixiante. Las noticias que llegaban de París, donde el pueblo llano desafiaba a los Borbones, hacían que la corte de Carlos extremara la vigilancia con una paranoia enfermiza. La villa olía a miedo y a pólvora vieja, una tensión que se filtraba incluso por los muros del Palacio Real. Bella Inés descendió ante el palacio sin velos ni encajes que ocultaran su propósito. El broche de plata en su pecho era su única joya; su determinación, su única armadura.

La audiencia tuvo lugar en el Salón de los Espejos. Bajo los frescos del techo y el reflejo infinito de los cristales venecianos aguardaba don José Moñino, conde de Floridablanca. Con sesenta años, el primer secretario era la encarnación del despotismo ilustrado: una peluca perfecta, una mirada que diseccionaba intenciones y una casaca oscura que portaba la banda de su propia orden.

Bella Inés avanzó por el mármol con una cadencia que no era de salón, sino de cubierta: equilibrada, firme. Su reverencia fue la de un oficial ante su almirante.

—Excelentísimo Señor —pronunció, y su voz no tembló ante la acústica de la sala—. Doña Bella Inés Hidalgo acude al llamado de Su Majestad.

Floridablanca guardó un silencio que pesaba más que las lámparas de cristal.

—Señora —repuso el conde con una suavidad ponzoñosa—. Madrid es una ciudad de ecos, y los que llegan del Atlántico hablan de una mujer que dicta su propia ley entre las Azores y el Golfo. El asunto de vuestro título es espinoso. La Corona, en estos tiempos de

zozobra europea, no puede permitirse mercedes que no estén debidamente vinculadas a la defensa del Estado por mano varonil.

—La mano que sostiene el título de mis antepasados, excelencia, ha defendido las rutas de Indias con más eficacia que muchas escuadras de la Armada, y no hablo sandeces —replicó Bella Inés, haciendo una seña a Daniel para que entregara los memoriales —. Ahí hallaréis las sentencias y los testimonios de los convoyes que el Tornado ha escoltado frente a la rapacidad británica.

Floridablanca ni siquiera rozó el legajo.

—Vuestras «escoltas» son, a ojos de Londres, actos de piratería. El hundimiento del Merciless ha provocado notas de protesta en la embajada. Si el Rey ratificara vuestro marquesado, el Reino de España estaría ratificando un duelo privado. Y, con Francia ardiendo, no deseamos que el León Británico despierte en nuestras costas.

Bella Inés apretó los labios.

—Entonces, legalizad mi fuego —dijo, dando un paso al frente e ignorando el movimiento de los guardias—. Ofrezco cincuenta mil reales de vellón y el diezmo de mis ingenios en Santo Domingo. A cambio, exijo una patente de corso que cubra mis acciones pasadas y futuras. Convertid a la Rosa Negra en un instrumento de la Corona y os entregaré el control del paso de las Azores sin que vuestra Real Hacienda gaste un maravedí en pólvora.

Floridablanca tamborileó con los dedos sobre el brazo de su sillón. La oferta era tentadora para un reino con las arcas exhaustas.

—Tenéis la audacia de vuestro padre, y la astucia que a él le faltó. Os concedo treinta días. Treinta días para que vuestros abogados y vuestro oro convenzan al Consejo de Castilla de que sois más útil como aliada que como proscrita. Pero advertid esto: si en ese plazo Inglaterra fuerza nuestra mano por vuestras hazañas, no habrá palacio ni título que os proteja de la Torre de Segovia.

Bella Inés hizo una inclinación mínima, casi un desafío.

—Treinta días bastarán. La Rosa Negra no teme a los despachos de Madrid; el papel arde más rápido que la madera, y yo estoy acostumbrada al incendio.

Salió del salón dejando tras de sí un rastro de asombro y reprobación. Una vez en el carruaje, mientras las ruedas chirriaban sobre el empedrado de la calle de Atocha, Bella Inés miró a Daniel. Su rostro era una máscara de mármol.

—Daniel, que los hombres partan hacia Cádiz y Lisboa esta misma noche. Comprad cada voluntad que sea necesaria. Si el Consejo de Castilla quiere pruebas, les daremos un alud de ellas. Y si deciden traicionarnos... —Bella Inés apretó los dientes en claro desafío—, el Tornado estará listo. Si Madrid me cierra las puertas, el océano me abrirá sus brazos.

Daniel asintió, pero su mirada se perdió en la penumbra del carruaje.

—¿Y si el hijo de Reiner llega a estas aguas antes de que expire el plazo?

Bella Inés sonrió, y fue una sonrisa de acero y sal.

—Entonces Floridablanca tendrá la prueba que busca. Verá cómo la Rosa Negra defiende lo que es suyo.

***

Los treinta días de gracia concedidos por Floridablanca fueron un campo de batalla donde no se disparó ni una sola bala, pero donde las estocadas de pluma fueron igual de letales: libelos anónimos, miradas de soslayo en los besamanos y susurros que recorrían las antecámaras como un reguero de pólvora. Bella Inés se instaló en una mansión de la calle de Atocha —propiedad de un socio luso—, con vistas a los chapiteles de San Jerónimo el Real. El carruaje negro abandonaba el zaguán cada alba y no regresaba hasta el ocaso, escoltado siempre por Daniel y dos hombres de mar que, bajo libreas de rigor, ocultaban pistolas cargadas y sables afilados.

El primer día, Bella Inés se personó en la Real Chancillería con un fardo de documentos que pesaba tanto como un cañón de a dieciocho: sentencias de 1750 que ratificaban la sucesión por línea

femenina, testamentos ológrafos de Rodrigo de Guzmán, fe de bautismo, nupcias y los justificantes de los quintos reales satisfechos en la Aduana de Cádiz durante décadas. El secretario de cámara, un hombrecillo de lentes gruesas y aliento a tabaco rancio, los aceptó con una sequedad funcionarial, sin levantar la vista, tratando de ignorar que aquella joven no solo desafiaba la ley de sucesión, sino el decoro que se esperaba de su sexo

—Vuestra merced presenta argumentos de peso —sentenció—, pero el rey busca hoy lealtades activas, no solo pergaminos. La Hacienda requiere pruebas de que defendéis los intereses del Altar y el Trono en alta mar.

Bella Inés esbozó una sonrisa de acero.

—Entonces, por el Cielo, que las tendrán.

Los días siguientes fueron una danza de audiencias y dádivas discretas. Por las mañanas, los bufetes de abogados eran un hervidero: don Felipe de Aranda llegó desde Sevilla con un testigo providencial, un oficial retirado de la Armada que había servido con Pedro Hidalgo en el Divino y que juró bajo fe de sacramento que el capitán había muerto defendiendo la plata del Rey frente a la piratería británica. Por las tardes, Bella Inés se infiltró en los salones de la aristocracia, palacetes de condes empobrecidos donde se tejían alianzas entre copas de jerez. Allí repartió doblones con mano de seda a cambio de memoriales de apoyo: «Doña Inés ha librado mis naves de la morisma», rezaban algunos; «Su celo mantiene el comercio de Indias mientras la Armada atiende a Europa», decían otros.

Pero la corte era un nido de áspides. Una mañana apareció un pasquín bajo la puerta que decía: «La Rosa Negra es una corsaria disfrazada; el Rey debe saber que trafica con contrabando en Santo Domingo». Bella Inés lo leyó sin que un solo músculo de su rostro se inmutara y lo entregó a las llamas de la chimenea.

Una tarde, en el salón de la condesa de Montehermoso, un emigrante francés se acercó con una copa de cristal.

—Madame —murmuró con galantería—, se rumorea que una dama española guarda el cadáver de un lord inglés como trofeo. La Embajada Británica ha enviado una nota al secretario de Estado.

Exigen el cuerpo para un entierro con honores. De lo contrario, habrá... —fricciones diplomáticas.

Bella Inés lo midió con la mirada.

—Decid a vuestros amigos, monsieur, que los restos del capitán Reiner reposan bajo mi custodia. Y que, si Londres tanto ansía recuperarlos, que envíen a alguien con el valor suficiente para reclamarlos en mi cubierta.

El francés palideció y se batió en retirada. Daniel, al salir el hombre, murmuró:

—Están tanteando el grosor de vuestra piel, capitana.

—Pero ellos ignoran que no es piel lo que tengo, Daniel. Es coraza.

El plan definitivo se fraguó en la tercera semana. Bella Inés obtuvo una audiencia reservada con el marqués de Sonora, ministro de Indias, un hombre que medía el mundo en fanegas y doblones. Bella Inés desplegó las cartas de Santo Domingo: la hacienda Guzmán producía añil, azúcar y café por valor de doscientos mil reales anuales. Ofreció duplicar las contribuciones a la Corona y armar, por su cuenta y riesgo, al Espina de la Rosa para patrullar el Caribe y hacer frente a las incursiones inglesas.

Sonora, pragmático, quedó impresionado.

—Tenéis visión de Estado, doña Inés. Floridablanca ansía incautar para tapar los agujeros de la guerra que se avecina. Pero yo veo en vos una capitana de fortuna que le ahorra caudales a la Armada. Presentad vuestro memorial de inmediato.

El documento se entregó el día veinticinco: un compendio de leyes, servicios y promesas de sangre bajo patente real. Los últimos cinco días fueron de una tensión suprema. Los mentideros de la Villa ardían: «La Rosa Negra ha comprado al Consejo», «El Príncipe Carlos IV lee sus despachos cada noche».

El día veintinueve, al alba, un correo real llegó a la calle de Atocha con un pliego lacrado con el sello personal del conde de Floridablanca. Bella Inés rompió el lacre con mano firme. Sus ojos recorrieron la caligrafía oficial.

«Nos, Carlos, por la gracia de Dios, Rey de las Españas y de las Indias, venimos a bien reconocer la lealtad y los servicios excepcionales prestados por Doña Bella Inés de Hidalgo y Guzmán a Nuestra Real Hacienda y a la seguridad de Nuestros dominios de Ultramar. Por el presente documento, y en uso de Nuestras facultades soberanas, ordenamos que el marquesado de Valdeazores sea elevado a la categoría de vinculación perpetua y transmisible. En virtud de esta gracia real, y para garantizar la continuidad de vuestro linaje ante la Corona, resolvemos que la sucesión de dicho título recaiga en vuestros descendientes legítimos bajo el principio de igualdad de primogenitura, sin distinción de sexo ni condición de varonía, salvando así cualquier impedimento o fuero sucesorio que hasta hoy restringiera dicho derecho. Es Nuestra Real voluntad que esta disposición prevalezca sobre cualquier uso o costumbre anterior, quedando vuestra casa plenamente amparada por la majestad de Nuestra protección. Asimismo, se os otorga patente de corso, habilitando a vuestras naves para hostigar a los enemigos declarados de esta Corona en todo el ámbito del Atlántico, quedando obligada a rendir relación detallada de vuestras presas y actividades ante la Capitanía General de Cádiz cada semestre. En este mismo acto, se revoca cualquier providencia de incautación previa y se ordena el archivo definitivo de todo expediente de reversión a la Real Hacienda, declarando vuestros bienes y posesiones como propiedad inalienable de vuestro marquesado. Dado en Nuestro Real Sitio de Madrid, bajo el sello de Nuestra Real Cancillería, a manos de Nuestro Primer Secretario de Estado, el conde de Floridablanca, en representación de Su Majestad».

Bella Inés enrolló el pliego con una parsimonia sagrada. Por primera vez en años, una sonrisa auténtica iluminó su rostro.

—El marquesado es mío, Daniel. Por derecho, por herencia y por ley. Y traigo algo más valioso: una patente de corso oficial. Ya no somos proscritos a los ojos de Dios ni de los hombres.

Daniel exhaló un suspiro que pareció desalojar toda la tensión de la meseta castellana.

—Entonces, ordenad la partida. Volvamos a Huelva. El Tornado bosteza en el muelle.

Bella Inés se aproximó al ventanal. Madrid bullía en su caos, ignorante de que la mujer que observaba acababa de doblarle el

pulso al primer ministro.

—No todavía. Mañana compareceré en la audiencia de despedida. Quiero escrutar el rostro de Floridablanca cuando deba entregarme el Real Despacho de su propia mano. Y después... pondremos proa al Sur. Inglaterra no tardará en reclamar su parte. Pero esta vez, la Corona de España cubre mi retaguardia.

Se volvió hacia su lugarteniente, y sus ojos oscuros destellaron con la promesa de una tormenta.

—Y cuando el vástago de Reiner asome sus velas por el horizonte, lo recibiremos con los honores debidos: con el estruendo de los cañones reales y una Rosa que ha aprendido a florecer entre las espinas de la política.

CAPÍTULO 11

El Palacio Real amanecía envuelto en una bruma sutil que ascendía desde el Manzanares, como si Madrid contuviera el aliento ante el desenlace de aquel duelo de voluntades. Bella Inés descendió de su carruaje en la Plaza de Oriente con la misma serenidad gélida con la que había ordenado el abordaje del Merciless: la falda de terciopelo oscuro barría el empedrado, el corpiño ceñía su resolución y el broche de plata centelleaba en su pecho como una estrella de escarcha. Daniel de Mendaña caminaba a su flanco, un paso a la zaga; el resto de la escolta permaneció en el exterior, como centinelas silenciosos bajo el pórtico. Pese a la prohibición de portar armas en presencia del Rey, Bella Inés sentía el peso familiar de la daga de su padre oculta entre los pliegues de su capa, un amuleto de acero contra la traición.

La Guardia de Corps permitió su paso sin una palabra. El eco de sus botas sobre el mármol del Salón de los Espejos era el único sonido que rasgaba la quietud del recinto. Las arañas de cristal de La Granja multiplicaban su figura en un centenar de reflejos: una silueta de azabache, erguida e inexpugnable. Al fondo, bajo el dosel carmesí, el conde de Floridablanca aguardaba de pie junto a una mesa de marquetería. El hecho de que no estuviera sentado era una señal equívoca: un reconocimiento de su nuevo rango o, tal vez, la guardia alta de un esgrimista político. A su lado, un secretario sostenía la bandeja de plata con el pergamino, sellado con la cera escarlata de las Armas Reales.

Bella Inés se detuvo a la distancia protocolaria. Su reverencia fue profunda, pero carente de la sumisión que la corte solía exigir.

—Excelentísimo señor —pronunció con voz diamantina—. Doña Bella Inés de Hidalgo y Guzmán, marquesa de Valdeazores acude ante Vuestra Excelencia para recibir la merced que Su Majestad ha tenido a bien confirmar.

Floridablanca la escrutó con intensidad, buscando una fisura en su armadura de seda y orgullo.

—Doña Bella Inés —respondió con una cadencia meliflua, ocultando tras la cortesía el peso de la necesidad—. El Consejo ha deliberado con el rigor que vuestro caso demandaba. Considerando vuestros servicios acreditados al comercio de las Españas y tras aceptar la generosa contribución ofrecida a las arcas reales, Su Majestad, en su infinita gracia, ha sancionado la confirmación de vuestro título por vía de la excepcionalidad.

Hizo una breve pausa para medir el impacto de la concesión, y añadió con la misma suavidad calculada:

—Asimismo, se os otorga una Real patente de corso para hostigar a los enemigos de la Corona en el mar Océano, bajo la estricta observancia de las Ordenanzas de la Armada. Que vuestra flota sea, desde este momento, el brazo que la Marina Real extiende donde la diplomacia no puede llegar.

Hizo una seña al lacayo. Bella Inés tomó el documento sin prisa, desplegando el pergamino lo justo para reconocer la firma del rey. Al sentir el tacto del sello real, lo guardó en el interior de su capa.

—Agradezco a la Corona su sentido de la justicia —declaró Bella Inés—, y el reconocimiento de que la lealtad a España no entiende de sexos, sino de hechos y coraje.

Floridablanca esbozó una sonrisa que no alcanzó sus pupilas negras.

—No confundáis la utilidad con la impunidad, marquesa. Los ecos de vuestras hazañas en las Azores han provocado una tormenta diplomática en la Embajada Británica. Aseguran que el capitán Reiner fue ejecutado sin proceso y su cuerpo maltratado. Si Londres presiona con el peso de su escuadra, la Corona podría verse obligada a reconsiderar su magnanimidad.

Bella Inés sostuvo el envite sin pestañear.

—El capitán Reiner hundió el Divino con la misma piedad que muestra un tiburón. Ejecutó a mi padre mientras este defendía un convoy del Rey. Yo no he cometido un asesinato; he saldado una deuda de honor. Si Londres desea justicia, que envíen a sus capitanes a buscarla. Los aguardaré en mar abierto, con el pabellón

del reino de España al tope y la Patente de Su Majestad en la cámara.

El conde dio un paso hacia ella, bajando el tono hasta convertirlo en un susurro cargado de veneno.

—Tenéis audacia, doña Bella Inés. Eso os ha ganado el día. Pero recordad que la corte es un océano mucho más traicionero que el Atlántico: aquí las tormentas no se anuncian con nubes, sino con palabras. Si vuestras naves provocan un incidente que ponga en riesgo la paz del reino, vuestro título no valdrá para nada y vuestra patente será una soga al cuello. Podríais pasar de marquesa a rea de la Inquisición en lo que tarda en cambiar una marea.

Bella Inés inclinó la cabeza, un gesto que oscilaba peligrosamente entre la cortesía y el desafío.

—He comprendido, excelencia. Serviré al Trono con el celo que se me exige. Mis cañones solo dispararán contra quienes desafíen la ley del Rey. Pero recordad: no fui yo quien inició esta guerra de sangre. Solo me he asegurado de que sea España quien la termine.

Tras una última venia, Bella Inés giró sobre sus talones. Los espejos multiplicaron su salida: una procesión de victorias negras que abandonaba el palacio. Una vez en el carruaje, mientras Madrid se desdibujaba tras las ventanillas, Bella Inés desplegó de nuevo el despacho real.

—El marquesado es al fin mío, Daniel. Y la Patente también. Pero Floridablanca tiene razón en algo: a partir de ahora, cada andanada que disparemos llevará el peso de la Corona. Nos vigilarán desde cada torre y cada puerto.

Daniel asintió, acariciando la empuñadura de su arma.

—¿Partimos mañana, Capitana?

—Al alba. El Tornado nos aguarda en Huelva. Ahora porto el sello del Rey sobre mi bandera. Que intenten hundirme ahora, si se atreven a desafiar al mar y al Trono al mismo tiempo.

La Rosa Negra abandonaba la villa de Madrid más poderosa que nunca, transmutada de proscrita en señora de vasallos.

***

La bruma que custodiaba el Palacio Real se batía en retirada bajo el sol de mediodía, pero en el claroscuro de las arquerías y en los corredores laterales, otros ojos escrutaban el drama sin ser advertidos.

Dos individuos —uno luso, de tez cetrina y mostacho cuidado, bajo el disfraz de un tratante de caldos de Oporto; el otro, un bátavo de estatura imponente y habla neutra, fingiéndose cartógrafo al servicio de una casa editorial— se habían infiltrado en el palacio aprovechando el flujo de las audiencias públicas. No portaban insignias ni acero; solo cuadernillos de notas y los reales necesarios para aceitar la voluntad de un ujier, quien les permitió apostarse cerca del Salón de los Espejos. Habían rastreado a la Rosa Negra desde las tabernas de Cádiz por orden expresa de Brent Reiner: «Observad. No intervengáis. Traedme su semblante, sus alianzas y, si la Corona la quebranta, informad con la presteza del rayo».

Desde una cámara contigua, con el portón entornado lo justo para que el oído supliera a la vista, captaron cada sílaba del duelo verbal. El portugués, garabateó con pulso febril para no perder nada de lo hablado.

Cuando la dama abandonó la estancia, los espías se replegaron por las escaleras de servicio.

Aquella misma tarde, en la penumbra de una taberna de la Red de San Luis, los dos espías redactaron el despacho de urgencia sobre papel de tina, sellado con cera virgen sin marca alguna.

El despacho fue confiado a un jinete de posta que partía hacia Lisboa para embarcar en un paquebote neutral. Desde allí, el informe saltaría a Plymouth y, finalmente, a los acantilados de Sussex. Un no muy largo si los alisios eran propicios.

Antes de disolverse entre la multitud de Madrid, Pieter observó a su colega con una gravedad plúmbea.

—Ella sabía que estábamos allí, de un modo u otro. Pronunció el nombre de Reiner para que llegara a nuestros oídos.

El portugués asintió, vaciando su pipa contra el muro.

—Lo sabe. Y desafía al apellido Reiner a través de la distancia. Eso no la hace peligrosa... la hace una fuerza de la naturaleza.

—O un heraldo de la muerte —susurró el holandés—. El capitán Brent Reiner debe ser advertido: la Rosa Negra es una Grande del reino de España con licencia para matar ingleses.

El mensajero se perdió en la polvareda del camino. El informe volaba hacia el norte, portando la noticia que alteraría el tablero: la presa no estaba inerme; ahora vestía el acero del Rey Católico.

CAPÍTULO 12

Bella Inés no deseaba una entrada triunfal en Huelva como una aristócrata de carruaje; su regreso a las tierras del marquesado de Valdeazores exigía una exhibición de poder que borrara cualquier rastro de duda sobre su legitimidad. Antes de abandonar la Villa de Madrid, envió a Daniel con órdenes precisas: llevar el Tornado hacia Sevilla donde se reunirían.

Ella, por su parte, se desvió hacia Toledo. En los hornos de la Real Fábrica de Espadas, selló un contrato para armar a su guarnición privada con el acero más templado de la Corona, una inversión en letalidad que distinguía a sus hombres de cualquier tropa regular. Una vez completada la transacción, Bella Inés cabalgó hacia el sur para reunirse con su lugarteniente.

Daniel había ganado el tiempo necesario; bajo su mando, el Tornado había zarpado para asegurar la ruta antes de aguardarla en el Guadalquivir. A su llegada a Sevilla, Bella Inés no perdió un instante: supervisó personalmente el reabastecimiento de pólvora y suministros navales destinados a los nuevos buques que, bajo el amparo de sus inversionistas, estaban siendo aparejados en los astilleros de Róterdam. Todo estaba listo. Bella Inés era una estratega que reclamaba su posición.

Días después, el Tornado penetró en la ría de Huelva al atardecer, con las vergas cargadas de un viento del sudoeste que lo empujaba con la familiaridad de un viejo aliado. El casco de ébano relucía bajo el ocaso y el legendario ribete carmesí de sus velas ya famosas —un sello de identidad que ya infundía terror desde el Caribe hasta el estrecho— destellaba como una herida abierta sobre el agua. El mascarón, aquella rosa de pétalos de hierro, hendía el mar con altivez renovada. Sin embargo, algo había cambiado: en la popa, junto a la enseña familiar de la Rosa Sangrante, ondeaba ahora con severidad el pabellón de la Real Armada. El paño carmesí y dorado con el escudo coronado, símbolo de la patente recién sancionada, no era un simple adorno; era un desafío legal alzado

frente al horizonte, la prueba de que la capitana había logrado lo imposible: que la Corona aceptara sus métodos como propios.

El muelle de Huelva era un hervidero antes siquiera de que el ancla besara el fondo. Pescadores, estibadores con el torso curtido y mujeres envueltas en mantillas se agolpaban, espoleados por el rumor que había volado desde las cancillerías de Cádiz: «La Rosa Negra ha doblegado a Madrid». Cuando la pasarela golpeó el muelle, un clamor unánime restalló contra las murallas:

—¡Viva la marquesa de Valdeazores! ¡Viva la capitana del Tornado!

Bella Inés descendió la primera, con el paso firme de quien pisa tierra propia. Vestía su sempiterno luto, pero sobre el broche de plata lucía ahora una escarapela con los colores del Rey. Daniel la seguía como una sombra de acero, escoltado por João, Matteo y una dotación de sesenta hombres que mantenían el tricornio en el pecho y la mirada encendida de orgullo.

Bella Inés alzó una mano, y el silencio que siguió fue absoluto, propio de una formación de combate.

—¡Hombres del Tornado! ¡Ciudadanos de Huelva! —Su voz, clara y gélida, se hizo oír hasta la última taberna del puerto—. La corte de Madrid ha ratificado lo que la sangre ya dictó: el marquesado de Valdeazores es mío por merced perpetua. Y más aún: la Corona nos otorga patente de corso. Desde hoy, cazaremos ingleses y piratas bajo el amparo de la Ley del Rey. Cada presa será nuestra gloria, y cada doblón, nuestro sustento.

Un rugido de júbilo sacudió las jarcias del Tornado cuando el ancla finalmente besó el fondo. Se descorcharon frascas de ron de las Antillas y Matteo hizo tronar su pistola hacia el firmamento, un estallido que anunció a toda la comarca, con pólvora y estruendo, el fin de la proscripción. Bella Inés no buscó el refugio de sus aposentos; como buena capitana, su lugar estaba allí, donde la brea y el salitre se mezclaban con el sudor de su tripulación.

El muelle se convirtió en un torbellino de celebración. La tripulación se fundió en abrazos con los estibadores y pescadores, celebrando que la «Rosa Negra» había regresado viva y victoriosa. La multitud se abría ante Bella Inés como las olas ante un tajamar;

hubo quien besó sus manos y quien inclinó la cerviz con una devoción que iba más allá del rango nobiliario: era el respeto que se le debe a quien ha traído prosperidad al puerto. Un niño le ofreció una flor silvestre arrancada de los campos cercanos y ella, con un gesto que rompió la rigidez de su figura, la prendió en su pecho, entrelazando la delicadeza del pétalo con la plata de su casaca y el brillo de la nueva escarapela real.

El festejo se desbordó por los tinglados y los almacenes del muelle. Se dispusieron odres de jerez, fuentes de tasajo y quesos de la sierra bajo la luz de las antorchas, mientras las guitarras punteaban sones que mezclaban la bravura del mar con la tierra firme. Bella Inés permitió que el ron capturado fluyera como agua, participando del bullicio, brindando con su gente y sintiendo el pulso de Huelva bajo sus botas.

Sin embargo, sus ojos —acostumbrados a escrutar la niebla más cerrada del Atlántico— no descansaban. Entre la borrachera colectiva y el eco de las guitarras, su mirada se volvió de acero.

Los detectó al instante, como un escollo en mitad de la calma.

En un rincón, lejos del calor de los odres, un individuo de porte hercúleo y cabellos de paja, con las trazas inconfundibles de un mercader bátavo, permanecía apoyado en una columna de los almacenes reales. A su lado, un tipo cetrino de bigote afilado fingía interés por un tratante de vinos, pero sus pupilas, frías y calculadoras, no abandonaban ni por un segundo la figura de ella. No eran marineros, ni gente del puerto; eran hombres que sabían guardar las distancias y, más peligroso aún, sabían observar.

Daniel se deslizó a su lado, con la mano cerca del pomo de su espada.

—Los he marcado desde el muelle, señora. No huelen a salitre local. Uno es de las tierras bajas; el otro, un espía del norte o quizás un luso traidor.

—Espías de los ingleses —sentenció Bella Inés sin desviar la vista—. Han llegado antes que mi propia sombra.

Y eso había sido posible porque ella se había detenido en la ciudad de Toledo y Sevilla. No ordenó su prendimiento. En lugar de ello, alzó su copa de plata en un brindis silencioso dirigido

directamente a los dos extraños. Los espías se tensaron, comprendiendo que el anonimato se había evaporado. Ella quería que supieran que la Rosa no solo tenía ojos en el mar, sino también en cada rincón de su feudo.

Ya entrada la noche, bajo una luna de nácar que plateaba el Odiel, Bella Inés se dirigió a su hogar, la acompañaba su fiel lugarteniente que se había convertido en su más acérrimo guardaespaldas. Lejos de oídos traidores, Daniel susurró.

—Han visto el sello del Rey. Llevarán la noticia allí de dónde vienen.

—No me preocupa —confesó ella, y era cierto.

—Deberíamos darles caza antes de que abandonen el reino —afirmó Daniel.

—Dejad que huyan. Que lleven el mensaje a las costas de Inglaterra.

El mar rugía con una cadencia nueva. La guerra de venganza había muerto; ahora nacía una guerra de imperios.

***

El jinete alcanzó el castillo de Lydd al cerrarse la noche, envuelto en una capa de lana burda empapada por la cellisca que castigaba la costa de Sussex. El animal llegó desfondado, con los flancos batiendo y los cascos cubiertos de la greda de los caminos. Brent Reiner lo aguardaba en el patio de armas, bajo el resplandor vacilante de las rachas de viento que los mozos sostenían contra el vendaval. Sin mediar palabra, Brent rasgó el sobre, rompió el lacre de cera neutra y leyó mientras el agua de lluvia le surcaba el rostro como una marea fría que se negaba a dar tregua.

El despacho de sus agentes en la villa de Madrid era un compendio de desastres diplomáticos: La Rosa Negra había prevalecido ante Floridablanca. Tenía patente de corso sancionada por la Corona para el Atlántico Occidental.

Brent dobló el mensaje con una calma aterradora, aunque sus nudillos, blancos como el hueso, delataban la tormenta interior. La lluvia repicaba sobre el papel con la cadencia de un tambor de zafarrancho. Miró al mensajero con ojos de pedernal.

—¿Hubo alguna palabra que no figure en el papel?

El hombre vaciló, tiritando.

—Solo lo que el luso anotó, señor. Pero dicen que cuando alzó la copa de licor hacia sus espías... sonrió. Como si estuviera brindando sobre vuestra tumba antes de cavarla.

Brent giró sobre sus talones y penetró en la calidez del gran salón. Su madre lo aguardaba junto a la chimenea, donde los troncos de roble crujían con violencia. No necesitó preguntar; leyó la sentencia en la mandíbula apretada de su hijo.

—¿Qué noticias traen de la Corte de Madrid? —preguntó ella en un susurro.

Brent le tendió el informe. Lisa palideció al recorrer las líneas.

—Patente de corso... —murmuró—. Ahora es una servidora de la Corona española. Si la hundís, Brent, no estaréis cazando a una pirata; estaréis atacando a un buque del reino de España.

Él se aproximó al ventanal. Fuera, el Canal de la Mancha rugía negro y colérico, con las olas estallando contra los acantilados de caliza como salvas de ordenanza.

—Ejecutó a mi padre. Se llevó sus restos como si fueran el botín de un mercante. Y ahora usa el sello de un rey para escudar su crimen.

Lisa se situó a su lado, posando una mano trémula en su hombro.

—Brent, el Almirantazgo no os permitirá iniciar una guerra con el reino de España por una deuda de sangre. Francia está en llamas y Londres teme que la chispa cruce el Canal. No arriesgarán la flota por un asunto personal.

Brent se volvió hacia ella. Sus ojos eran dos pozos de acero fundido.

—Entonces haré que sea un asunto de Estado.

Caminó hacia el escritorio donde reposaba el sable antiguo de James Reiner, el acero que una mandó en sus comienzos en

el Merciless. Lo desenvainó con un siseo metálico, comprobando el filo bajo la luz de las velas.

—Mañana despacharé correos a Whitehall. Exigiré una Comisión Plena para la persecución de hostilidades españolas. Si la corona de España ampara a la Rosa Negra, yo haré que el Almirantazgo bendiga mi caza. El Merciless II recibirá refuerzos: piezas de a veinticuatro libras en la batería principal y hombres de presa reclutados en los bajos fondos de Portsmouth. No quiero marineros de escuela; quiero hombres que odien el pabellón de Castilla tanto como yo.

—¿Y si lográis vuestro propósito? —preguntó Lisa con amargura—. ¿Qué quedará de vos cuando hayáis vertido su sangre?

Brent clavó la punta del sable en el mapa del Atlántico que presidía la estancia, justo sobre las coordenadas de las Azores.

—Quedará el honor de mi linaje. Le diré el nombre de James Reiner antes de que mi acero le atraviese el corazón. Quiero que muera sabiendo que el Halcón tiene las garras más largas que las espinas de su Rosa.

La ambición de Brent no conocía la pausa ni el remordimiento. Al despuntar el alba, mientras la luz mortecina se filtraba a través de los ventanales de su despacho, las plumas rasgaron el papel con una furia que parecía querer desgarrar el pergamino mismo. Dictó tres órdenes que no eran meras instrucciones, sino los pilares sobre los que edificaría el desquite, sellando el destino de los meses venideros con la frialdad de quien mueve piezas en un tablero de ajedrez.

La primera, dirigida al Almirantazgo, era una petición formal de patente ampliada. No se limitó a solicitar recursos; adjuntó una copia del informe de la corte de Madrid, manipulado con precisión milimétrica para servir de prueba irrefutable: el reino de España, a ojos de Londres, estaba armando a criminales para hostigar el comercio británico. La segunda carta fue enviada a Portsmouth, exigiendo el reclutamiento inmediato de veinte artilleros expertos; el mensaje era claro y el pago en oro, sin cuestionar el oscuro pasado de aquellos que aceptaran el contrato. Finalmente, se tomó un momento para escribir a su hermana Julie. Sus palabras fueron breves, cargadas de presagios y de una determinación

inquebrantable: «El nombre de nuestro padre será restaurado. El mar dictará la sentencia final».

Con los sellos de lacre rojo aun enfriándose sobre los sobres, Brent sintió que la espera se volvía insoportable. Esa misma tarde, las botas del capitán resonaron sobre la madera de la toldilla del Merciless II, anclado en las aguas agitadas del puerto de Hastings. El bergantín, una bestia impaciente bajo el cielo gris, crujía contra los cabos de amarre, como si intuyera que su verdadera naturaleza no era la espera, sino la caza. A bordo, Brent observó el horizonte; el juego acababa de comenzar y, esta vez, las reglas las dictaría él.

—Rosa Negra —pronunció hacia el sur, donde el viento soplaba con olor a tormenta—. Os nombro mi enemiga ante Dios y ante el Rey de Inglaterra. Os encontraré, y juro que solo uno de los dos verá el amanecer cuando el humo de los cañones se disipe.

El Canal bramó en respuesta. La guerra ya no era un secreto entre dos familias; era una mecha encendida que corría hacia un polvorín de imperios.

CAPÍTULO 13

Para Bella Inés, el marquesado de Valdeazores no era una simple extensión de tierra o un título nobiliario vacío; era un compromiso que ella cumplía con la misma severidad con la que gobernaba a su tripulación. Mientras otros nobles de la época drenaban los recursos de sus dominios para alimentar su vanidad en la corte, Bella Inés canalizaba la riqueza de sus expediciones y los excedentes de sus capturas hacia la prosperidad de su gente. Bajo su gestión, Huelva había dejado de ser un puerto deprimido; los almacenes se llenaron con las mercancías que ella liberaba del contrabando y los precios de los productos básicos se estabilizaron, aliviando el hambre que históricamente asolaba a las familias de marineros. Había financiado la reparación del muelle, modernizado las infraestructuras pesqueras y establecido una red de auxilio para las viudas de los hombres del mar que servían bajo su enseña. Para el pueblo llano, la marquesa no era una figura distante que habitaba en las alturas del poder, sino una protectora pragmática: sabían que cada vez que el Tornado regresaba al puerto con la bodega cargada, sus vidas mejoraban un poco más. Aquella lealtad no se compraba con leyes ni con títulos, sino con la evidencia diaria de una prosperidad que, por primera vez en generaciones, no se fugaba hacia Madrid, sino que se quedaba allí, echando raíces en los hogares de Huelva

Esa mañana, el puerto de Huelva bullía como un caldero de brea hirviendo. El Tornado y el Espina de la Rosa —el bergantín más pequeño y rápido que Bella Inés había encargado— estaban en dique seco paralelo, separados por un muelle improvisado de tablones y barriles. Carpinteros, calafates y herreros trabajaban día y noche bajo el resplandor de las antorchas y la luz pálida del otoño; el aire era una sinfonía de martillos golpeando, sierras chirriando y el olor acre de brea caliente y pintura fresca.

Bella Inés supervisaba todo personalmente. En tierra, ante la mirada de propios y extraños, mantenía la apariencia de la dama que el título exigía: lucía faldas de seda oscura, aunque, con una

practicidad que escandalizaba a los cortesanos, las llevaba arremangadas hasta las rodillas para evitar que la grasa y la suciedad del puerto arruinaran la cara tela. Sin embargo, todos en el muelle sabían que aquello era solo un disfraz. En la intimidad de su camarote, cuando el Tornado zarpaba y se perdía en la inmensidad del Atlántico, la capitana se despojaba de tales artificios. Allí, su indumentaria era otra: unos ceñidos pantalones de piel negra y un largo abrigo del mismo material, que le caía hasta los pies ocultando sus piernas. Cuando permanecía estática sobre la cubierta, el abrigo, de corte impecable, parecía una túnica ceremonial o un hábito oscuro, ocultando la naturaleza de su vestimenta bajo las capas de piel; solo cuando se movía con la agilidad de un depredador —desenfundando el acero o ajustando un cabo—, el vuelo de la prenda revelaba los pantalones, dejando claro a quien tuviera ojos para ver que Bella Inés no era una dama al uso, sino una criatura forjada para la guerra y el abismo.

Con las botas altas manchadas de alquitrán, las mangas de la camisa subidas hasta los codos y el cabello trenzado con la destreza de un grumete, Bella Inés no era una espectadora en aquel ajetreo, sino el motor que hacía que todo avanzara a marchas forzadas.

El Tornado salía transformado. Su casco de ébano recibió una gruesa capa de brea y alquitrán caliente, un tratamiento de carena que, además de sellar cada junta contra la humedad, le otorgó un acabado de un negro profundo e inquietante. En la línea de flotación, se aplicó una mezcla de almagre oscuro y aceites pesados, logrando un tono rojizo que, al fundirse con las sombras del mar, hacía que la nave pareciera navegar más hundida, emergiendo de la bruma como un espectro imposible de medir.

Los cañones de veinticuatro libras se limpiaron hasta relucir y sus cureñas se reforzaron con hierro forjado nuevo. En las troneras se instalaron protectores de cuero para evitar chispas errantes y, en la proa, se montó un cañón giratorio de doce libras, un «perro de caza» para disparos rápidos en persecuciones. La jarcia se revisó nudo a nudo: obenques nuevos, velas de lona flamenca reforzadas con doble costura y un juego extra de velas negras guardadas en bodega para las emboscadas nocturnas.

El Espina de la Rosa, más ligero y maniobrable, se armó como un dardo: diez cañones de dieciocho libras, pero con énfasis en la velocidad. Se añadieron foques adicionales y una gavia cuadrada nueva para ganar un nudo extra con viento de popa. En la cubierta se instalaron garfios y redes de abordaje para capturar presas vivas si fuera necesario. Bella Inés quería tener opciones: hundir, apresar o interrogar.

Bella Inés caminaba entre los dos barcos como un general en su campo de batalla. En el Tornado, ordenó al artillero Matteo:

—Pólvora seca en barriles sellados con doble capa de cera. Munición mixta: bola para el casco, metralla para la cubierta y cadena para la jarcia. Quiero poder elegir cómo morirán.

En el Espina, João supervisaba a la nueva tripulación: quince hombres reclutados en Cartagena y Cádiz, curtidos en mil corsos. Bella Inés subió a bordo y los miró uno a uno.

—No sois marineros de leva —dijo—, sois cazadores. Pagáis con oro puntual y lealtad absoluta. El primero que dude o traicione, lo entrego al mar. Quien me siga, compartirá la gloria y el botín.

El oficial cartagenero con una cicatriz en la mejilla alzó la voz:

—Capitana, ¿haremos cautivos? ¿O la corona exige muerte?

Bella Inés asintió.

—La Corona me ha reconocido. Y no mataremos por matar. Pero recordad: Cazaremos enemigos declarados.

Bella Inés, tras responder todas y cada una de las preguntas de los hombres que ahora componían su tripulación. Se marchó de vuelta al palacio, Bella Inés reunió a su reducido consejo: Daniel, João, Matteo, el oficial cartagenero y Aranda.

—Zarparemos pronto —dijo Bella Inés desplegando un mapa grueso del Atlántico—. Han llegado noticias —Bella Inés lo sabía muy bien pues pagaba con oro cada información cierta—. Un barco con bandera inglesa con ruta a las Azores, podremos interceptarlo en el canal de las Bahamas.

Daniel trazó líneas con lápiz rojo.

—Si navega con patente del Almirantazgo inglés, puede cazar cualquier español hostil… y nosotros seremos hostiles para él.

Bella Inés asintió.

—Nosotros también seremos hostiles. El Tornado zarpará en diez días rumbo a Santo Domingo, pero no directo. Rodearemos por el norte: Madeira, Canarias, luego salto al Caribe. El Espina saldrá antes, en cinco días, con João al mando. Patrullará las Azores desde el sur. Si ve al navío inglés, no atacará. Observará. Nosotros llegaremos después y lo sorprenderemos por barlovento.

João sonrió.

—Como un tiburón que huele sangre antes de que la haya.

Bella Inés se levantó y tocó el broche de plata.

—Terminad de armar los barcos. Reclutad más hombres. Comprad pólvora en Cádiz.

Salió a la galería superior. El viento del Atlántico le azotó el rostro. Abajo, las luces de las antorchas iluminaban los dos barcos: negro y carmesí, listos para la caza.

***

El Espina de la Rosa navegaba con el aparejo reducido al norte de las islas Madeira, rastreando las rutas que conectaban los puertos portugueses con las colonias. João, desde el alcázar, mantenía el catalejo soldado a sus ojos. Habían elegido esta zona precisamente porque era el embudo donde los mercantes de la Hacienda Guzmán debían cruzar antes de poner rumbo sur hacia el archipiélago canario.

A las nueve, avistaron al São Gabriel. Pero veinte minutos después, el horizonte se rompió: una silueta de tres palos, velas cuadradas y un casco negro que cortaba el agua con una arrogancia militar: el Merciless II. João sintió un vuelco en el pecho. Reiner no estaba patrullando al azar; conocía las rutas.

El desenlace fue brutal. Una andanada certera del navío inglés dejó al mercante al garete, con la jarcia hecha jirones. Desde cuatro millas de distancia, oculto tras la estela de una de las pequeñas islas del archipiélago madeirense, João observó la tragedia. Sabía que

intervenir era un suicidio táctico; el Espina era un dardo de reconocimiento, no un buque de línea.

A través del catalejo, vio el abordaje. Reiner saltó sobre la cubierta portuguesa, liderando un pillaje sistemático. Poco después, el São Gabriel comenzó a arder. El capitán inglés, lejos de hundir a la tripulación con el buque, los arrió en botes, asegurándose de que fueran testigos de su propia derrota.

—No nos verán —susurró João, bajando el catalejo—. Bote al agua.

El pequeño bote mensajero se deslizó por la banda de sotavento, aprovechando la cortina de bruma que emanaba del mercante en llamas. João entregó el mensaje sellado en cera negra al patrón.

—La capitana aguarda en la costa norte de La Gomera —ordenó João, señalando el horizonte sur—. Tenéis viento de popa para los próximos dos días. No paréis ni para comer. Informad a la capitana: el Merciless II ha tomado la carga y Reiner ha puesto proa al Caribe buscando el rastro de la Hacienda.

El bote se alejó, pequeño y silencioso, iniciando una navegación de urgencia hacia el sur para cruzar el Atlántico abierto hasta llegar a las Canarias. Mientras tanto, João viró el Espina hacia el oeste, alejándose en silencio, consciente de que la noticia que transportaban aquellos hombres era la mecha que haría estallar la guerra entre la marquesa y el inglés.

Mientras tanto, en su alcázar, Brent observaba cómo las llamas consumían al mercante portugués, convirtiendo la madera en cenizas y el orgullo de Almeida en un testimonio de impotencia.

—Rosa Negra —murmuró para sí mismo, con la mirada fija en el horizonte sur—. Os estoy esperando.

El mar seguía humeando. La caza había dejado de ser un juego de espías para convertirse en un duelo a sangre y fuego.

CAPÍTULO 14

Nassau, Nueva Providencia, Bahamas.

Nassau era un nido de víboras y oportunidades: un puerto libre donde se arriaban las banderas al entrar y se izaban las que convenían al salir. Ingleses, franceses, españoles, holandeses y contrabandistas sin patria se mezclaban en los muelles sin que nadie preguntara por el origen del oro ni por la procedencia de la carga. Aquí no había guerra declarada, solo negocios. Y en los negocios las reglas eran pocas: no matar en tierra firme, pagar el amarre y no mirar demasiado a los ojos ajenos.

El Tornado había fondeado al atardecer. Bella Inés había ordenado una escala corta: reabastecerse de agua, comprar pólvora y recoger informes.

Bella Inés bajó a tierra con un grupo reducido: Daniel y cuatro hombres. Vestía ropas discretas —una capa con capucha que le protegía el rostro de miradas curiosas— Caminaron hacia la taberna del Black Anchor, un antro donde se compraba de todo: información, ron y secretos.

La taberna estaba llena de humo de tabaco y melaza fermentada. Bella Inés eligió una mesa en el fondo, de espaldas a la pared. Pidió ron aguado y esperó mientras sus hombres se dispersaban por el local.

Minutos después, la puerta se abrió y entró un grupo de cuatro hombres. El que iba delante era alto, de hombros anchos y pelo rubio bajo un tricornio de fieltro negro. Llevaba chaqueta azul, sable al cinto y botas altas. Caminaba con la seguridad de quien domina el puente de mando. Sus ojos grises barrieron el lugar, rápidos y precisos, antes de que se sentara a diez pasos de Bella Inés.

Daniel se acercó a la mesa, fingiendo ajustar su bota.

—Capitana… el rubio. Fíjese en él. —Bella Inés no movió un músculo. Alzó la jarra de ron y bebió un sorbo lento—. No lo miréis.

No llaméis su atención.

Brent, ajeno a la presencia de su enemiga, pidió ron y preguntó al tabernero con acento inglés y voz muy baja:

—¿Algún rumor sobre una fragata negra española? Velas carmesí, pabellón con rosa sangrante.

El tabernero, un viejo pirata medio ciego, sonrió con dientes negros.

—Todo el Caribe habla de ella, capitán. La Rosa Negra. Dicen que tiene patente del Rey español. Si la buscáis… tened cuidado.

Brent se inclinó hacia adelante.

—¿Dónde estará ahora?

—Nadie lo sabe con certeza. Pero ha estado cerca. El Espina de la Rosa merodea por aquí. Y el buque grande, el Tornado… dicen que va hacia Santo Domingo.

A Bella Inés le habría encantado saber qué se decían esos dos hombres.

Brent asintió, pensativo. Luego, alzó la vista, deteniendo su gesto de llevarse el vaso a los labios. En el estrépito de la taberna, el mundo pareció desdibujarse en el humo y el murmullo de las conversaciones, dejando un espacio vacío y tenso entre los dos.

Ella lo escrutó con la audacia de quien no teme ser observada desoyendo el consejo de su lugarteniente. Era un hombre de una presencia imponente: alto, con unos hombros que parecían hechos para soportar el peso de una arboladura completa, y un rostro anguloso, esculpido con una severidad que lo hacía peligrosamente atractivo. Pero lo que realmente la mantuvo inmóvil fueron sus ojos. Eran grises, una tonalidad tormentosa y gélida, como el cielo de un invierno que presagia un naufragio, una mirada que contenía la misma desolación que ella había visto en los hombres que lo han perdido todo y han decidido no volver a perder nada.

Brent, por su parte, intentó enfocar a la desconocida en la penumbra. La luz vacilante de las velas apenas le permitía distinguir los rasgos de ella, pero no necesitó más. Su atención quedó atrapada por la vivacidad sobrenatural de sus ojos: dorados, intensos, como monedas de oro líquido fundidas en una mirada que le devolvió el desafío. En el rostro de ella, una fina cicatriz surcaba

su mejilla como un tajo de luz, un rastro de violencia que solo acentuaba su magnetismo. Un escalofrío recorrió la nuca de ambos, una sacudida instintiva, como la descarga de un rayo. No sabían quién era el otro, ni la magnitud de la guerra que sus destinos estaban por desatar, pero en aquel segundo de silencio, el reconocimiento fue absoluto.

Brent apartó la mirada primero. Bella Inés bebió otro sorbo y susurró a Daniel:

—Nos vamos. Ahora. Sin ruido.

Pagaron y salieron por la puerta trasera hacia el Tornado. En la taberna, Brent terminó su ron y miró una vez más hacia la mesa vacía.

—Que extraño —murmuró a su contramaestre—. Esa mujer… me provocó un escalofrío.

—Hay demasiadas mujeres de negro en el Caribe, capitán. Viudas, y todas parecen vengativas.

Brent sonrió sin humor.

—Quizás. Pero esta… esta tenía ojos de quien ya ha matado.

El Merciless II zarparía al alba, rumbo al sur, hacia donde creían que ella iba. Bella Inés, ya en la cubierta del Tornado, observó cómo el bergantín inglés quedaba atrás en la penumbra del puerto.

—Encontraré a ese maldito inglés —le dijo a Daniel.

Levaron anclas en silencio. Dos barcos, dos capitanes, un encuentro casual en la boca del lobo. Ninguno sabía que acababa de ver al enemigo, pero ambos lo habían sentido en la sangre.

***

La bodega del Merciless II olía a brea, a pólvora húmeda, y a madera podrida y miedo viejo. La luz entraba por una tronera estrecha, un rayo sucio que caía sobre el rostro del capitán portugués, encadenado a un mamparo. El capitán tenía el brazo izquierdo vendado con trapos sucios —el corte del metrallazo aún supuraba—, tenía la barba crecida y los ojos hundidos por el

agotamiento. No le habían dado agua desde la mañana anterior; Brent sabía que el cuerpo se quebraba más rápido con sed que con golpes.

Brent Reiner entró solo, con una lámpara de aceite y el sable antiguo de su padre le colgaba del cinto. El sonido de la escotilla al cerrarse resonó como un disparo en el silencio.

Almeida alzó la vista. No había sorpresa; solo un cansancio profundo.

—Capitán Reiner —dijo en un torpe inglés con acento lusitano —. Al fin os dignáis visitar a vuestro huésped.

Brent se acuclilló frente a él, con los ojos grises fijos en los del prisionero.

—No soy vuestro anfitrión. Soy vuestro carcelero. Y vos… sois la llave que abre la puerta a la Rosa Negra.

Almeida soltó una risa ronca que terminó en tos.

—¿Queréis la llave? Ya os la dije en Nassau. Ella os espera. Y cuando os encuentre: os matará como a vuestro padre.

—No me interesan vuestras presunciones —replicó Brent, acercando el filo de una hoja pequeña a la venda del brazo herido—. ¿Dónde está ahora? ¿Rumbo a Santo Domingo?

Almeida escupió al suelo.

—Ella va donde le place. Siempre donde el mar la lleve.

Brent presionó ligeramente la hoja contra la herida. Almeida siseó porque el dolor era insoportable.

—Última oportunidad. ¿Dónde está la asesina?

Almeida respiró hondo, con una sonrisa amarga. Podía decirle lo que le pedía porque Bella Inés así se lo había ordenado.

—Estaba en Nassau. El Tornado fondeó allí hace una semana. Ahora navegará camino de Santo Domingo.

Brent se quedó inmóvil, procesando la información.

—¿En Nassau? ¿Hace una semana?

—Perdéis el tiempo, capitán —dijo Almeida, con los dientes manchados de sangre—. Cuando lleguéis, ella ya no estará. Pero os estará esperando en otro lugar. Y cuando os vea… recordará el nombre de su padre. Como vos recordaréis el de James Reiner.

Brent se levantó y salió de la bodega sin decir una palabra más. En el alcázar, dio órdenes rápidas al contramaestre:

—¡Rumbo norte-noroeste! ¡A toda vela hacia Nassau! Si la Rosa Negra estuvo allí, averiguaremos qué buscaba y a dónde ha huido realmente.

El Merciless II viró, con las velas hinchándose violentamente bajo el viento fresco. Brent miró al horizonte sur, hacia donde creía que la capitana española intentaba esconderse.

—No vais a Santo Domingo. O al menos, no por la ruta que esperáis. Os encontraré donde menos lo imagináis.

El mar se abrió ante la proa. Mientras el bergantín inglés se lanzaba en una carrera desesperada hacia Nassau para buscar un rastro que ya se había enfriado, el Tornado se alejaba en la dirección opuesta, sumido en la oscuridad, con Bella Inés ignorando por completo que el Halcón de Lydd acababa de morder el anzuelo. La guerra de las sombras se había vuelto peligrosa; ahora se trataba de quién conocía mejor el terreno y quién era capaz de mentir mejor al enemigo.

CAPÍTULO 15

El amanecer en Nassau no traía frescura, solo un calor pegajoso que olía a salitre. El Merciless II entró en el puerto con la cautela de un depredador en territorio ajeno; sus velas reducidas y el pabellón británico arriado a medias eran una concesión necesaria a la peculiar «paz» de las Bahamas. Brent Reiner, apostado en el alcázar desde la medianoche, bajó el catalejo con una mueca de frustración. El horizonte rosado no revelaba rastros de madera negra ni de lonas carmesí. Solo el habitual hormiguero de Nassau: mercantes holandeses, balandras de contrabando y el eco de canciones de taberna que aún no se apagaban.

Brent bajó a tierra con una escolta mínima pero letal. Aunque vestía de civil, su espalda recta y la mano siempre cerca del sable oculto bajo la capa delataban su oficio.

En el Black Anchor, el tabernero medio ciego seguía pasando el mismo trapo sucio por la madera astillada. Brent dejó caer un doblón de plata.

—Busco información —dijo, con voz baja y cortante—. Un navío español. Velas negras con ribetes carmesí.

El tabernero sonrió, mostrando el vacío de sus dientes negros.

—Ah, la Rosa Negra. Estuvo aquí hace diez días. El Tornado fondeó al atardecer y se perdió con el alba. Ella misma bajó a tierra; se sentó justo en esa mesa. Escuchó, pagó y se fue sin hacer ruido.

Brent se inclinó, invadiendo el espacio del hombre.

—¿Hacia dónde puso proa?

—Dicen que, a Santo Domingo, al sur. Pero no tomó la ruta directa. Rodeó por el norte... le gusta despistar. Dejó ojos aquí: le dio oro a un piloto portugués que zarpó al día siguiente. Probablemente para avisarla si alguien husmeaba por su rastro.

Brent apretó la mandíbula hasta que le dolieron los dientes. Diez días de ventaja. En el mar, eso era una eternidad. El rastro de una mujer que sabía que la estaban cazando era siempre una serie de espejismos.

Ya de vuelta en el Merciless II, Brent desplegó la carta náutica.

—Hace diez días estaba aquí —le dijo al contramaestre—. Si el capitán portugués no mintió bajo el cuchillo, está jugando con nosotros. Nos quiere en la ruta obvia para podernos ver venir desde lejos.

El contramaestre trazó una parábola con el dedo.

—Madeira o Canarias. Lugares donde puede reponer suministros sin problemas.

Brent fijó la vista en un punto vacío del mapa.

—Entonces cambiaremos el juego. No iremos directos a Santo Domingo; vamos a interceptar la ruta norte-sur. Y para asegurarnos, envía un bote a Tortuga con dos hombres. Que siembren el rumor de que el Merciless II va a toda vela hacia Santo Domingo, ciego de venganza. Que ella se confíe. Mientras tanto, nosotros viramos al noroeste.

—¿Y si ella nos avista primero, capitán? —preguntó el contramaestre con una sonrisa torva.

Brent acarició el pomo del sable de su padre.

—Que nos vea. Que sepa que el halcón ya ha desplegado las alas y que esta vez no es un encuentro fortuito. Es la cacería final.

Al mediodía, el Merciless II levó anclas. Con las velas al máximo, puso proa al noroeste, desafiando la lógica para ganar la posición. El rastro de la Rosa Negra se desvanecía en Nassau, pero la mecha ya estaba encendida. En algún lugar del Atlántico, la Rosa Negra sentiría el cambio en el viento: el halcón no iba hacia su fortaleza, iba hacia su garganta.

***

El bote del Espina de la Rosa llegó a la isla, pero el Tornado no estaba allí. Los dos hombres tuvieron que esperar apostados dos semanas en aquel fondeadero de La Gomera, un punto de reabastecimiento que Bella Inés solía utilizar por su aislamiento. Al duodécimo día de espera, la silueta del Tornado emergió finalmente

de la bruma, llegando desde el oeste tras una travesía directa desde Nassau, los hombres de João sintieron un alivio inmediato. Subieron por la escala de babor, y fueron escoltados de inmediato al camarote de la capitana para entregarle una carta sellada en cera negra.

Bella Inés leyó el informe con el rostro pétreo, mientras el Tornado se mecía perezosamente en la cala. La noticia golpeó con la fuerza de un abordaje: el Merciless II había apresado al São Gabriel de Almeida cerca de Madeira, reduciéndolo a cenizas tras saquear la carga de la Hacienda Guzmán.

La capitana apretó el papel contra el escritorio de caoba. Brent Reiner no solo buscaba venganza por el pasado; estaba desmantelando su red, interrogando a cada aliado de la Rosa para forzarla a salir de la sombra. Con este golpe, Reiner no solo había recuperado el rastro, sino que la había obligado a moverse. Si ella hubiera estado en La Gomera, le habría dado alcance.

—Almeida ha sido apresado —dijo Bella Inés en voz baja, mientras Daniel aguardaba sus órdenes—. La carga de mi hacienda está manos inglesas. Ahora sabe exactamente a quién persigue.

Daniel se inclinó sobre el mapa.

—Dos semanas han pasado desde el ataque. Si el Merciless II está virando al norte, hacia Nassau, es porque cree que aún estamos allí o que hemos dejado rastro.

—Le di esa información al capitán Almeida, imagino que se la transmitió al inglés. —Bella Inés trazó una línea invisible desde su posición hasta Santo Domingo—. No seguiremos la ruta obvia. Iremos r umbo sur-suroeste, evitando el canal principal de las Bahamas. Quiero llegar a Santo Domingo en diez días. Allí reforzaremos la defensa: cañones en la costa, milicias, pólvora. Si el inglés viene por el sur, lo recibiremos con andanadas desde tierra y mar.

El grumete, aún tembloroso, añadió:

—Capitana… João teme que, si quebraron a Almeida, el inglés haya obtenido información real y no emponzoñada.

Bella Inés alzó la vista, gélida.

—Ya contaba con eso. Almeida es leal, pero el dolor rompe a cualquiera. Si habló, vendrá tras nosotros como un sabueso. Por eso,

vamos a jugar con su soberbia. —Clavó la mirada en Daniel con un brillo depredador en los ojos que anunciaban tormenta—. Ordenad: vela máxima. Guardia doble. Y preparad un señuelo: izad un pabellón falso en el mástil de mesana, una bandera portuguesa. Si nos ve de lejos, que crea que somos otro mercante incauto. Que se acerque, que se confíe. Y cuando esté a tiro… lo destrozaremos.

—¿Y si trae escolta o refuerzos del Almirantazgo? —preguntó Daniel.

—Entonces hundiremos más de uno —respondió Bella Inés, rozando el broche de plata en su pecho—. Tengo patente real, y él también. Que sea un duelo de patentes. El mar no distingue de reyes ni de venganzas, solo de quién dispara primero.

Dio una orden final al grumete:

—Debéis esperad aquí, El barco enemigo llegará en uno o dos días. Decidle a João: que se mantenga al norte, vigilando la ruta de las Azores. Si ve al Merciless II, que no ataque que solo informe.

Los hombres se bajaron del Tornado, y cuando reabastecieron la nave, viró hacia el sur, acelerando con la urgencia de una flecha soltada de un arco. Bella Inés subió al alcázar, donde el viento le azotaba el rostro. El horizonte, negro y vasto, parecía prometer solo violencia.

—Inglés —susurró al viento—. Habéis tomado mi carga. Habéis aprisionado a mi amigo. Cuando nos veamos… no será casual. Será vuestro fin.

El Tornado cortaba las olas con una violencia renovada, mientras en la mente de Bella Inés la estrategia se fundía con la necesidad de sangre. La guerra ya no era una posibilidad; era un encuentro programado en el abismo del Atlántico.

CAPÍTULO 16

El Atlántico era un espejo gris bajo un cielo que amenazaba con estallar. El Tornado avanzaba con toda la lona arriba, velas negras y el pabellón español retorciéndose como una lengua de fuego. Bella Inés, en el alcázar, no quitaba el ojo al horizonte. Tenía las botas clavadas en la madera y el catalejo tan apretado que le dolían los dedos. Daniel no decía nada. El contramaestre, arriba, en la cofa, parecía una gárgola de piedra.

—¡Vela a estribor! ¡Tres palos! —el grito bajó como un latigazo.

Bella Inés levantó el catalejo. Ahí estaba. El Merciless II. Casco negro, ribetes dorados ya desconchados y el halcón de proa desafiando a las olas.

—No es casualidad —escupió Bella Inés—. Nos ha olido.

—Navega ligero —apuntó Daniel, con la voz seca—. No huye. Viene a por nosotros.

Los ojos de Bella Inés ardían.

—Izad la bandera. La de la rosa. Que vea las espinas.

En cuanto la tela negra subió al palo mayor, el bergantín inglés, a siete millas, cambió ligeramente de rumbo. Brent Reiner estaba allí, al mando, clavado en su alcázar. A esa distancia, no podías verle la cara, pero podías sentir su mirada.

—Que sepa que le veo —dijo Bella Inés—. Preparad estribor. Bala rasa primero, metralla después. Esperad mi señal. Nada de disparar antes de que le vea los dientes.

La tensión en cubierta se podía cortar con un sable. Nadie hablaba. Solo se escuchaba el crujir de la madera y el viento flojo. A tres millas, Brent ordenó izar la Union Jack. Un desafío en toda regla. Bella Inés sonrió; una sonrisa sin alegría, afilada como un cuchillo.

—Ahí está el hijo. A ver si tiene el acero del padre.

A una milla y media, Brent ordenó izar la bandera blanca. Parlamento. Bella Inés soltó una carcajada seca, un sonido destemplado que se perdió entre el crujir de las cuadernas.

—Quiere parlamentar antes de morir —murmuró Bella Inés con la mirada fija en la silueta del Merciless II—. ¡Bandera blanca! ¡A ver qué tiene que decir el inglés!

Daniel, a su lado, apretó los dientes, dando un paso adelante. Su rostro era una máscara de preocupación y frustración.

—Capitana, no podemos detenernos —protestó con la voz tensa y la miradas cauta—. Estamos en una posición de ventaja; si bajamos la guardia para parlamentar, les estaremos regalando el tiempo que necesitan para reparar jarcia o posicionar los cañones. Al enemigo no se le da ni una sola ventaja.

Bella Inés lo miró con la calma gélida de quien ya ha tomado una decisión irrevocable.

—Las reglas del mar no son sugerencias, Daniel, son los hilos que mantienen este mundo fuera del caos absoluto —respondió, cortante—. Y mientras yo ostente esta patente real, no puedo ignorar la bandera blanca sin manchar el honor que tanto me ha costado asegurar. No será el inglés quien decida cuándo se rompe la ley, seré yo quien decida cuándo se aplica.

Daniel quiso replicar, pero el brillo en la mirada de su capitana le cerró los labios. Bella Inés se giró hacia el timonel, señalando la orden con un gesto firme.

—Reducid vela. Vamos a escuchar qué tiene que decir ese inglés antes de enviarlo al fondo.

Ambos barcos derivaron, perdiendo velocidad hasta quedar a una distancia peligrosa. El viento soplaba con fuerza, un murmullo constante que amenazaba con devorar cualquier palabra. Brent apareció en la borda, alzando una bocina de metal a sus labios; el instrumento amplificó su voz, dándole un tono metálico y espectral que cortó el aire:

—¡Soy Brent Reiner! ¡Y vengo a cobrar una deuda de sangre!

Bella Inés se mantuvo impasible, el viento azotaba su abrigo de piel negra. No necesitó bocina; su voz, educada en el mando de hombres rudos, poseía una proyección natural que cortaba el viento como un latigazo. Su respuesta llegó clara, cargada de un veneno que no requería artificios:

—¡Vuestro padre mató al mío! ¡Yo saldé esa deuda de sangre! ¡Preparaos para el infierno!

Como Bella Inés no utilizaba bocina de metal, a él le resultaba mucho más difícil entender cada una de sus palabras lanzadas al aire.

—¡Rendíos, maldita! —rugió él, con la voz quebrándose por la intensidad—. ¡Cara a cara! ¡Sable contra sable! ¡Uno de nosotros no volverá a ver el sol de mañana!

Bella Inés bajó las manos y lo miró fijamente, con la calma de quien ha dictado una sentencia de muerte.

—¡Venid a buscarme si tenéis valor! ¡Pero sabed que el nombre de mi padre será lo último que escuchéis antes de ir a pique!

La bandera blanca cayó en ambos navíos casi al unísono. El silencio que siguió fue absoluto. La capitana desenvainó su espada, el metal brilló bajo el gris mortecino, y su orden fue apenas un susurro que su tripulación captó al vuelo:

—¡Fuego!

El Tornado escupió una hilera de llamas. El retroceso sacudió el barco como un terremoto. El humo blanco ocultó todo por un segundo. Cuando se disipó, se vieron los destrozos en el Merciless: el casco astillado, un costado destrozado, la verga del juanete colgando.

Pero el inglés no se quedó quieto. El Merciless respondió con un trueno que hizo vibrar el agua. Una bala de veinticuatro libras se llevó medio palo mayor del Tornado, haciendo caer la jarcia como una maraña de serpientes muertas. Dos artilleros de Bella Inés cayeron, convertidos en pulpa roja.

—¡Virad! ¡Ganad el barlovento! —gritó Bella Inés, sin parpadear ante los restos de sus hombres—. ¡Metralla! ¡Llenadles la cubierta de hierro!

El Tornado viró, cerrando el ángulo con una maniobra suicida. La distancia se redujo a nada. Los cascos chocaron con un estruendo que hizo astillas los trancaniles y el aire se llenó del olor a pólvora quemada y carne chamuscada. La segunda andanada de Bella Inés fue una carnicería; la metralla barrió la cubierta de Brent, convirtiendo el barco enemigo en un matadero.

—¡Garfios! ¡Abordaje! —aulló Brent, con el rostro desencajado por la furia.

El impacto fue brutal. El Tornado se fijó al costado enemigo como una garrapata de guerra. Bella Inés fue la primera en saltar. Aterrizó en la cubierta inglesa con un salto felino, pero un mosquetazo rozó su hombro, haciendo que su brazo izquierdo se adormeciera al instante. No le importó. Se abrió paso entre los gritos de los moribundos, convertida en un torbellino de acero. No era esgrima de salón; era una danza brutal de supervivencia donde cada estocada buscaba un corazón. El estrépito de los cañones se diluyó hasta convertirse en un zumbido sordo, una neblina de pólvora que lo envolvía todo, arrastrándolos a ambos hacia un destino que ninguna patente real pudo evitar.

Allí, rodeado por el humo y los despojos de una batalla que ambos habían marcado en la piel del otro, estaba él.

—¡Rosa Negra! —rugió Brent, lanzándose al encuentro con la furia de un hombre que ha perdido su norte.

—¡Filibustero! —respondió ella, con una voz que era puro veneno, el sable listo para una estocada definitiva.

El impacto fue volcánico, un choque de voluntades que detuvo el mundo a su alrededor. Pero en aquel instante, cuando las hojas de acero quedaron trabadas en un bloqueo perfecto, el tiempo se quebró.

Sus rostros quedaron a escasos centímetros. Y entonces, el reconocimiento los golpeó con la violencia de una marea alta. Los ojos de Brent, antes ciegos por la ira, se clavaron en los de ella: oro líquido, brillante, una mirada que él recordaba haber visto en la penumbra de una taberna, en aquel silencio cargado de humo donde dos desconocidos se habían sentido, sin saber que eran el principio del fin del otro.

Bella Inés, con el pecho agitado por el esfuerzo, sintió cómo el odio se volvía algo más complejo, más peligroso. Aquellos ojos grises, tormentosos, helados como un invierno en alta mar, eran los mismos que le habían provocado un escalofrío en la nuca semanas atrás.

Habían estado tan cerca… tan cerca de reconocer que no eran solo enemigos, sino dos espejos de la misma tragedia.

El primer choque de sables hizo vibrar sus muñecas. Brent era pura potencia; cada estocada era un mazo que buscaba romperle los huesos. Bella Inés, recordándose a sí misma las largas noches de práctica bajo la lluvia, se movía como un espectro, esquivando por milímetros. Pero la fuerza bruta del inglés pasó factura: un tajo le abrió el muslo, haciéndola caer de rodillas. El dolor le nubló la vista, pero el odio —ese fuego que le quemaba el pecho— la obligó a ponerse en pie.

Brent estaba asombrado, jamás habría esperado tal destreza en una mujer. Pero se movía ágil, y sabía controlar el sable. Pero él contaba con la fuerza bruta, y cuando ella hizo un quiebre, él la embistió con su cuerpo desestabilizándola. Rodaron por la cubierta, mezclando su sudor con la sangre que ya empapaba las tablas. Brent intentó ahorcarla con sus manos, presionando su garganta hasta que los puntos negros danzaron ante sus ojos. Con un resto de lucidez agónica, Bella Inés le propinó un rodillazo en los testículos y, mientras él se retorcía, le hundió la daga en el muslo, forzándolo a soltarla.

Se levantaron jadeando, ella al límite de sus fuerzas. Brent, ciego por la rabia, lanzó un estacazo desesperado que buscaba decapitarla. Bella Inés, intuyendo el movimiento antes de que ocurriera, no retrocedió; se dejó caer bajo el arco del sable y le hundió su acero en el hombro derecho. Brent soltó el sable con un rugido ahogado y colapsó.

Bella Inés se puso sobre él, pesada, inestable, con la sangre manando de sus propias heridas. Le puso el sable en el cuello. No había gloria en su rostro, solo el peso de la muerte y el eco de un pasado que, finalmente, se desvanecía. Sus manos, aunque temblorosas por el esfuerzo y el daño recibido, no vacilaron al imponer el final.

—Pedro Hidalgo de la Rosa —le escupió golpeándole la cabeza con la empuñadura del sable.

La cabeza de Brent rebotó en la madera al recibir el golpeó y quedó inconsciente. El resto de la tripulación inglesa tiró las armas al

ver a su capitán caído. El Merciless ardía por todas partes, un esqueleto de fuego en medio del mar.

—Encadenadlo —ordenó Bella Inés, limpiándose la cara manchada—. Lo quiero vivo. Que sufra al ver que lo pierde todo. Hundid el barco.

El Merciless se fue al fondo con un crujido agónico. Bella Inés miró el remolino de espuma negra.

—El mar ha decidido —dijo, dando media vuelta.

El camarote del Tornado estaba impregnado de un olor acre a alcohol, sangre seca y pólvora. Mientras el médico de a bordo, un hombre de manos callosas y expresión sombría, limpiaba las heridas de Bella Inés, ella apenas permitió que un leve siseo escapara de sus labios. El corte en el muslo, profundo y limpio, requirió varios puntos de sutura, y la quemadura de la bala que le había rozado la parte exterior del hombro le dejaba la piel en carne viva, ardiendo como si aún tuviera el metal incrustado. Bajo la luz oscilante del quinqué, su rostro contaba la historia del enfrentamiento: un hematoma violáceo se extendía ya alrededor de su ojo, cerrándolo parcialmente, y el dolor en sus costillas era una punzada aguda cada vez que intentaba respirar con profundidad.

Daniel de Mendaña, que había permanecido en la sombra del umbral observando la escena, se acercó cuando el médico terminó de vendarla. No había alivio en su mirada, solo un reconocimiento solemne de la realidad.

—Descansad, capitana —ordenó Daniel, antes de volverse hacia la Marquesa, que permanecía sentada con la espalda rígida, desafiando a su propio cuerpo—. Habéis ganado, pero el precio ha sido una carnicería. Si no fuera por el entrenamiento de años que lleváis en la sangre y por esa voluntad vuestra que parece no conocer el cansancio, cualquier otra mujer habría caído al primer choque de sables. Estáis hecha de hierro, pero incluso el hierro se parte si se golpea con demasiada frecuencia.

—Curad a los prisioneros —le ordenó Bella Inés al médico.

El Tornado puso rumbo al sur, dejando atrás el humo y los restos. Bella Inés creía haber ganado. Pero en la oscuridad de la bodega, Brent Reiner, encadenado y herido, abrió los ojos y dejó

escapar una sonrisa oscura. Estaba vivo. Y eso era todo lo que necesitaba.

CAPÍTULO 17

Hacienda Guzmán, costa norte de Santo Domingo.

La Hacienda Guzmán olía a melaza, a tierra húmeda y hogar. Cuando el Tornado atracó, su casco era un mapa de astillas y cicatrices, pero el pabellón de la rosa seguía en lo más alto.

Bella Inés bajó a tierra con el paso firme. Detrás, cuatro hombres arrastraban a Brent Reiner. El inglés era un espectro: el hombro vendado que supuraba sangre oscura, el muslo rígido le obligaba a arrastrar la pierna, y la fiebre le encendía los ojos con un brillo de muerte. Aun así, mantuvo la barbilla alta mientras cruzaba el camino de arena, ignorando las miradas de los trabajadores que se apartaban a su paso.

Bella Inés lo sentó en su despacho, un salón de techos altos y suelo de baldosa fría. Se quitó el broche de plata y lo dejó caer sobre la mesa de roble con un golpe seco.

—Inglés… —dijo, su voz era cortante como el filo de un sable —. Aquí se produce todo lo que vuestro padre nos robaba. El azúcar, el ron, el café. Todo es mío. Y ahora… vos también.

Brent, encadenado a la silla y custodiado por dos marineros rudos, la miró con el desprecio de un animal acorralado.

—No soy propiedad de nadie.

Bella Inés sonrió con una mueca gélida.

—Aquí, en Santo Domingo, los prisioneros se venden al mejor postor. Podría sacarle doscientos doblones a cualquier plantador francés si os vendo como esclavo. Os pudriréis cortando caña bajo este sol hasta que la fiebre os deshaga. Sería un final lento y miserable.

Brent apretó los dientes, sintiendo las cadenas clavándose en sus muñecas.

—Entonces hacedlo. Prefiero el sol que escucharos.

Bella Inés se levantó y se acercó a la ventana, observando los campos infinitos. Brent aprovechó para mirar a los hombres que la custodiaban. En sus ojos podía ver que ellos preferían verlo muerto.

—Tengo dos rutas para vos. La primera es el mercado de esclavos en las colonias; desapareceréis allí como un perro callejero. La segunda… es un año de encierro bajo mi techo. Tendréis comida decente, médico y libros. A cambio, me detallaréis los planes del Almirantazgo en el Caribe: sus rutas, sus códigos y los nombres de los capitanes que buscan hacerse con navíos españoles. Al cabo de ese año, os dejaré partir con un bote y víveres para que regreséis a casa y contéis que la Rosa Negra os retuvo, pero os perdonó la vida por honor.

El inglés soltó una carcajada amarga, un sonido que le desgarró los pulmones y le arrancó una mueca de dolor.

—¿Honor? ¿Tras lo que le hicisteis a mi padre?

Bella Inés lo taladró con la mirada, gélida y absoluta.

—A diferencia de vuestro padre, que no dejó rastro de humanidad en sus actos, yo os ofrezco una opción. Elegid bien, capitán; vuestra vida pende de un hilo que yo misma sostengo.

El silencio se estiró en el camarote, cargado de la humedad salina y el olor a sangre. Brent cerró los ojos, con la fiebre nublándole los sentidos, pero su mente trabajaba con la precisión de un cronómetro. Un año. En un año podría descubrir secretos, sembrar discordia o simplemente aguardar el momento exacto. Le daría información, sí, pero sería ponzoña disfrazada de verdad; llevaría a los capitanes de Bella Inés directamente a una trampa mortal de la Marina Real.

—Acepto el trato —dijo con esfuerzo, la voz apenas un siseo—. No trataré de huir. A cambio, exijo vuestra promesa de que cumpliréis vuestra palabra.

Bella Inés asintió una sola vez, impasible.

—Dadme vuestra palabra, no un gesto que puede interpretarse de mil formas.

—Tenéis mi palabra —afirmó ella, aunque no era ingenua; sabía que detrás de esos ojos grises bullía una conspiración.

Lo encerraron en el ala este, un cubículo con mosquitero, una mesa austera y rejas de hierro que dividían su mundo del horizonte. Tras desplomarse sobre el catre, Brent observó el mar fundiéndose con el cielo. Un año. Solo tenía que sobrevivir un año. Y después, el halcón volvería a volar.

Mientras tanto, en el despacho, Bella Inés permanecía en silencio, con la mirada clavada en la plantación. Su lugarteniente, Daniel, rompió el mutismo:

—No tiene la menor intención de traicionar a su reino, señora. Os está engañando.

—Soy consciente —respondió ella, sin parpadear—. Pero tengo mis formas de hacerle hablar, y mi paciencia es mucho más larga que su lealtad.

—Es un maldito inglés —insistió Daniel—. Os cortará el cuello a la mínima oportunidad. Esta falsa piedad será vuestra tumba.

—No es piedad, Daniel —murmuró ella, girándose para enfrentarlo—. El capitán Reiner es más útil vivo que muerto. Con la información que guarda en esa cabeza, puedo proteger las rutas de nuestro comercio y salvar a los capitanes del reino. Antes de mi patente, lo habría degollado en el Merciless sin dudar, pero ahora… soy una súbdita y debo fidelidad a la Corona.

Daniel soltó un suspiro de resignación, aunque su escepticismo seguía intacto.

—No os dará nada real.

—Admito que es posible —susurró Bella Inés, con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Pero entonces conocerá la lentitud de una vida encadenada. Es justicia, Daniel. Que viva sabiendo que lo tuve a mis pies, que lo vencí en su propio terreno y que, para la Rosa Negra, su muerte no era necesaria para demostrar mi victoria.

***

Los primeros días en la hacienda fueron una tortura de quietud. Brent habitaba una celda de lujo, pero cada bocado sabía a

cadena. Bella Inés lo ignoró durante una semana, dejándole cocer en su propio orgullo y en el zumbido incesante de los insectos caribeños. Cuando finalmente entró, el naranja violento del ocaso bañaba la estancia. Brent estaba junto a la reja, con un manual de navegación entre las manos. No se levantó.

—Señora —dijo él, con una cortesía hiriente—. ¿Vuestro guardia se aburre? He notado que el clic de su mosquete es lo único que marca el paso de mis días.

Bella Inés se apoyó en la mesa, invadiendo su espacio personal con la seguridad de quien es dueña de la propiedad.

—Para vos soy capitana. ¿Cómo está vuestra herida?

—Duele. Pero no lo suficiente para callarme —Brent flexionó el brazo con una mueca—. ¿Venís a medir el precio de mi carne antes de subastarme?

Bella Inés caminó hasta la ventana, su silueta bloqueaba la luz del sol.

—No os equivoquéis, inglés —respondió, con una voz afilada como un látigo—. Os mantengo bajo mi techo no por caridad, sino por estrategia. Me prometisteis información sobre las patrullas del Almirantazgo en el Caribe y el despliegue de vuestra flota. Cada día que pasáis aquí sin abrir la boca, vuestro valor como rehén cae en picado. Y cuando ya no tengáis valor político, pasaréis a ser una herramienta de carga.

Brent apretó el libro hasta que le blanquearon los nudillos.

—Qué farsa tan elaborada. Me curáis el hombro solo para que os entregue los secretos de mi Corona.

—Exacto —respondió ella, dándose la vuelta para clavarle los ojos—. La información que tenéis vale más que todas las toneladas de azúcar que saldrán de esta plantación este año. Los plantadores pagan por mano de obra, pero yo pago por rutas seguras y nombres de capitanes saqueadores. Si me dais un nombre de un convoy británico, hoy mismo os envío vino y sábanas limpias. Si me dais una ruta de patrulla, os permitiré caminar por el patio. El precio de vuestra libertad está tasado en secretos militares.

Brent soltó una carcajada cargada de veneno.

—No obtendréis una sola coordenada. Podéis enviarme al cadalso caribeño, podéis dejar que me rompa la espalda cortando caña, pero cada gramo de azúcar será un recordatorio de que no pudisteis doblegarme.

Bella Inés se inclinó sobre él, el aroma a salitre y pólvora inundaba la habitación.

—El tiempo es un enemigo más cruel que cualquier abordaje, filibustero. Pensáis que sois un héroe porque aun oléis al puente de mando de vuestro barco pero esperad. Esperad a ver cómo el Tornado zarpa una y otra vez mientras vuestra persona se pudre aquí, escuchando el crujir interminable de la caña. Todos habláis al final. Todos vendéis vuestra lealtad por la vana esperanza de ver Inglaterra otra vez.

—Vuestro padre se avergonzaría —escupió él, con los ojos inyectados en odio—. Una negrera disfrazada de dama. Eso es lo que sois.

El golpe fue tan rápido que Brent apenas lo vio venir: una bofetada seca, un sonido húmedo que resonó en el cuarto. La mejilla de Brent se tiñó de un rojo vivo, pero Bella Inés no parpadeó. Su rostro era una máscara de piedra.

—Mi padre murió defendiendo su honor —dijo ella, con una calma aterradora—. El vuestro murió intentando arrebatarme el mío. Si para limpiar el nombre de los Hidalgo debo ser vuestra carcelera, así será. Pero recordad esto: prefiero tener vuestra información que vuestra cabeza. Por ahora. Disfrutad de vuestro libro, inglés. Y rezad para que cuando el hambre y el silencio os venzan, me quede algo de paciencia.

Salió sin mirar atrás. El sonido de la llave girando en la cerradura fue definitivo, dejando a Brent en la penumbra, con el ardor en la cara y una rabia que le quemaba más que la herida del hombro.

***

La vida en la Hacienda Guzmán se convirtió en un juego de sombras y silencios. El odio, una vez puro y cristalino, empezó a enturbiarse con la convivencia forzada y el peso de las largas horas.

Las cuatro primeras semanas fueron un ejercicio de resistencia. Brent se parapetaba en un mutismo castrense que a Bella Inés le costaba horrores romper. Ella lo visitaba, interrogándolo con la precisión de un cirujano sobre las rutas del Almirantazgo. Él respondía con evasivas o con un silencio que ella solo cortaba con frases como: «El mar no tiene rey. Solo tiene a quien lo domina. Y yo domino cada milla que vuestra flota cree poseer».

Semanas después, la fiebre regresó a reclamar al prisionero. Bella Inés ordenó que el médico lo atendiera día y noche, porque una presa muerta perdía toda su valía como moneda de cambio. En la madrugada del segundo día, con una tormenta tropical sacudiendo la hacienda, ella entró en la estancia. Lo encontró ardiendo; se sentó a su lado y le aplicó paños fríos con una mano que no tembló. Brent, delirando, balbuceó:

—Padre… el mascarón… la sirena…

Bella Inés se quedó allí, en la penumbra, observando a su enemigo mientras la fiebre bajaba. Sentía cómo la línea que los separaba, antes una muralla de hierro, se volvía peligrosamente delgada, como una membrana a punto de romperse.

Cuando Reiner se recuperó, el campo de batalla se trasladó a un tablero de ajedrez gastado. Las partidas eran sus interrogatorios. Movimientos de flanco, sacrificios, trampas silenciosas. Tras una derrota, Brent dejó caer el rey.

—Jugáis como lucháis —dijo—. Sin piedad, pero con una paciencia que no esperaba en una mujer.

—Y vos jugáis como vuestro padre —respondió ella—. Audaz en el inicio, pero predecible en el final.

Al menos ya no lo llamaba «filibustero» con desprecio, aunque tampoco le concedía el alivio de pronunciar su nombre. Una noche de lluvias torrenciales, la tensión estalló de otra manera. Bella Inés

entró empapada, con la capa chorreando sobre las baldosas. Brent observaba la tormenta a través de los barrotes.

—¿No dormís? —preguntó ella.

—No con truenos —respondió él sin mirarla—. Me recuerdan al abordaje del Merciless. Al día en que os vi entre el humo.

Bella Inés se acercó y se sentó, dejando que el frío de la lluvia impregnara la habitación.

—¿Qué visteis, capitán? —se decidió a preguntarle, aunque no le interesaba.

—A una mujer que no conocía el miedo —respondió él con voz ronca y sosteniéndole la mirada—. Que mataba sin dudar y que… después de hundir el acero en mi hombro… no sonrió. Solo pronunció el nombre de su padre. Como si eso bastara para purgar la sangre.

—¿Y bastó? —preguntó ella, clavándole unos ojos que exigían una verdad.

—Entonces sí, ahora no.

El respeto empezó a brotar entre ellos como una mala hierba en una grieta. Se confesaron trozos de sus vidas: ella, su desprecio por los piratas ingleses y el sabor a sal; él, los acantilados de caliza de su hogar. Una tarde, Brent lanzó la pregunta que llevaba meses guardando:

—Podríais haberme matado en la cubierta. ¿Por qué no lo hicisteis?

Bella Inés evitó sus ojos. Volvían a lo mismo siempre. Ella le había dejado claro que estaba vivo por la información que poseía, y porque ella era buena cristiana.

—Porque matar a un hombre es solo cerrar un libro. Hacer que viváis sabiendo que yo decido vuestro destino… eso es poder. Quiero que entendáis quién os ha vencido antes de que el tablero se vacíe.

Brent movió su pieza con lentitud.

—Mi destino solo lo decido yo, señora…

Bella Inés alzó el rostro. Por primera vez, el desafío en sus ojos se transformó en un reconocimiento que le heló la sangre a Brent.

—Todavía no sois consciente de que tengo vuestra vida y la de vuestra familia en mis manos —dijo ella—. Si me dais la información

que solicito, vuestra familia no catará la sed de venganza que insufláis con vuestro silencio.

Brent entendió de inmediato que ella podría enviar espías y asesinos a sus dominios y cobrarse la vida de su madre. Se había creído el gato que persigue el ratón, pero ahora veía claro que era justo al revés.

Comenzó a soltar nombres, rutas y claves. Bella Inés escuchaba, anotando mentalmente cada dato. Sabía que gran parte de esos datos eran ponzoña, información manipulada para atraer a sus hombres a una trampa, pero ella la aceptó con la misma frialdad con la que él la entregaba. Ambos estaban jugando a dos bandas: él creyendo que la engañaba, ella agradeciendo que él fuera lo suficientemente predecible para que ella pudiera preparar su propia contracarta.

Bella Inés se alejó bruscamente. La llave giró en la cerradura con un chasquido metálico. Esa noche, el silencio fue más pesado que nunca. El odio seguía allí, pero ya no era lo único que gobernaba sus almas. Algo oscuro, profundo y sin nombre, había empezado a echar raíces.

Cuando ella se marchó, Brent permanecía en la penumbra, con la espalda apoyada contra la pared. Había esperado, tras su captura, la cadena, el calabozo húmedo o la humillación pública que él mismo habría infligido a un oficial enemigo de su rango. Sin embargo, la Rosa Negra lo trataba con una severidad que no buscaba romperlo, sino neutralizarlo. Ella no era una carcelera cruel; era una estratega que, incluso en su hostilidad, mantenía un código de honor que le resultaba incomprensible y, a la vez, irritante.

La información que ella buscaba no tenía como fin el lucro personal ni la tortura, sino la protección de un convoy que navegaba hacia el reino de España.

Pero el juego de ajedrez que compartían, bajo la luz mortecina de los quinqués, se había convertido en un campo de batalla mucho más íntimo. Brent, en sus momentos de silencio, ya no calculaba solo los movimientos del tablero. Sus ojos, antes llenos de rectitud naval, se perdían en los detalles de la mujer que tenía enfrente: la cascada de su cabello castaño cayendo sobre sus hombros con una

textura que se preguntaba qué sentiría al tocarlo; el tic casi imperceptible de Bella Inés al morderse el labio inferior cuando evaluaba una apertura, una vulnerabilidad que lo desarmaba.

A veces, ella levantaba la vista y él se sentía atrapado, no por estar encerrado en ese habitáculo pequeño para un hombre de su tamaño, sino por la intensidad de su mirada. Había una fisura en el acero de la Rosa Negra, y Brent empezaba a comprender, con un terror fascinado, que la cacería había mutado. Ya no perseguía a una criminal; estaba cautivado por una mujer que desafiaba todas sus certezas.

CAPÍTULO 18

Todavía no era verano, pero el calor caribeño era asfixiante: un aire denso, húmedo, cargado de aroma a caña madura y salitre. Las noches traían un alivio relativo; la brisa del mar entraba por las ventanas enrejadas y hacía temblar las cortinas de muselina del Gran Salón. Brent Reiner ya no estaba confinado en ese habitáculo que había llegado a odiar; tras haber suministrado información valiosa —o lo que él juzgaba como tal—, Bella Inés había ordenado que pudiera caminar por el patio interior durante el día, escoltado siempre por dos hombres armados a diez pasos, y que cenara en el salón principal cuando ella no estaba.

Aquel confinamiento parcial le permitió a Brent observar la vida de la Rosa Negra desde la distancia, y lo que vio desafió toda lógica aristocrática. Cualquier dama de su rango se habría sumergido en un mundo de tejidos, pruebas de vestidos, catálogos de joyas o recepciones sociales para preservar su belleza. Ella, en cambio, era una sombra inquieta que se desvanecía al alba.

A menudo, la veía partir a caballo antes de que el sol terminara de despuntar sobre el horizonte. Brent, confinado a sus horas de patio, aprendió a leer la rutina de Bella Inés no por lo que ella decía, sino por los lugares que ocupaba.

Desde la galería que daba a la parte posterior de la hacienda, Brent la observaba perderse en el mar de verde de las plantaciones. Allí, bajo el sol implacable, ella no era la dama de etiqueta, sino una sombra dinámica que supervisaba el ritmo de los ingenios azucareros. Podía verla discutiendo con los capataces el estado de las calderas o examinando la molienda de la caña con los brazos cruzados y el porte severo de un capitán de navío. No era una inspección administrativa; era un escrutinio táctico, como si estuviera asegurándose de que cada pieza de su patrimonio estuviera lista para la guerra.

Cuando las mareas cambiaban y la jornada se desplazaba hacia el frente, Brent la divisaba desde los ventanales que daban al océano. Allí, en los muelles de reparación que ella misma había

mandado ampliar, Bella Inés se transformaba. La veía descender a pie de obra, con las botas cubiertas de alquitrán, supervisando la carga de los barriles o corrigiendo la inclinación de los mástiles del Tornado. A veces, la luz del atardecer la capturaba mientras ajustaba la precisión de un cañón con sus propias manos, el cabello castaño suelto y desordenado por el viento salino.

Para Brent, era un espectáculo desconcertante. Cualquier otra dama de la alta sociedad se habría consumido en el tedio o se habría refugiado en la frivolidad de las joyas y los encajes. Pero Bella Inés habitaba su propiedad como si fuera un navío de guerra fondeado en tierra firme. No buscaba la belleza para ser admirada, sino la eficiencia para ser invencible. Y mientras él la observaba moverse entre sus hombres con esa autoridad natural, Brent comprendía que, para la Rosa Negra, la hacienda no era un refugio, sino un arsenal.

Bella Inés no administraba su hacienda desde un escritorio de caoba; la gestionaba desde el terreno, con una mano en el sable y la otra en los libros de cuentas, analizando cada detalle de la producción con la misma frialdad técnica con la que trazaba una ruta de navegación. A veces, la encontraba a la luz de las antorchas, practicando esgrima contra dos de sus hombres de confianza en el patio, sus movimientos eran tan fluidos y letales que Brent olvidaba por un momento que era su prisionero.

Ella no buscaba ser hermosa para los demás, sino temible para sus enemigos. Al verla caminar por las estancias, no como una señora que habita un hogar, sino como una mujer que ocupa una fortín, Brent comprendió que el apodo de «Rosa Negra» no era en vano. Era una mujer que había borrado la línea que separaba el estrado de la cubierta y, en su incansable actividad, había encontrado una nueva forma de admiración que le revolvía las entrañas: no gobernaba por derecho de sangre, sino por derecho de fuerza, y en aquel dominio absoluto era la única soberana de su propio destino.

La tormenta llegó sin aviso. Truenos que sacudían las tejas, relámpagos que iluminaban los cañaverales como si fueran fantasmas blancos, lluvia que golpeaba el tejado como metralla. Bella Inés no podía dormir. El ruido le recordaba el abordaje, el crujir

de la madera, los gritos. Bajó al salón principal envuelta en una bata ligera de algodón sobre el camisón fino, descalza, con el pelo suelto cayéndole por la espalda hasta las caderas. Encendió una lámpara de aceite y se sentó junto a la ventana abierta, mirando la lluvia.

Oyó pasos. Brent apareció en el umbral del pasillo, con la camisa blanca abierta en el pecho y el hombro derecho aún marcado por una cicatriz rosada que brillaba bajo la luz. No llevaba grilletes; el capataz de guardia se había retirado por orden de ella. La casa estaba bien vigilada. Él no podría escapar, aunque quisiera.

—¿Vuestros remordimientos os impiden dormir? —preguntó él sarcásticamente, pero con la voz baja para no despertar a la casa.

Bella Inés no se volvió. Esas pullas eran parte de la identidad del inglés.

—Presumo que a vos os sucede lo mismo.

Brent se acercó despacio y se detuvo a tres pasos. Miró la lluvia con la misma melancolía que ella.

—Esta tormenta me recuerda el día que os vi por primera vez. El humo. Los gritos. El peso de vuestro sable en mi hombro.

Se hizo un silencio, roto solo por el tamborileo de la lluvia. Brent se sentó en la silla frente a ella, y apoyó los codos en las rodillas. Bella Inés habló sin mirarlo, con la vista perdida en la oscuridad exterior.

—No vi morir a mi padre. Pero me dijeron que no gritó. Solo miró al cielo, como si buscara algo. Cerró los ojos un instante, apretando los párpados —le dijo él casi en un susurro.

—Miraba al cielo porque sabía que no volvería a veros. Tampoco a vuestra madre…. Pero no sufrió, mostré la clemencia que habría querido para mi padre.

Brent la miró fijamente. Jamás habría esperado esa confesión por parte de ella, y en cierto modo le provocó alivio.

—¿Y vos? ¿Qué veis cuando miráis al cielo?

Bella Inés abrió los ojos. Por primera vez, su voz, siempre firme como una orden de combate, tembló ligeramente. Quería levantarse, marcharse, pero algo la retuvo.

—Veo distancia. Ausencias. Cartas que tardan meses en llegar. Noches rezando por un barco que no vuelve. Veo a mi madre

enloquecida, murmurando a la Virgen. Veo mi casa vacía. Veo… todo lo que me quitó vuestro padre.

Brent guardó un largo silencio antes de responder.

—Y yo veo a mi madre esperando cartas que nunca llegaron. Veo a mi hermana llorando. Veo el castillo de Lydd más frío cada invierno. Veo… exactamente lo mismo que vos.

Bella Inés lo miró entonces. Realmente lo miró. No como a un prisionero de guerra ni como al hijo de su enemigo, sino como a un hombre que habitaba el mismo desierto emocional que ella.

—¿Y por eso fuisteis en mi busca? —preguntó ella—. ¿Para intentar llenar ese vacío con mi sangre?

Brent negó con la cabeza lentamente.

—Fui porque creía que era lo correcto. Porque el honor lo exigía. Pero ahora… ahora ya no sé qué es lo correcto.

Un trueno retumbó con fuerza y la lámpara parpadeó. Bella Inés se levantó y caminó hasta la ventana; la lluvia le salpicaba el rostro, pero no se apartó.

—Cuando os clavé el sable —dijo sin volverse—, pensé que sentiría paz. Que el vacío se llenaría, pero no fue así. Solo sentí… cansancio. Y luego, cuando os vi vivo y encadenado, sentí algo peor: que la venganza no terminaría nunca, que solo cambiaría de forma.

Brent se levantó también y se acercó hasta quedar a un paso de ella.

—¿Y qué sentís ahora?

Bella Inés se volvió. Estaban tan cerca que podía oler el jabón de su camisa y el leve rastro de sal en su piel.

—Siento… que os mostráis demasiado osado con vuestra carcelera.

Brent alzó la mano despacio, sin llegar a tocarla, dejando que sus dedos rozaran apenas el aire cargado de tensión entre ambos.

—¿Qué pasará cuando se cumpla el año de mi cautiverio? ¿Me dejaréis marchar de verdad?

—Siempre cumplo mi palabra —respondió ella con voz seca—. Si me dais la información que os reclamo. Os liberaré.

La lámpara se apagó tras un relámpago cercano, dejándolos en una penumbra azulada. Brent habló en un susurro:

—Entonces… ¿qué hacemos con estos meses que restan?

Bella Inés dio un paso más. Sus rostros estaban a centímetros.

—Depende de vos. Si me dais lo que busco, os dejaré libre y podréis iros de aquí como si el mar no existiera. Como si no hubiera patentes ni deudas de sangre. Solo dos personas que perdieron lo mismo: dos padres.

Lentamente, Bella Inés alzó la mano y tocó la cicatriz de su hombro. Con suavidad, casi como una caricia extraña. Brent cerró los ojos, estremeciéndose ante el contacto. Por primera vez, ninguno de los dos habló de odio. La tormenta siguió rugiendo fuera, pero dentro de los muros de la Hacienda Guzmán, algo nuevo e imposible empezaba a crecer.

***

El calor caribeño había alcanzado su punto más cruel: un sol vertical que quemaba la piel y un aire tan denso que se respiraba con esfuerzo. El zumbido constante de los insectos y el olor dulzón de la caña madura lo impregnaban todo. Los sirvientes trabajaban de sol a sol, con los capataces gritando órdenes y las ruedas de los ingenios girando sin descanso. Dentro de la casa principal, la vida seguía su ritmo lento, cargado de una tensión contenida que amenazaba con desbordarse.

Bella Inés y Brent ya no se evitaban. Las cenas en el salón grande se habían convertido en costumbre: una mesa puesta para dos, con platos de pescado asado, plátanos maduros y ron añejo. El silencio solo se rompía por conversaciones que empezaban en los mapas del mar y terminaban en confesiones a media voz, pero no las confesiones que esperaba ella. No habían cruzado la línea física —ni un roce más allá de lo accidental—, pero la tensión era palpable en las miradas que se sostenían demasiado tiempo y en la certeza de que el tiempo se agotaba como la arena en un reloj de cristal. Y a las miradas siguió los roces, los contactos que ya no eran fortuitos.

Él le sonreía con un ardor en la mirada que le provocaba escalofríos a ella. Se le erizaba la piel, se le secaba la garganta.

Una tarde, mientras el sol caía hacia el horizonte tiñendo el mar de cobre fundido, el vigía de la colina oeste tocó la campana tres veces: señal de barco a la vista.

Bella Inés subió a su alcoba con el catalejo pues era la única estancia que tenía balcón hacia el mar. Brent, que había oído el aviso desde su habitación salió también y la siguió, no tenía por orden de ella. Se colocó a su lado, hombro con hombro, sin llegar a tocarse.

Varios hombres de la hacienda se pusieron alerta esperando ordenes de Bella Inés que desde el balcón les hizo un gesto negativo con la cabeza, y les conminó a que esperaran.

—¿Qué veis? —preguntó él en voz baja.

Bella Inés enfocó la lente. Un bergantín de tres palos, velas cuadras y casco gris con ribetes blancos. El pabellón británico ondeaba con claridad en la popa. La silueta era inconfundible: un buque de guerra ligero con los cañones asomando por las troneras.

—Refuerzos ingleses —dijo ella con voz helada—. Viene del norte y no parecen estar de patrulla; viene directo hacia nuestra costa.

Brent tomó el catalejo que ella le tendió. Miró durante un largo rato y la tensión en su mandíbula se hizo evidente.

—Es el Hawk —dijo al fin—. Una fragata de dieciocho cañones. El capitán Ellis sirvió con mi padre. Si está aquí… es por mí.

Bella Inés bajó el instrumento.

—¿Estáis seguro?

—Sí —afirmó Brent—. Si alguno de mis hombres sobrevivió al hundimiento de mi nave, habrá llegado a Inglaterra. O quizás el Almirantazgo pues tiene espías en Nassau. Habrán descubierto que sigo vivo. Y sabrán exactamente dónde encontrarme.

La fragata se acercaba, decidida, sin disparar ni izar bandera de parlamento.

—¿Qué harán? —preguntó Brent con ojos extrañados—. ¿Desembarcar? ¿Cañonear la hacienda?

Bella Inés se volvió hacia él y sus ojos se encontraron con una chispa de desafío.

—No cañonearán. Querrán negociar o rescataros por la fuerza si no cedo. Pero yo… no cedo prisioneros.

Brent dio un paso más hacia ella.

—Entonces dadme un bote. Dejadme ir al encuentro. Hablaré con el capitán Ellis y le diré que estoy bien tratado, que no hay necesidad de derramar sangre.

Bella Inés lo miró fijamente, escudriñando su lealtad.

—¿Pensáis que soy tan estúpida?

Brent no apartó la mirada. Claro que no era estúpida. Él podía andar por la casa porque tenía una sombra pegada que, al menor intento por su parte de huir, le dispararía en el corazón. Él no podía verlos, pero sabía que ella tenía hombres apostados fuera de la casa, en los caminos. Huir sería como aceptar su muerte.

—Soy vuestro prisionero, no lo olvido, pero… —hizo una pausa y su voz se volvió un susurro—, tampoco quiero ser vuestro enemigo.

Tras un silencio cargado, Bella Inés dio sus órdenes: bandera blanca en el mástil de la casa y antorchas encendidas para que se les viera con claridad. El Hawk fondeó a media milla y un bote se separó de su costado. Tiempo después, un teniente joven se acercó a pie hasta una distancia segura y gritó:

—¡Venimos en nombre de Su Majestad! ¡Queremos ver al capitán Reiner!

Bella Inés tomó la trompa de hablar de latón desde el balcón. Su voz, amplificada por el metal, tronó sobre el rugido de la resaca:

—¡Está vivo! ¡No hay negociación! ¡Marchaos en paz o abriremos fuego!

Brent se asomó para que le vieran y alzó la mano en saludo. Confirmó su estado ante los gritos del teniente, quien ofreció oro o un intercambio de prisioneros de alto rango. Bella Inés, firme, negó con la cabeza.

—No hay intercambio —tronó ella.

—Estoy bien, regresad y avisad al capitán que estoy aquí por propia voluntad.

Bella Inés giró el rostro hacia él sorprendida por su declaración.

—¿Qué hacéis?

—Evitar un desenlace cruento.

El marino, confundido por la orden directa de su superior, dudó, pero finalmente se impuso el rigor militar. El oficial regresó al barco y, dos horas después, el Hawk levó anclas y se perdió en la oscuridad del norte como un fantasma silencioso.

Durante ese tiempo, ninguno de los dos se movió. Bella Inés, desde su posición elevada, comenzó a dar órdenes rápidas y precisas a sus hombres. Brent la observaba, impresionado por la autoridad con la que los dirigía: era una coreografía de mando que dejaba claro quién dominaba. Daniel de Mendaña, apostado abajo, observaba la escena con la mano en la empuñadura de su sable, inquieto por ver al «Halcón» tan cerca de su capitana.

—¿Todo está bien ahí arriba, mi señora? —preguntó Daniel, su tono revelando una desconfianza que rozaba la orden de intervención.

Bella Inés no flaqueó.

—Todo está bien, Daniel. El prisionero ha subido para que el oficial inglés comprobara que sigue con vida. Retirad a los hombres.

Cuando el sonido de las botas de Daniel se perdió, el silencio regresó, pero esta vez estaba cargado de una tensión nueva. Ella se giró hacia Brent, con la trompa de latón aún en la mano como si fuera un arma.

—Esto no es normal —susurró ella—. ¿Desistirán solo por vuestras palabras?

Ella no podía creérselo todavía.

—Podríais haber aceptado —le dijo él.

—Me dais solo migajas de información —respondió ella—. Aceptasteis darme nombres, rutas, no información falsa. Si lo hicierais, os dejaría marchar esta misma noche. —Bella Inés extendió la mano y tocó la cicatriz en el hombro de Brent con una suavidad que contradecía sus palabras—. Regresaríais en ese barco a vuestro hogar.

—No deseo marcharme —le confesó él de pronto.

Ella parpadeó incrédula.

—¿Os ha atacado otra fiebre caribeña?

Él le sujetó el rostro con ambas manos.

—Os deseo. —Fue escucharlo y algo se agitó violentamente en el interior de ella—. Concededme una noche de pasión, y juro que os daré toda la información que deseáis.

Bella Inés estuvo a punto de soltarle una bofetadas, pero él intuyó sus intenciones, porque la sujetó más fuerte, pegó su boca al oído de ella, y le susurró con palabra almibaradas:

—Todas estas semanas habéis provocado un deseo ardiente y devastador en mí. No puedo dormir por las noches pensando en vos. Y sé que vos sentís lo mismo.

—¡Mentís! —protestó ella con energía.

Pero Bella Inés sentía las manos de él en su cuerpo, y, aunque no quería admitirlo, ella también había comenzado a sentir algo por el capitán inglés. Quizás fuese la cercanía, las conversaciones, la forma de mirarla, pero algo se agitaba en su interior que le impedía conciliar el sueño por las noches, y le restaba paz durante el día.

—Una noche entre mis brazos, una sola, y juro por mi sangre que os daré toda la información que anheláis.

Brent vio perfectamente que ella valoraba su oferta. Habían pasado meses jugando al gato y al ratón.

—Podréis salvar tantas vidas… —La escuchó gemir e intensificó el ataque con palabras dulces y caricias osadas—. Ardéis por mí como yo ardo por vos, una sola noche, Bella Inés, y os daré todo lo que me pidáis.

El odio se había convertido en una brasa que quemaba de una forma distinta, y esa noche fue testigo de una rendición que ningún Almirantazgo podría haber negociado. Brent la alzó en brazos y la llevó al lecho mientras la besaba en la boca con una pasión ardiente que le arrancó un gemido de placer.

—No os mostraré más misericordia, y en dos días será vuestra venta —susurró ella, intentando convencerse a sí misma.

Brent cubrió la mano de Bella Inés con la suya, atrapándola contra su piel.

—Y yo os digo que no seré un esclavo salvo el vuestro… —vaticinó él, con los ojos fijos en los de ella.

Por primera vez, ninguno de los dos apartó la mano. Había mucho en juego. Las semanas de conversación habían derribado los muros de Bella Inés. Cuando sintió el colchón bajo su espalda, quiso protestar, pero Brent seguía besándola para no permitirle pensar.

Ella desvió el rostro intentando detenerlo, porque estaba a punto de rendirse, pero Brent era un experto en seducción y había tejido una enorme telaraña a su alrededor para dejarla atrapada en sus redes. La volvió a besar profundamente; ella se resistía y entonces él le susurró un nombre y un lugar. El gemido fue inesperado; esa información era valiosa. Brent le lamió la oreja al mismo tiempo que le susurraba. Con manos diestras, la despojó de la ropa y la acarició a placer. Ella deseaba negarse, pero entre beso y beso él dejaba caer un nombre, un barco, un lugar. Era la seducción más implacable. Besos y caricias con información adicional.

Bella Inés sintió la mano de él entre sus piernas, acariciando ese lugar prohibido. Se arqueó porque el placer era nuevo, intenso y demoledor. Brent ya no hablaba, la devoraba a besos. Ella no se dio cuenta de que estaba preparada para recibirlo. Bella Inés suspiró y entonces sintió una invasión en su interior que le provocó un gemido ronco. Era dolor y placer al mismo tiempo, pero no podía pensar en nada más porque la boca de él obraba magia en la suya. Sus manos expertas sabían dónde tocar, pellizcar y provocarla. Lo sintió moverse encima de ella. Acariciarla al mismo tiempo. No podía pensar ni hablar; simplemente quería sentir y dejarse llevar a ese lugar que él le mostraba. El deseo se intensificaba a medida que él la embestía suavemente. Se enroscó en su vientre, se tensó y las oleadas de placer la recorrieron entera. Él siguió moviéndose hasta que se puso rígido, se arqueó y, con un gemido ronco y varonil, se derramó en su interior. Bella Inés no se movió. Cuando pasaron unos minutos, se percató de que estaba desnuda debajo de él, pero él seguía con la ropa puesta. Solo se había bajado los pantalones, aunque no sabía cuándo lo había hecho.

—Ha sido maravilloso —ronroneó él con voz satisfecha.

Ahora que Bella Inés tenía lucidez, se preguntó si habría merecido la pena. Brent le había dado un nombre, un barco, un

puerto. Además de dos fechas, era lo único que recordaba de esos momentos, y ella sabía que le había entregado a él mucho más. Quiso levantarse, pero él no se lo permitió.

—La información que os he dado bien vale una noche completa. —Bella Inés quiso taparse, pero él no se lo permitió—. Todavía quedan muchas horas para que esta noche termine…

CAPÍTULO 19

La alarma rasgó el silencio justo antes del amanecer. Tres toques de campana desde la colina oeste anunciaban un avistamiento. Bella Inés se levantó de la cama, se puso el ligero camisón y la bata, se la ató y salió al balcón esperando lo peor. Sujetó el balcón con la mano que no sostenía el catalejo, estaba descalza, mientras Brent la seguía sin solicitar venia alguna. Iba desnudo y no le importó la ausencia de ropa; se posicionó hombro con hombro con ella en la penumbra.

El horizonte, que ya clareaba, se vio interrumpido por dos siluetas: la fragata Hawk, ya conocida, y un segundo navío de mayor envergadura, el Valiant, un navío de línea con treinta cañones, cuyos pabellones británicos ondeaban con nitidez bajo la luz del alba. Sin vacilar, las naves enfilaron la bahía con las piezas de artillería asomando por las troneras, mientras los infantes de marina aguardaban en cubierta con las bayonetas centelleando.

—Refuerzos —sentenció Bella Inés con voz gélida—. El Hawk no regresó solo; trae consigo una fuerza de tareas. Y esta vez, por lo visto, no vienen a parlamentar.

Brent tomó el catalejo y, al instante, reconoció el segundo buque.

—Es el Valiant —murmuró—. El capitán Hargrove es antiguo camarada de mi padre.

—Así que la llegada del Hawk solo confirmaba que estabais aquí —susurró ella—. Ahora tiene sentido que se marchara tan rápido.

Bella Inés se volvió hacia él y sus pupilas se encontraron en la oscuridad. En ese momento lamentaba haberse entregado a él. Había regresado la cordura y el remordimiento.

—La hacienda no resistirá el disparo de esos cañones —le dijo ella.

Brent no rehuyó la mirada.

—Lo sé, sin embargo, si deciden pasar al ataque, no empuñaré las armas contra vos, pero no aseguro lo mismo para vuestros

hombres.

Bella Inés sintió que el pulso se le aceleraba de forma descontrolada.

—Si levantáis una sola arma contra mis hombres, sois hombre muerto.

Acto seguido, ella impartió órdenes perentorias: los peones se armaron con machetes y mosquetes vetustos tras las empalizadas, mientras los cañones de la colina eran cebados con metralla. Daniel y João organizaban la defensa en la línea de costa, conscientes de que la hacienda era una plantación y no una plaza fuerte. Podía resistir el embate de filibusteros, pero no un desembarco organizado de la Armada Real.

Lo que Bella Inés no sabía era que la defensa ya estaba herida de muerte. Durante semanas, bajo la apariencia de un prisionero derrotado, Brent había estado tejiendo una red invisible. Había logrado sobornar con falsas promesas a uno de los capataces de la entrada norte, dejando sin pólvora los mosquetes de la guardia avanzada y debilitando los pernos de la poterna lateral con limas de acero que había ocultado entre las páginas de sus libros.

La ofensiva estalló minutos después. Ambos navíos castigaron la colina con una precisión milimétrica que desbarataba la artillería de Bella Inés antes de que lograra disparar; los cañones, cuyos mecanismos habían sido alterados por el sabotaje interno, reventaron en sus propias cureñas. Seguidamente, los botes se desprendieron de los costados de las naves, cargados de infantes de marina que sabían exactamente por qué punto flaquearía la defensa.

A Bella Inés no le dio tiempo de vestirse porque Brent la retuvo. Ella, presurosa por ayudar a sus hombres y adelantarse a primera línea, ignoraba que el verdadero enemigo ya conocía cada debilidad de su bastión. El fragor del combate cuerpo a cuerpo estalló pronto: acero contra bayoneta y detonaciones a quemarropa que teñían la arena de un carmín espeso.

—¡Soltadme, maldito seáis!

Brent finalmente la soltó. Ella cogió el sable, que siempre guardaba cerca de su lecho, y bajó con rapidez a la planta baja para ayudar a sus hombres.

La defensa cayó con una rapidez antinatural. A pesar de que Bella Inés luchaba con la ferocidad de un demonio, abatiendo a cuanto inglés se cruzaba en su camino, la disparidad numérica era insalvable. Daniel se desplomó tras recibir una estocada en el muslo y João apenas pudo organizar una retirada desesperada hacia los cañaverales.

Mientras tanto, Brent observaba la carnicería desde el balcón de la alcoba de Bella Inés. Había hecho su trabajo: el camino estaba allanado, la hacienda desarticulada y la victoria de los suyos era un hecho consumado. Sin embargo, al ver a Bella Inés en el epicentro de la vorágine —con la bata rasgada, el rostro cubierto de hollín y el brazo ensangrentado por un sablazo—, aquel triunfo frío se le volvió ceniza en la boca.

La vio acorralada, luchando contra un soldado mientras tres infantes de marina que cargaban sus bayonetas. En ese instante, el estratega británico murió y algo primitivo y desesperado ocupó su lugar. Brent descendió al patio central justo cuando los marines franqueaban la entrada principal y, antes de que alguien pudiera disparar, se interpuso en la trayectoria. Alzó las manos, no en señal de rendición ante sus captores, sino como un escudo humano entre Bella Inés y el plomo que venía a cobrar su vida.

—Soy Brent Reiner —declaró con autoridad—. Estoy con vida. No opongo resistencia.

El capitán Ellis del Hawk se precipitó hacia él con júbilo.

—¡Capitán Reiner! ¡Alabado sea Dios! Hemos venido a rescataros.

Brent dirigió la mirada hacia el exterior, donde dos soldados arrastraban a una Bella Inés desmayada. Alguien la había golpeado para dejarla inconsciente, pero Brent sintió alivio porque estaba viva.

—No precisaba rescate porque ya había sido liberado —dijo con amargura.

Un teniente lo asió del brazo, ignorando sus palabras.

—Órdenes del Almirantazgo: debemos evacuaros de inmediato. En cuanto a la mujer, debemos llevarla a Inglaterra.

Sin más opción, Brent embarcó en el bote. Bella Inés fue arrojada al mismo esquife, con las muñecas atadas y una brecha

sangrante en la sien. Él agradeció en silencio que ella estuviera inconsciente.

El desembarco concluyó en menos de una hora. Tras incendiar los ingenios y sembrar el caos, los británicos se retiraron siguiendo instrucciones precisas: recuperar a Reiner y capturar a la «Rosa Negra». Ya a bordo del Hawk, escoltaron a Brent hasta el camarote del capitán.

La batalla por la hacienda había dejado un saldo de sangre excesivo. El capitán Ellis, gravemente herido durante el asalto, había sido trasladado de urgencia al Valiant, que contaba con cirujanos de la flota y el espacio necesario para tratar su recuperación. En la cubierta, el capitán Hargrove, un veterano de la Royal Navy que ostentaba el mando supremo de la operación, observó a Brent con una mezcla de respeto y severidad.

—Reiner —anunció Hargrove, limpiando su espada—, vuestra ayuda ha sido crucial, pero vuestro estado físico es deplorable. El Valiant regresará a Inglaterra para informar del éxito de esta misión y custodiar al capitán Ellis. Vos lo capitanearéis.

Brent, sin embargo, permaneció inmóvil. Sus ojos estaban clavados en el Hawk, el bergantín más pequeño, rápido y letal, que seguía fondeado a la espera de órdenes.

—El Valiant es pesado y lento, capitán —respondió Brent, con una voz que no toleraba réplicas—. El Hawk es el único navío capaz de mantener la guardia en estas aguas mientras verificamos que no quedan restos de la red de la Rosa Negra. Mi lugar está en ese navío, asegurando que el trabajo se complete hasta la última pieza.

Hargrove frunció el ceño, apretando la empuñadura de su sable.

—Es una orden, capitán. Vuestro mando es el Valiant. No permitiré una insubordinación.

Brent dio un paso adelante, su sombra se proyectaba sobre el oficial de mayor rango. No se trataba de una disputa por galones, sino de una verdad que ambos compartían: el Hawk era el instrumento que él necesitaba para su sentencia privada.

—El capitán Ellis está fuera de combate y el Hawk necesita un comandante que conozca cada recoveco de esta costa —insistió

Brent, ocultando su verdadera intención tras una máscara de abnegación—. Dejadme al mando del bergantín. Os alcanzaré en alta mar en cuanto haya terminado de asegurar la zona. Es el servicio más eficaz que puedo prestar a la Corona.

Hargrove observó el fuego que ardía en los ojos de Brent. Entendió que, aunque era una orden directa, el hombre frente a él ya no servía a la Marina por deber, sino por algo mucho más oscuro. Con un suspiro de frustración, el veterano asintió.

—Imagino que querréis custodiar a la presa —dijo Hargrove con sarcasmo.

Brent ya sabía que habían subido a Bella Inés al bergantín.

—Esa mujer se cobró la vida de mi padre —le informó Brent—. No pienso perderla de vista. La Corona tendrá a su presa, pero seré yo quien la custodie hasta la Torre de Londres.

El capitán Hargrove no tenía motivos para desconfiar de uno de los mejores capitanes de la armada británica y pensó que, si la situación fuera al revés, a él le gustaría llevar al verdugo frente a la horca.

—Os concedo la diferencia de una semana. Si no me encontráis en la ruta de las Azores, la cabeza de esa asesina no será la única que cuelgue en el patíbulo.

—Entendido —sentenció Brent.

Hargrove se retiró hacia el Valiant, y en cuestión de minutos, Brent se encontró solo en la toldilla del Hawk. Al ver a Bella Inés encadenada bajo la guardia de sus hombres, Brent sintió una sacudida de triunfo frío. Hargrove se llevaba la gloria de la victoria, pero él se quedaba con la pieza más valiosa de la partida.

Brent, plantado en la cubierta del bergantín, guardó un silencio sepulcral, limitándose a observar cómo las llamas consumían hasta la última madera de la plantación.

Bella Inés permanecía recluida en un cubículo infecto, encadenada a un perno de hierro, aunque se le dispensaba un trato de honor mínimo: raciones de combate, agua limpia y la asistencia del cirujano para sus heridas. Durante la primera noche de singladura, Brent descendió a las entrañas del barco, portando apenas una lámpara de aceite cuyo fulgor proyectaba sombras

grotescas sobre las cuadernas. Se sentó en un fardo de cabuyería, frente a ella.

—Bella Inés, escuchadme—comenzó él, con la voz quebrada por la humedad del ambiente—. Os juro por mi honor que no orquesté este asalto. No solicité este rescate ensangrentado.

Ella alzó la cabeza con lentitud. El vendaje, manchado de un carmín seco, le confería un aspecto espectral, pero sus ojos oscuros conservaban el fuego indómito de la marquesa de Marim.

—No me tengáis por estúpida, porque no lo soy —replicó ella con una amargura que calaba más que el frío de la sentina—. La defensa de la hacienda cayó demasiado rápido, los ingleses pudieron llegar hasta mí, porque alguien saboteó mis defensas desde dentro.

Brent bajó la mirada con un poco de vergüenza. Bella Inés era la mujer más inteligente y valiente de cuantas había conocido. ¿Cuánto tiempo le habría llevado descubrir que él había saboteado las defensas?

—Vos habríais hecho lo mismo —se defendió él.

Nada atormentaba más a Bella Inés que haberse confiado a un inglés sin palabra y sin honor. Esperaba que se cobrara su vida rápido, porque no podía soportar estar cerca de él ni un segundo más.

—Estoy lista, pero sed rápido —aceptó y ordenó al mismo tiempo.

Brent contuvo una exclamación. ¿Creía ella que había venido a matarla?

—Sois demasiado valiosa para cobrarme vuestra vida ahora.

Los ojos de Bella Inés se entrecerraron al comprender.

—Entiendo… Los papeles se han invertido con una ironía magistral. Ahora soy vuestro trofeo. Decidme, ¿qué pensáis hacer? ¿Venderéis mi libertad al mejor postor?

Brent negó con vehemencia, acortando la distancia entre ambos.

—Os escoltaré hasta Inglaterra, es cierto, pues no tengo otra opción ante mis superiores. Sin embargo, una vez allí, depondré en vuestro favor. Declararé ante el tribunal que no sois una vulgar

pirata, sino una corsaria que actuaba bajo el amparo de una patente real legítima.

Bella Inés soltó una risa seca, un sonido carente de alegría que resonó en la madera del casco.

—¿Y abrigáis la esperanza de que el Almirantazgo preste oídos a tales argumentos? Soy una mujer. La mujer que envió al fondo del mar un bergantín de la Armada Real. Me colgarán del cuello hasta que mis pulmones estallen, y vos… vos seréis encumbrado como el héroe que capturó a la Rosa Negra. La gloria de vuestro ascenso se cimentará sobre mi cadalso.

Brent se arrodilló sobre el suelo húmedo y, con manos temblorosas, rozó los eslabones que aprisionaban las muñecas de ella.

—No permitiré que tal infamia suceda. Hallaré una fisura en la ley, una salida en este laberinto de hierro.

Bella Inés lo escrutó con una intensidad dolorosa. Por un breve instante, la ferocidad de su mirada se suavizó, dejando paso a una vulnerabilidad que lo desarmó por completo.

—¡Mentiras y más mentiras! —exclamó ella en un susurro desesperado y con una mirada herida que se le clavó directamente en el pecho—. Os odio con toda mi alma Brent Reiner. Y juro que me cobraré vuestra sangre en esta vida o en la otra.

***

El destino no fue el estuario del Támesis, sino el inabarcable abismo del Caribe. Brent Reiner, investido de una autoridad que emanaba tanto de su rango como de su reciente martirio, alteró las órdenes de navegación: el *Hawk* no pondría rumbo a los puertos del norte. Viraron hacia las aguas cálidas y traicioneras de las Antillas.

Su destino era Blackwood Manor, un punto ciego en las cartas oficiales de la Marina Real. Se trataba de una concesión privada en una lengua de tierra aislada al norte de Barbados, un enclave que su padre había adquirido décadas atrás y que se mantenía fuera de

cualquier registro administrativo. Era un paraje de caletas ocultas, plantaciones abandonadas y vientos huracanados donde el apellido Reiner era la única ley vigente. Allí, lejos de la jurisdicción de los tribunales de Londres y del alcance de la Corona, Brent no pretendía juzgarla: pretendía hacerla desaparecer entre la roca, el salitre y el silencio absoluto de su propio dominio.

Bella Inés fue confinada en el camarote del capitán, un espacio de caoba y bronce que se convirtió en su jaula de oro. Un grillete en su tobillo, sujeto a un anillo de hierro en el suelo, le permitía deambular por la estancia, pero no le permitía alcanzar la puerta. Se le dispensaban cuidados que fingían ser honores: viandas calientes, baños de agua dulce, pero se le impuso un aislamiento absoluto. Daniel y João se habían quedado atrás, en Santo Domingo, liberados con el oro necesario para regresar al reino de España.

Brent hizo su entrada al atardecer del tercer día de singladura. Vestía el uniforme de gala: la casaca azul con vueltas doradas rutilaba bajo la luz de los quinqués. Se sentó frente a ella, que permanecía en la cama con la columna rígida y la mirada convertida en acero.

—Bella Inés —pronunció él con una suavidad que erizaba la piel—. No os trato como a una cautiva vulgar. Podríais estar pudriéndoos en la sentina, entre ratas y agua salobre.

Ella no pestañeó; su desprecio era un escudo.

—¿Debo agradecer vuestra distinción, capitán? ¿O acaso este escenario es solo el preludio de vuestra próxima exigencia antes de entregarme al verdugo?

Brent se inclinó, buscando sus ojos con una intensidad febril.

—Deseo que comprendáis la naturaleza de este cambio. Aquellos meses en vuestra hacienda no fueron un simulacro. El respeto, las vigilias, esa corriente que nos unía... todo fue real. Pero ahora las tornas han girado. Ahora sois mía.

Bella Inés soltó una risa que restalló como un látigo en el camarote.

—Me habéis capturado mediante la fuerza de vuestra armada. Habéis reducido mi hogar a escombros y pasado a degüello a mis hombres. ¿Consideráis que eso me vincula a vos por afecto?

Brent se puso en pie y se sentó en el borde del lecho, invadiendo su espacio vital.

—No fui yo quien dictó el asalto, pero soy yo quien gobierna vuestro porvenir. No habrá mercados de esclavos ni patíbulos en Londres. Os deseo... a mi manera.

—Vuestra manera —escupió ella, retrocediendo hasta donde la cadena se lo permitía—. ¿Acaso creéis que tras esta ignominia voy a rendirme a vuestros deseos? He sido una estúpida una vez, pero no lo seré una segunda.

Él alzó la mano y rozó su mejilla con el dorso de los dedos. El contacto fue una profanación de la tregua que una vez tuvieron.

—Podríais ver que ya no soy el enemigo que odiabais. Que en la hacienda el odio se había disipado. Dejadme que os lo demuestre.

—Escuchadme bien inglés, Jamás —sentenció ella, apartando el rostro en un gesto de furia desmedida—. Vuestro padre segó la vida del mío. Yo cobré la deuda con el vuestro. No existe seducción capaz de sepultar tal carnicería.

Brent acortó la distancia, y su aliento cálido golpeó el cuello de Bella Inés. La voz se le volvió turbia, cargada de un resentimiento que había madurado en la sombra.

—Os habéis entregado a mí por propia voluntad. Me deseáis de la misma forma que yo os deseo.

Bella Inés intentó repelerlo, pero la cadena del tobillo la ancló al suelo. Él le atenazó las muñecas con una sola mano, una presa de hierro que anuló su resistencia.

—No —jadeó ella, manteniendo la entereza de su voz—. No obtendréis mi consentimiento de nuevo.

Los ojos grises de Brent se tornaron en una tempestad de furia y deseo reprimido.

—Entonces lo tomo por derecho de conquista. No olvido que causasteis la ruina de mi linaje y el hundimiento de mi nave. Tomo esto como pago. Como vuestra penitencia.

La empujó sobre el brocado de la cama. Ella luchó con cada fibra de su ser —uñas, dientes y rodillas—, pero el forcejeo se libró en una desigualdad atroz. El camarote se inundó de una lucha sorda, del rasgar de las telas y de respiraciones entrecortadas. Brent

quiso ser brusco, pero no pudo. A cada intento de besarla, ella intentaba morderlo, así que le sujetó las manos, se colocó encima de ella que se resistía.

—Me estáis despojando de toda pasión caballeresca —le recriminó él.

—Desgraciado, malnacido, cabrón…

Él la había despojado de la camisola que ella llevaba puesta.

—Os habéis metido en mi sangre…

Ella resistió hasta que sus fuerzas desfallecieron, pero su voluntad permaneció incólume, incluso cuando su cuerpo se rebeló a las caricias de él. Ella trató de controlarlo, pero cada vez le resultaba más difícil. Afortunadamente, Brent concluyó rápido. Se incorporó y ajustó su uniforme con una frialdad nueva para ella. No se dignó a mirarla.

—Esto es solo el comienzo —sentenció en un susurro—. Blackwood Manor nos aguarda. Allí veré qué otros tributos extraigo de vuestro orgullo.

Salió del camarote y el sonido de la llave en la cerradura fue el epitafio de la noche. Bella Inés se quedó ovillada sobre las mantas desordenadas. Por sus mejillas rodaron lágrimas ardientes, las primeras en muchos años; no por el quebranto físico, sino por el abismo de soledad que se abría ante ella, más insondable que el océano que el Hawk hendía en su avance.

La venganza no había muerto. Solo había mudado de piel, volviéndose más oscura y amarga.

CAPÍTULO 20

Las primeras semanas fueron un ejercicio de silencio sepulcral y una tensión que hería el aire. Brent hacía acto de presencia al ocaso, acomodándose en la silla frente al lecho para observarla en un mutismo inquisidor. Bella Inés, por su parte, se mantenía erguida contra el mamparo, con la mirada gélida y la dignidad intacta, sin proferir ruego ni lamento. Era una guerra de trincheras donde nadie cedía un palmo de terreno emocional.

No fue sino hasta una noche, bajo el balanceo hipnótico de un mar en calma, cuando Brent quebró el cristal del silencio.

—Mi intención no era esta —confesó con voz queda—. No orquesté lo que aconteció en este camarote aquella primera noche.

Bella Inés lo escrutó, impertérrita.

—Sin embargo, lo ejecutasteis. No hubo azar en vuestros actos.

Brent clavó la vista en sus propias manos, como si buscara en ellas el rastro de una mancha invisible.

—Me consumía la saña. El recuerdo de cada jornada en vuestra hacienda me laceraba: aquella cadena invisible que suponía la palabra de honor, vuestra suficiencia, el peso de saber que mi vida era una moneda en vuestras manos. Al teneros aquí, bajo mi yugo… deseé que probarais la misma hiel. Quise que vuestro orgullo se doblegara ante el mío.

—Y lo conseguisteis —replicó ella con una gélida lucidez—. No obstante, ese cobro no os ha traído la paz que ansiabais, ¿me equivoco?

Brent negó con la cabeza, con un gesto de derrota.

—En absoluto. Solo ha dejado tras de sí un vacío corrosivo. Cada vez que franqueo esta puerta, lo que hallo en vuestras pupilas no es pavor, sino un desprecio que me juzga. Y algo más… un matiz que escapa a mi comprensión.

Bella Inés se inclinó levemente; el tintineo de la cadena subrayó sus palabras.

—Comprendedlo de una vez, entonces. Os aborrezco. Pero, al mismo tiempo, os reconozco. Veo al hombre que compartió conmigo las vigilias de tormenta, al que movía las piezas de ajedrez con nobleza, al que escuchó el relato de mi orfandad…

—El que os hizo el amor mientras os revelaba secretos. —Bella Inés bajó los ojos. Ese había sido su pecado capital. Entregarse al enemigo a cambio de información—. Aquel hombre es mucho más que el verdugo que maldecís.

—Tenéis razón. Al entregarme a vos aquella noche, me convertí en ramera, en la mujer más aborrecible del mundo. Vuestros actos actuales son mucho menos infamantes que el que cometí yo.

Brent alzó la vista, con los ojos grises empañados por una bruma de incertidumbre.

—No soy vuestro enemigo.

Bella Inés guardó un silencio que pareció eterno, roto solo por el crujir de las cuadernas. Después de un segundo, las chocó entre sí.

—Esto demuestra que lo sois.

Brent se marchó del camarote, y ya no la molestó más hasta que llegaron a Blackwood Manor.

La llegada a Blackwood Manor fue un ejercicio de opresión refinada. La casa era una estructura señorial de piedra volcánica negra, erigida sobre un risco que dominaba el Atlántico, un edificio tan sobrio y severo como el apellido de quienes lo habitaban. No había decoraciones excesivas; solo una arquitectura diseñada para resistir huracanes y aislarse del mundo.

Cuando Brent la condujo al interior, Bella Inés descubrió que la casa no era una prisión de mazmorras húmedas, sino una jaula de terciopelo. La estancia que le asignó estaba en la torre del ala oeste: techos altos con vigas de madera noble, cortinajes pesados que filtraban la luz del Caribe hasta convertirla en una penumbra grisácea y una ventana con rejas de hierro forjado que ofrecían una vista inalcanzable de un mar embravecido.

La simetría del castigo era perfecta. Él replicaba con precisión quirúrgica el encierro que ella le había impuesto.

Brent no la trataba como a una proscrita, sino como a una posesión de valor incalculable que debía mantenerse en condiciones impecables. Cada mañana, una criada silenciosa, con ojos vacíos y manos expertas, entraba en la habitación. La mujer no hablaba, pero servía con una meticulosidad aterradora: preparaba el baño en una tina de cobre, esparcía aceites aromáticos sobre su piel, le cepillaba el cabello con una paciencia que a Bella Inés le resultaba insoportable y le entregaba vestidos de seda que se sentían como una mortaja. Comía de platos de porcelana fina y bebía vino de cosechas que Brent enviaba personalmente, pero la puerta siempre permanecía cerrada bajo llave.

Bella Inés pasaba las horas recorriendo la habitación, contando los pasos de un extremo a otro, sintiendo cómo el lujo la asfixiaba más que las cadenas. Cada vez que escuchaba el clic metálico de la llave al girar, el eco resonaba en su pecho como una burla. Él la alimentaba, la vestía y la cuidaba, pero la mantenía suspendida en un tiempo muerto, esperando.

El odio de Bella Inés había empezado a transformarse en algo más denso, una especie de vigilancia febril. Sabía que él vendría; sabía que el silencio de Blackwood Manor era solo la antesala de una confrontación inevitable. Brent no la tenía allí para que muriera, sino para que se consumiera lentamente, observándola desde las sombras, aguardando a que ella se rompiera por la soledad, exactamente como él había hecho en la Hacienda Guzmán.

La jaula era hermosa, pero la vista desde su ventana no le ofrecía libertad: solo le recordaba que, en aquel feudo apartado del mundo, la voluntad de Brent Reiner era, efectivamente, la única ley.

Una semana después, Brent introdujo la literatura en la estancia: tratados de náutica, lírica inglesa y crónicas de viajes que depositaba sobre la mesa sin mediar palabra. Bella Inés los devoraba en su soledad. Ella no intentó forzar la cerradura de la puerta; no por falta de ingenio, sino por el deseo de escudriñar hasta dónde llegaría la grieta en las armaduras de ambos.

Finalmente, cuando ya habían pasado cuatro semanas, una noche, con el aroma de la tierra empezando a intuirse en la brisa, Brent entró portando una botella de aquel ron añejo que Bella Inés

atesoraba en Santo Domingo. Sirvió dos vasos y le tendió uno, sentándose en el borde del lecho. Ella aceptó el licor y, tras un sorbo que le abrasó la garganta, sentenció:

—No os he perdonado.

—Lo sé —admitió él con honestidad brutal—. Y yo tampoco os he perdonado a vos. Pero os necesito. Aquí. A mi lado.

Bella Inés depositó el vaso, escrutándolo.

—¿Me necesitáis? ¿O es que el castigo aún no ha satisfecho vuestra sed?

La voz de Brent se quebró por vez primera.

—Son ambas cosas. Os odio por la sangre de mi padre y por mi cautiverio en la plantación. Pero os necesito porque en aquel tiempo, entre conversaciones y silencios, hallé algo que jamás poseí. Y al haceros mía… vago a ciegas, sin saber cómo entender esto que siento.

Bella Inés había tenido cuatro semanas para elaborar un plan. El inglés la deseaba, se lo había dejado muy claro en cada ocasión en que la había poseído durante la travesía. Ella se había vendido una vez por información, podría hacerlo para huir. Por primera vez desde que desembarcaron, fue ella quien inició el contacto, rozando con las yemas de sus dedos la cicatriz que ella misma le había infligido en el hombro.

—Así que vagáis a ciegas —susurró ella.

Brent cubrió la mano de ella con la suya, atrapándola contra su piel.

—Vos tenéis la única luz que puede guiarme.

—¿Y qué obtendría a cambio? —preguntó ella—.

—No habrá más encierro —juró él—. Y no habrá más fuerza —añadió Brent con una firmeza que era a la vez un pacto y una advertencia.

Se quedaron así, unidos por las manos en el silencio de la estancia. La venganza se había diluido en el remordimiento, y el odio empezaba a vestirse con los harapos del perdón.

Brent se arrodilló ante ella, no como el oficial que reclama un botín, sino como el hombre que reconoce su propia quiebra.

—Dejadme demostraros que mi alma no es solo la oscuridad que habéis visto —suplicó él, con la voz rota por una sinceridad descarnada—. Dejadme amaros como os corresponde, como la mujer que sois y no como la enemiga que ansiaba cobrarse mi vida.

Bella Inés lo miró desde la penumbra. Llevaba tanto tiempo habitando la soledad, navegando entre ausencias y duelos, que el frío de su propio corazón empezaba a resultarle insoportable. Necesitaba, con una urgencia que le dolía en los huesos, un poco de calor humano; una tregua en la guerra perpetua que había sido su vida desde la muerte de su padre.

Lentamente, con un gesto que era a la vez una entrega y un perdón, ella asintió.

Brent sintió su aceptación como si lo lanzaran al vacío. La abrazó con fuerza y la besó con profunda pasión. La llevó al lecho con urgencia, pero el encuentro íntimo que siguió no tuvo rastro de la violencia en el camarote. Fue una danza de descubrimientos, lenta y respetuosa. Brent la tocó como si fuera de cristal y fuego, con una delicadeza que buscaba restañar cada herida. No hubo prisa, solo el murmullo de las olas y el calor de dos cuerpos que se reconocían en la vulnerabilidad.

En la intimidad del lecho, Brent se demoró en cada caricia, midiendo su fuerza, esperando su aliento, hasta que la armadura de Bella Inés se deshizo por completo. Cuando él la guio con infinita paciencia hacia el clímax, algo en el interior de ella se liberó. Al alcanzar la cima de aquel placer compartido, Bella Inés sintió que el nudo de odio que le oprimía el pecho se deshacía. En ese instante de abandono total, lo perdonó.

No fue un perdón razonado, sino un perdón del alma. Su espíritu, fatigado de tanto naufragio, halló al fin el consuelo que se le había negado desde que el Merciless II apareció en su horizonte. Se abrazaron en el silencio posterior, piel contra piel, escuchando el latido del otro como si fuera el único norte posible en aquel océano desierto.

La venganza se había disuelto, dejando paso a una paz frágil pero auténtica.

CAPÍTULO 21

Las semanas que siguieron a la capitulación fueron un aislamiento compartido, un limbo de humedad y penumbra donde el tiempo dejó de medirse en nudos para medirse en respiraciones. Brent ya no giraba la llave al salir; la puerta permanecía cerrada por una voluntad mutua, un pacto tácito de no romper el hechizo antes de tiempo.

Comían en la misma mesa. Leían juntos bajo la luz oscilante de la lámpara, y a veces, las discusiones sobre un verso o una ruta náutica terminaban en un silencio cargado que solo el cuerpo sabía resolver.

El sexo entre ambos mutó. Ya no era la colisión de dos odios, sino una exploración minuciosa de sus ruinas. A veces era una urgencia desesperada, un intento de sofocar los fantasmas con el sudor y el roce violento de la piel. Otras veces, sin embargo, emergía una ternura inesperada y punzante; Brent recorría con sus labios la cicatriz que él mismo había provocado, como si quisiera borrar la herida con el aliento, y Bella Inés enredaba sus dedos en el cabello de él, aceptando el calor de su pecho contra el suyo.

No pronunciaban la palabra amor. Era un término demasiado limpio, demasiado ajeno a dos seres forjados en la guerra y la venganza. Hablaban del presente: del crujido de las cuadernas, del sabor del ron que compartían al alba, del frío que se filtraba por las junturas cuando el viento del sur arreciaba.

Esa tarde, el aire en la habitación era espeso, saturado por el aroma a salitre y a cera de vela. Brent permanecía sentado en un taburete a los pies de la cama, una posición de acecho que había adoptado como si fuera su nuevo hogar. Sus ojos, fríos y analíticos, seguían cada movimiento de Bella Inés.

Ella cosía con una parsimonia que a él le resultaba una tortura. Sus dedos, ágiles y precisos, tensaban el hilo contra la tela de la falda, y Brent no pudo evitar fijar la vista en los reflejos cobrizos que el sol de poniente arrancaba de su cabello castaño. Eran destellos que danzaban sobre los mechones rebeldes, brillando como

rescoldos bajo una brasa. Cuando Bella Inés levantó la vista, irritada por el peso de su mirada, Brent se quedó sin aliento. Sus ojos —ese dorado inusual, profundo, del color de las monedas de bronce antiguo— lo escrutaron con una fiereza que no se había apagado en todo ese tiempo.

Esa era la mujer que había intentado doblegar, pero que, en su lugar, lo había desmantelado pieza a pieza.

Brent observó la tersura de su piel dorada, esa marca indeleble del sol del Caribe que ni siquiera la sombra de Blackwood Manor había logrado palidecer. Era una belleza depredadora, inteligente, envuelta en un valor que le provocaba una mezcla de terror y devoción. Ella no era una víctima; era un incendio contenido en una estancia de piedra.

—¿Por qué me miráis así? —preguntó ella, deteniendo la aguja en el aire y analizándolo con la mirada.

Brent se tensó, sintiendo un nudo de obsesión en la garganta. No podía explicarle que lo que él sentía ya no era odio, sino una posesión absoluta. Se había convertido en un prisionero de su propia prisionera. Había sido testigo de su ingenio para descifrar sus trampas, de la forma en que su mente operaba incluso en la oscuridad, y la conclusión era ineludible: no podía dejarla ir.

El mundo exterior —la Corona, el Almirantazgo, los deberes de su linaje— se había vuelto una niebla borrosa. La única realidad que le importaba era aquella estancia, donde ella respiraba, donde sus ojos dorados lo desafiaban, donde su mera existencia le recordaba que él era capaz de cualquier atrocidad solo para evitar que ella volviera a ser libre.

—No busco una rendición —murmuró él, con una voz que sonó más rota de lo que pretendía—. Busco que entendáis que este es vuestro único lugar. Fuera de aquí, el mundo es demasiado pequeño para los dos. Aquí... aquí estáis a salvo de ser destruida, porque nadie más que yo podría soportar la intensidad de vuestro fuego.

Brent se levantó lentamente. Se acercó a ella, invadiendo su espacio, atrapado por la convicción de que, si ella se marchaba, él también dejaría de existir. Ella era su trofeo, su castigo y su única razón. La observó una vez más, con la resolución grabada en su

rostro: no había mar lo suficientemente ancho ni ley lo suficientemente poderosa para arrebatársela. Ella no se marcharía. Nunca.

***

La luz del amanecer se filtró por el mosquitero, bañando la habitación con un tono cobrizo. Bella Inés despertó antes que él. Durante unos minutos, se limitó a observar el techo de madera, escuchando la respiración acompasada de Brent a su lado. No había cadenas, ni nada que le recordaba su condición de presa. Sin embargo, el peso en su pecho seguía allí: una mezcla de alivio y una culpa persistente que la unía a los muertos de la Hacienda Guzmán.

Se levantó con sigilo, se puso la bata azul y salió a la veranda. El olor a lana cruda y salitre impregnaba el aire. Desde la casa, vio el Hawk fondeando.

Brent apareció poco después, apoyándose en la barandilla junto a ella. Ya no vestía el uniforme que lo definía como oficial del Almirantazgo; ahora parecía un colono más, un hombre que había cambiado el sable por la tierra.

—Para Inglaterra, Brent Reiner no ha cumplido su misión —susurró Bella Inés.

Era consciente de que Brent tenía que haberla llevado custodiada a Londres, y se preguntaba cada día por qué había cambiado de opinión.

—Para Inglaterra, vos sois una pirata que pereció en un intento de fuga durante la travesía.

—Será vuestra palabra contra la de esos marinos —Bella Inés señaló con la cabeza el barco que fondeaba en las aguas tranquilas de la bahía.

—He logrado que el lugarteniente firme el cuaderno de bitácora.

—¿Lo habéis sobornado? —preguntó ella.

—Le he ofrecido mi silencio sobre ciertos asuntos del mando.

Bella Inés lo miró con el viento agitando su cabello.

—Habéis sacrificado vuestro honor por una mentira, Reiner. ¿Por qué?

Brent se volvió hacia ella, sus ojos grises buscaron los suyos con una honestidad desarmante.

—Porque el honor que me enseñaron en la academia no servía para explicar lo que siento cuando os miro. Porque prefiero vivir en esta mentira con vos, que en la verdad de una medalla sin vos.

Bella Inés guardó silencio, mirando las olas romper contra los acantilados.

—Y si os pidiera que me dejéis libre.

Brent no respondió. Ese era el único escollo entre ambos, que él no podía permitir que se marchara porque la necesitaba incluso para respirar.

Bella Inés bajó la vista a sus manos. Eran manos que habían mandado barcos, que habían matado y que habían sido encadenadas. Pero también eran las manos que, la noche anterior, habían buscado consuelo en la piel del hombre que se suponía debía odiar.

El silencio se estiró entre ellos, roto solo por el grito de las gaviotas cuando el amanecer hizo su presencia. Bella Inés de Hidalgo y Guzmán, la Rosa Negra, miró hacia el norte, donde el mundo viejo seguía girando con sus guerras y sus reyes. Luego miró hacia el interior de la casa, donde el fuego de la cocina empezaba a humear y Mara cantaba una melodía antigua. Ella tenía que regresar. Brent había bajado la guardia. Tenía que hacerlo.

—Vuelvo a la cama —dijo ella con voz firme pero suave.

Brent soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo. Una sonrisa pequeña, la primera que Bella Inés le veía en años que no fuera de triunfo o sarcasmo, iluminó su rostro.

—Esa es una invitación que no puedo rechazar.

La venganza se había agotado. El odio se había transformado en una tregua frágil que, con el tiempo y el aislamiento de aquella tierra salvaje, podría llegar a llamarse vida.

CAPÍTULO 22

El otoño traía vientos frescos del sur y un cielo de una claridad casi cruel. En la propiedad de los Reiner, la vida había encontrado un pulso sosegado; Bella Inés ya no era una extraña, sino una presencia que habitaba la casa y la tierra con una seguridad creciente. Ya no hablaban de amor, pues la palabra se sentía pequeña frente a la magnitud de lo que habían sobrevivido, pero el silencio entre ellos era ahora un refugio compartido.

Sin embargo, la llegada del mercante Swift y la carta con el sello del halcón lo cambiaron todo. Brent permanecía en la veranda, con el papel temblando imperceptiblemente entre sus dedos, mientras las palabras de su hermana herían el aire.

—Mi madre se muere —sentenció él, con una voz que parecía venir de un pasado remoto.

Bella Inés lo observó con esa lucidez que la caracterizaba. Sabía que aquel mensaje era el ancla que intentaba arrastrar a Brent de vuelta al abismo de las convenciones y los deberes.

—¿Os marcháis? —preguntó ella, midiendo cada sílaba.

Brent no respondió de inmediato. Miró el Swift fondeado en la bahía, un vínculo de madera y lona con una Inglaterra que ahora sentía como un sueño borroso.

—Si parto ahora, quizá llegue a tiempo para un último adiós. Pero si me quedo… ese silencio me perseguirá siempre.

Bella Inés se acercó, posando una mano firme en su brazo. Sabía que su propia existencia era el mayor obstáculo para ese regreso. Ella era la mujer que el Almirantazgo quería colgar; él, el héroe que debía redimir el apellido.

—¿Qué pensáis hacer conmigo si regresáis? —preguntó ella.

—Iréis conmigo, por supuesto —afirmó Brent sorprendido por la pregunta de ella.

Él no tenía intención de dejarla sola en la isla.

—¿Iré como prisionera, como el trofeo que limpie vuestro nombre ante la corona?

Brent le tomó las manos con una urgencia febril.

—Iréis a mi lado. Si venís, es porque así lo decidís. Y si no…

Brent no continuó porque no contemplaba que ella no lo acompañara.

Bella Inés cerró los ojos, sopesando las opciones. España era un avispero de traiciones, poseía un marquesado que Floridablanca devoraría en cuanto ella se descuidara, y lo había hecho todos esos meses. Por el contrario, si marchaba a Inglaterra, se contraría directamente con la soga que esperaba su cuello.

—Me gustaría acompañaros —admitió al fin—. Pero es imposible. Vuestro reino ha puesto precio a mi cabeza, como mi reino ha puesto precio a la vuestra.

—No lo permitiré que nadie os haga daño—juró Brent, apretando sus manos, pero era consciente de las palabras de ella. Ambos tenían la soga al cuello—. Os pido que me esperéis aquí.

Bella Inés abrió los ojos y lo miró con una mezcla de incertidumbre.

—No puedo prometeros eso —sentenció ella.

Brent estaba en una encrucijada. Ella no podía acompañarlo, pero él no quería perderla.

—Prometedme entonces que me esperaréis aquí hasta que regrese para devolveros vuestra libertad. Porque juro que os la entregaré si me esperáis.

Bella Inés pensó en las opciones durante un rato. Él se mantenía en silencio-

—Prometédmelo y yo os lo juro. Vuestra espera por vuestra libertad.

—Esperaré vuestro regreso aquí.

Brent la atrajo hacia sí en un abrazo desesperado, como si temiera que el viento del sur se la llevara antes de tiempo.

—Os prometo que regresaré.

—Hacedlo… —susurró ella, hundiendo el rostro en su pecho.

Al día siguiente, el Swift zarpó hacia los acantilados de Lydd.

Desde la barandilla de estribor, Brent permaneció observando cómo la casa desaparecía en el horizonte. Y por primera vez, Brent sintió que el verdadero naufragio no era el mar, sino la ausencia de ella.

CAPÍTULO 23

La propiedad de Brent Reiner, aquel refugio de promesas susurradas, sucumbió ante el elemento que mejor definía la vida de Bella Inés: la destrucción. Daniel de Mendaña, la sombra de su pasado y el guardián de su juramento, había llegado para rescatar a su capitana.

En la propiedad no quedaban hombres de lucha, todos habían partido en el Swift junto al capitán, por eso Daniel y sus hombres pudieron penetrar en las tierras y hacerse con el control. Bella Inés se había alegrado de verlos, pero discutió con Daniel cuando vio que pretendía reducir la casa a cenizas. Él le recordó la ley del Talión: ojo por ojo y diente por diente. La hacienda Guzman había sido destruida por completo, y él pensaba hacer lo mismo con Blackwood Manor.

Mientras cabalgaban hacia la cala del norte, el crepitar de las vigas colapsando llegaba hasta ellos como un eco de batalla. Bella Inés no giró la cabeza. Sabía que, si lo hacía, el recuerdo de Brent en la veranda, con una taza de té y la mirada llena de un futuro imposible, podría fracturar su resolución. Pero la Rosa Negra no se permitía grietas.

—El Tornado os aguarda, capitana —insistió Daniel, manteniendo el galope a su lado—. La patente de corso sigue vigente en los registros de la Habana y en el reino.

—¿La corona ignora que fui hecha prisionera?

Daniel asintió.

—Los hombres han mantenido el secreto de vuestra captura. El inglés no regresó a Inglaterra. Allí temen que su barco naufragara.

Bella Inés soltó un gemido ante el alcance de esa información. Ni Inglaterra Ni España tenían constancia de lo que había sucedido.

Bella Inés apretó las riendas. El viento, antes suave y balsámico, ahora cortaba su rostro con la familiaridad de un sable.

—¿Y el capitán inglés? —preguntó él, con una voz que recuperaba el metal de la confianza.

—De regreso a Inglaterra —respondió evasiva porque no quería darle ninguna otra explicación.

—Cuando regrese y vea su hogar en cenizas, buscará respuestas —respondió Daniel con desprecio.

—Para cuando encuentre un barco capaz de seguirnos, estaremos doblando el Cabo de Hornos —respondió ella.

Llegaron a la cala. El bote esperaba, una astilla de madera sobre el cristal turquesa. Al subir, Bella Inés sintió el tacto del salitre en sus manos y, por un instante, cerró los ojos.

—Remad —ordenó.

El bote se alejó de la costa. A medida que la distancia crecía, la columna de humo negro de Blackwood Manor se volvía una cicatriz en el cielo azul. Bella Inés se llevó la mano al lugar donde meses atrás tenía el broche de plata —la rosa entrelazada con el ancla— pero había desaparecido. Se giró para observar su navío, el Tornado se mecía con la marea.

—Habéis sobrevivido, capitana —murmuró Daniel, observando la costa que se desvanecía.

—He sobrevivido, Daniel —afirmó ella.

Cuando el sol se hundió definitivamente, Blackwood Manor ya no era más que un resplandor naranja en la lejanía. El bote llegó al barco, y con destreza Bella Inés subió por la escalera de cuerdas. Daniel lo hizo tras ella.

Bella Inés se puso en pie en la proa, dejando que el rocío marino empapara su vestido de algodón, el último regalo de Brent que aún vestía. Mañana vestiría cuero. Mañana volvería a empuñar el acero.

—Rumbo al norte —sentenció.

La Rosa Negra había vuelto. No quedaba rastro de la prisionera, ni de la mujer que dudó ante un horizonte de paz. Solo quedaba la capitana, navegando hacia un mundo que creía haberla derrotado, lista para demostrarle que algunas flores solo florecen en mitad del naufragio.

Detrás, el fuego se apagaba. Adelante, el mar infinito la reclamaba. Y esta vez, no habría cadenas, ni honor, ni amor que

pudiera detenerla.

***

El Tornado hendía las aguas del Mediterráneo con la proa firme hacia Huelva. Y Bella Inés recordó que hacía dos años que había dejado el reino para perseguir piratas. Habían transcurrido dos años de navegación implacable hasta que fue capturada. La Rosa Negra había recuperado su estatus de leyenda, sin embargo, Bella Inés ya no era la misma capitana de antaño.

Mientras Daniel de Mendaña ejercía el mando en cubierta, ella permanecía largas horas en el camarote principal, junto a una ventana a la que había ordenado retirar los barrotes. Su vientre crecía bajo los pantalones de cuero, que tenía que llevar desabrochados, pero el abrigo largo ocultaba ese detalle. El embarazo sería evidente en breve: las náuseas iniciales habían dado paso a un cansancio que la obligaba al reposo, y a movimientos sutiles que percibía en la vigilia como recordatorios vivos de que su destino se había transformado irrevocablemente.

Le había mentido a su lugarteniente. Le había confiado a Daniel que había contraído unas fiebres en Blackwood Manor, de esa forma había sorteado que sus hombres la vieran vomitar y casi desfallecer por los mareos. El médico del barco no hizo preguntas, y la trató como si hubiera contraído el cólera, así mantuvo a los hombres apartados de ella.

El Tornado alcanzó las costas de Portugal, Daniel entró en la estancia portando un mapa y el catalejo.

—Capitana —anunció con gravedad—. Estamos a dos jornadas de Huelva.

Bella Inés no respondió.

—Voy a tomarme un tiempo de descanso —susurró ella.

Daniel veía a su capitana muy cambiada.

—¿No os habéis recuperado de vuestro mal? —inquirió él.

Daniel tomó asiento frente a su señora con ademán solemne.

—Debo comprobar que el marquesado no tiene litigios nuevos. Que Floridablanca respeta el acuerdo que alcancé con la corona…

Daniel la escuchaba, pero a él todo eso le parecieron escusas.

—¿Y después?

Bella Inés miró al hombre que siempre había estado dispuesto a dar la vida por ella. Era su hombre de confianza, y supo que no podía seguir mintiendo.

—Estoy encinta Daniel.

El lugarteniente la miró con espanto, y en sus ojos se reflejó el odio al creer que ella había sido sometida al calvario de la violación. Bella Inés pudo leer en sus ojos la promesa de matar al inglés.

—Fue un intercambio —Daniel no podía entenderla, ¿un intercambio de qué?—. Intimidad a cambio de información.

Daniel no podía decir nada. Y durante un momento largo se mantuvo en silencio.

—¡Pero sois una dama!

—En este barco, soy la capitana, allí donde me apresaron, era mercancía intercambiable…

—¿Y qué habéis pensado? —le preguntó Daniel.

Estaba claro que el lugarteniente digería todavía la asombrosa noticia.

—Controlar mi feudo. Residir en Huelva y criar al infante o infanta en el Palacio de la Rosa.

—O bien, continuar surcando los mares. Sois la capitana, y la tripulación os seguiría hasta el confín del orbe.

Bella Inés contempló el ocaso, que teñía el mar de oro y púrpura.

—Pero no podré volver a navegar durante un tiempo.

Bella Inés esbozó una sonrisa mínima, preñada de melancolía.

—Lo haréis, capitana. El mar lo lleváis en la sangre.

—Es cierto, la Rosa Negra no conoce el descanso. Y si vuelvo a navegar, quizás lo haga con un tripulante adicional.

Se incorporó con cautela y caminó hacia el ventanal. Ya veía la costa.

—Me prepararé cuando entremos en la bahía —sentenció—. Veré a mi madre y me pondré al día con el marquesado. Cuando

llegue el alumbramiento, decidiré como obrar para que se reconozca al heredero o heredera.

Daniel se puso en pie, firme.

—¿Y qué hay del padre?

Bella Inés clavó la vista en la inmensidad del mar.

—Lo ignoro. Lo que aconteció entre nosotros se hundió en el océano. Aquí comienza una crónica distinta.

Daniel inclinó la cabeza con deferencia.

—Os avisaré cuando alcancemos la bahía, mi capitana.

—Gracias —aceptó ella.

El Tornado aceleró, con el velamen desplegado al máximo y la proa hendiendo el camino hacia Huelva.

CAPÍTULO 24

Al amanecer de un día después, el Tornado se adentró en la bahía de Huelva con el velamen arriado a discreción y el pabellón real ondeando soberbio en la popa. No hubo estruendo de fanfarrias ni salvas de artillería; solo el murmullo de una ciudad que despertaba entre el tañido de las campanas, el fragor de los estibadores y ese aroma ancestral a salitre, brea y pan que flotaba sobre el muelle. Bella Inés de Hidalgo y Guzmán, marquesa de Valdeazores, aguardaba en el alcázar vestida como una dama y no como una corsaria. Escogió con cuidado el vestido amplio que simularía su viente.

Daniel de Mendaña impartió las órdenes definitivas para el fondeo y el navío se detuvo con una elegancia solemne mientras las anclas besaban el fondo. Bella Inés permaneció inmóvil, escrutando el puerto de un tono dorado por el sol naciente.

Una hora más tarde, Bella Inés pisaba el muelle con el auxilio de Daniel.

El carruaje oficial emprendió el rumbo hacia el Palacio de la Rosa. Bella Inés guardó un silencio absoluto durante el trayecto, contemplando el paisaje y el Atlántico que, a su izquierda, se extendía como un viejo confidente.

Tiempo después, el Palacio de la Rosa emergió en la colina. La piedra de la fachada, curtida por el salitre, lucía el escudo de las rosas y las anclas bajo un lema casi borrado. Sin embargo, algo era distinto: los faroles seguían ardiendo pese a que había amanecido, y entonces vio una figura menuda, envuelta en una mantilla de encaje negro que aguardaba su llegada.

Era Clara de Guzmán, su madre.

Bella Inés descendió del carruaje y sus piernas flaquearon por un instante. Su madre lucía más frágil, con el cabello níveo, pero sus ojos —los mismos que Bella Inés portaba— brillaban con una lucidez que los galenos habían dado por perdida.

—Bella Inés… —susurró Clara con una voz quebradiza pero firme—. Mi pequeña.

Bella Inés avanzó con lentitud hasta quedar frente a ella. Madre e hija se escrutaron mientras el tiempo parecía congelarse en el patio.

—Madre —logró articular Bella Inés, sintiendo cómo su coraza de capitana se resquebrajaba por vez primera—. Estáis lúcida…

Clara alzó una mano trémula para acariciar el rostro de su hija y, acto seguido, descendió la vista hacia la curvatura de su vientre que la capa abierta no disimulaba.

—¡Bella Inés! ¿Estáis… estáis…? —la madre no pudo continuar.

Ante la sorpresa de verla, Bella Inés no había tomado la precaución de esconder su embarazo como había hecho hasta horas antes de desembarcar, pero finalmente hizo un encogimiento de hombros aceptando porque la buena nueva se iba a saber pronto.

Bella Inés asintió en silencio.

—Vuestro nieto. O vuestra nieta.

Clara ahogó un sollozo y esbozó una sonrisa preñada de una luz antigua.

—Mi Pedro lo predijo… anoche me visitó, y me reveló que regresaríais para traer vida donde solo quedaba ceniza.

Por un momento, Bella Inés había creído que su madre había recuperado la razón, pero se había equivocado. Entraron juntas al palacio, donde la fuente seguía entonando su murmullo eterno. Los criados se inclinaban con un respeto que rayaba en la devoción mientras Daniel y sus hombres permanecían en la retaguardia, vigilantes. Ya en el salón principal, frente al crepitar de la chimenea, Clara tomó asiento en su sillón de siempre.

—Navegué por las sombras mucho tiempo —confesó Clara—, pero al saber que la Rosa Negra había vuelto, que mi sangre regresaba a casa, algo despertó en mí. —Bella Inés acarició el rostro de su madre, sintiendo el calor del hogar—. Todavía veo lagunas, neblina espesa, pero ni niña ha regresado.

—Lo hice madre.

Los ojos de Clara se clavaron en el vientre de ella.

—Mi nieto nacerá aquí, bajo este techo. —Clara clavó la vista en su madre que tenía los ojos brillantes—. Y llevará el apellido de nuestra estirpe: Hidalgo. Como dicta la tradición y el honor.

Bella Inés asintió con determinación.

Fuera, el Atlántico bramaba con una cadencia sosegada. En el interior, una nueva vida se aprestaba a florecer entre los muros de piedra. La Rosa Negra había regresado, despojada de su sed de venganza y dispuesta, al fin, a abrazar la vida.

***

Brent se arrodilló entre los restos chamuscados de su escritorio, rescatando apenas un fragmento de la carta de su madre que el fuego no había logrado devorar. Alrededor, sus hombres aguardaban con una mezcla de lástima y pavor. Cuando alzó la vista, sus ojos grises, antaño nublados por el remordimiento, se habían transformado en dos esquirlas de hielo ártico.

—Que preparen el bote —ordenó con una monotonía aterradora—. Enviad jinetes a cada puerto. Compraré el barco más rápido que jamás se haya construido. No escatimaréis en oro.

En las semanas posteriores, Brent Reiner se movió con la precisión de un hombre poseído. Liquidó sus posesiones, vendió la lana y el aceite de ballena, y reunió una soldadesca de hombres desesperados: desertores, convictos y antiguos marinos que solo entendían el lenguaje del metal. Compró el Raven y contrató hombres. El oro de los Reiner, acumulado durante décadas, se convirtió en el combustible de su venganza.

La primera noche en alta mar, bajo una luna espectral que plateaba el Índico, Brent reunió a su tripulación en el alcázar.

—No nos dirigimos a Inglaterra por comercio ni por deber —sentenció, mientras el viento agitaba su casaca raída—. Vamos por una deuda de sangre. La mujer que profanó mi hogar y asesinó a mi progenitor se oculta en los puertos del reino de España. Se hace llamar la Rosa Negra. Jurad conmigo que no hallaréis descanso, ni puerto, ni paz, hasta que su estirpe sea borrada de la faz del océano.

Los hombres, seducidos por la promesa de botín y contagiados por su furia, alzaron las manos en un juramento profano que selló el destino del Raven.

Mientras tanto, Brent ignoraba que Bella Inés aguardaba en el Palacio de la Rosa. Ignoraba el latido de una nueva vida que compartía su propia sangre. Para él, ella ya no era la mujer que leía poesía bajo el sol; era una sombra que debía ser erradicada. La convicción de que el honor solo podía restaurarse con la muerte de la marquesa se convirtió en su único norte.

Huelva aguardaba, bañada por el sol mediterráneo, ajena a la tormenta de acero que se aproximaba desde el sur. El halcón regresaba con las garras afiladas y el corazón blindado contra cualquier rastro de piedad.

CAPÍTULO 25

Palacio de la Rosa, Huelva.

El parto fue largo y tortuoso, como si el infante presintiera que nacía en un mundo de lides. Bella Inés de Hidalgo y Guzmán, marquesa de Valdeazores, dio a luz en la estancia principal del palacio, asistida por parteras sevillanas y el médico francés que sirvió en la Hacienda Guzmán. El sol de mayo inundaba los ventanales, tiñendo el lino de oro pálido. El clamor final fue el del niño: un varón robusto, de cabellos negros y ojos grises que Bella Inés reconoció al instante como los de Brent Reiner.

Lo bautizó con el nombre de Pedro Alfonso de Hidalgo y Guzmán. Pero la madre, Clara, había protestado enérgicamente. El niño debía llevar los dos nombres de las dos casas, no por afecto al progenitor, sino por justicia: el vástago cargaría con el peso de ambos mundos, de la rosa y del halcón, del reino de España y del reino de Inglaterra. Por respeto a su madre que lucía una claridad inusual, Bella Inés aceptó llamar a su hijo Pedro Brent de Hidalgo y Reiner, a regañadientes, con enfado, pero la madre se había mantenido firme, como si ella sospechara algo que se le escapara a la hija.

Pero la lucidez de su madre fue efímera. Dos semanas tras el alumbramiento, Clara de Guzmán decayó. La lucidez que retornó a su mente se desvaneció como bruma al sol. Balbuceaba nombres —Pedro, Inés, la Virgen— mas ya no distinguía rostros. Los galenos señalaron el corazón: exhausto tras años de reclusión y delirio. Bella Inés veló sus noches en el sillón donde Clara aguardó a su esposo tantos años. Le narraba historias del niño, del mar y de sus aventuras vividas como la Rosa Negra. Clara solo esbozaba sonrisas vagas, con su mano gélida entre las de su hija.

Expiró una madrugada de junio, con el Atlántico bramando suave bajo la ventana. Bella Inés no vertió lágrimas públicas.

Decretó luto riguroso: mantillas de encaje, doblar de campanas en la capilla de la Virgen y sepelio en el panteón familiar junto a la tumba vacía de Pedro Hidalgo de la Rosa. Mas por dentro, la pesadumbre era vasta: un vacío abrumador sumado al vacío de su padre, al de la hacienda de Guzmán calcinada. El niño era lo único que colmaba aquel abismo.

El niño. El heredero ilegítimo.

Bella Inés sabía que el marquesado de Valdeazores, confirmado en perpetuidad sin distinción de sexo por merced de Carlos IV, no se transmitía de oficio a un hijo ilegítimo. Su hijo carecía de derechos sin mediación real. Pero Bella Inés no claudicaría. Lidiaría con denuedo usando los resortes legales a su alcance.

La legitimación de Pedro fue el combate más complejo que Bella Inés jamás librara. En junio, presentó una *petición de gracias al sacar* ante la Real Chancillería de Granada. La ley era clara sobre los hijos naturales, pero Bella Inés, moviéndose en la penumbra de la diplomacia, presentó al padre como un capitán extranjero de linaje noble y desconocido, ocultando que el progenitor era el mismo oficial británico contra el que la Corona española mantenía una tensión constante. Bella Inés no escatimó: sufragó cincuenta mil reales de vellón para agilizar los trámites, mientras testimonios comprados de criados y parteras certificaban su intención de matrimonio malograda por la guerra. En agosto, bajo el beneplácito de Manuel Godoy —quien valoraba la utilidad estratégica de una marquesa que financiaba sus expediciones con oro capturado—, el Consejo de Castilla otorgó la gracia: Pedro fue declarado hijo natural legitimado.

Sin embargo, el marquesado suponía un obstáculo mayor. La sucesión nobiliaria exigía, por norma, el «legítimo matrimonio». Bella Inés no se arredró. En septiembre, presentó una segunda súplica, una audacia jurídica: citó precedentes de la alta nobleza castellana y analogías con los Beaufort ingleses para demostrar que el rey, en su facultad soberana, podía romper cualquier fuero sucesorio. Argumentó que su patente de corso y sus constantes aportaciones a la Real Hacienda convertían a su linaje en una pieza indispensable

para el Estado. «El niño es mi heredero de sangre» —escribió en su misiva final al Consejo—, «y su legitimación lo hace apto para portar el título conforme a la perpetuidad que Su Majestad ya me otorgó».

La pugna legal se extendió durante meses, un duelo de despachos y lealtades. Finalmente, en diciembre, el rey Carlos firmó la dispensa real. Pedro Brent de Hidalgo y Reiner fue reconocido como heredero pleno, un caso excepcional en los anales de la nobleza española. El marquesado de Valdeazores quedaba vinculado a su nombre, con la única condición de que Bella Inés continuara sirviendo a la Corona en el mar.

Bella Inés había triunfado. No fue el acero, sino el oro, la influencia política y el dominio de los resquicios legales lo que le otorgó la victoria. Aun así, en las noches de calma, el duelo por el pasado persistía. Se retiraba a la galería del palacio con el niño en brazos, oteando el horizonte del Atlántico.

—Madre —susurraba ante el vacío—, padre... lo logré. El marquesado de Valdeazores tiene sucesor.

El niño, con unos ojos grises de curiosidad infinita que le devolvían la mirada de un fantasma, parecía comprender el peso de su destino. El Tornado descansaba en el puerto, ya una leyenda que apenas surcaba las olas, pero el Espina de la Rosa aguardaba en la rada con las velas listas. Bella Inés sabía que el mar no olvidaba, y que cuando el infante creciera, la sangre Reiner y la ambición de Hidalgo se reclamarían mutuamente, atrayéndolo hacia las mismas mareas que habían definido la vida de sus padres.

***

El Raven nunca surcó las aguas de Huelva. El destino, caprichoso y cruel, interpuso una señal de auxilio que Brent Reiner no pudo ignorar. A mitad de la travesía del Atlántico sur, un paquebote veloz de Plymouth interceptó su rumbo con un mensaje que marchitó cualquier sed de sangre inmediata: su madre había muerto. Él la había dejado viva, con mejoría notable, y por eso había regresado a

Blackwood Manor para llevar a Inglaterra a Bella Inés, salvo que no la encontró allí, pero encontró su casa destruidas y sus tierras quemadas.

La noticia detuvo la venganza en seco, como un navío que pierde el viento en la calma chicha. Brent, con el rostro de piedra y la misiva temblando en su diestra, ordenó virar hacia el norte. La venganza quedó pospuesta, pero el juramento permaneció latente, bajo la piel, aguardando su hora.

Llegó a Hastings bajo una cellisca que calaba hasta los huesos. El castillo de Lydd era un mausoleo de sombras y chimeneas lánguidas. Lisa Morrison, la condesa viuda, exhaló su último aliento sin tener la mano de su hijo entrelazada a la suya. Brent no vertió lágrimas ante los cortesanos, pero esa noche, en la soledad de sus estancias, el estallido de un jarrón contra el muro fue el único grito que se permitió.

Las semanas siguientes fueron un torbellino de deberes aristocráticos. Había descuidado sus deberos como conde de Lydd, Brent hubo de sanear tierras hipotecadas y asegurar el porvenir de sus sobrinas en los salones de Londres. Negoció con banqueros y abogados, vistiendo el paño fino de la nobleza mientras su mente habitaba en las cubiertas ensangrentadas del Caribe. Cada vez que el ron jamaicano rozaba sus labios, el recuerdo de Bella Inés —su risa infrecuente, su piel bajo la penumbra, el ajedrez compartido— emergía para atormentarlo. Se aborrecía por recordarla. Se odiaba por no haber acabado con ella cuando tuvo la oportunidad.

En el Almirantazgo, obtuvo una patente limitada para hostigar corsarios españoles. No necesitaba más. En primavera, con el condado estabilizado y el luto guardado, Brent regresó a Plymouth. No se conformó con el navío Raven; adquirió un bergantín de treinta cañones y velamen negro como el azabache: el Reckoning. Había logrado reunir una tripulación de cuarenta hombres curtidos en mil abordajes que no hacían preguntas.

En la proa del navío, bajo un cielo plomizo de primavera inglesa, Brent arengó a sus hombres.

—Ponemos rumbo a España —sentenció con una frialdad cortante—. A Huelva, a cualquier rincón donde se oculte la Rosa

Negra. Ella asesinó a mi padre, y calcinó mi propiedad. Ahora, la deuda es mayor pues pienso cobrarme su vida. No habrá parlamentos ni noches de tregua. Solo el acero y el nombre de mi padre en sus oídos antes de su fin.

El grito de la tripulación restalló en la bahía de Plymouth mientras el Reckoning levaba anclas. El halcón emprendía el vuelo hacia el sur, con las garras afiladas y el corazón blindado.

CAPÍTULO 26

El infante Pedro celebró su primer aniversario de vida, consolidándose como un niño vigoroso, de cabellos castaños similares a los de su progenitora y unos ojos grises que parecían contener la inmensidad del océano. Con frecuencia, corría descalzo por el patio interior mientras reía al compás de la fuente que murmuraba sin descanso; asimismo, trepaba a las rodillas de Daniel de Mendaña y llamaba «tío» a João con la confianza absoluta de quien jamás ha vislumbrado el peligro. Bella Inés, por su parte, lo observaba con detenimiento desde la galería superior, con la mano apoyada en la balaustrada. Cada carcajada del infante funcionaba como un recordatorio persistente: ella había prevalecido en la batalla contra la pesadumbre, la soledad y aquel vacío abismal que dejó el deceso de su madre Clara. No obstante, era plenamente consciente de que las contiendas nunca concluían definitivamente, sino que mudaban de forma.

El inquietante rumor se materializó en julio, transportado por un oficial portugués que había fondeado en Cádiz con un bergantín cargado de caldos de Oporto. Daniel lo recibió en el muelle y, acto seguido, lo condujo con premura al despacho del palacio, donde el hombre relató los hechos en voz baja, temeroso de que los muros poseyeran oídos.

—Un bergantín británico, mi señora—. El Reckoning, recaló en Lisboa hace tres semanas bajo el mando del capitán Brent Reiner —informó el piloto con gravedad—. Cuenta con treinta piezas de artillería y cuarenta hombres de armas; además, puso rumbo al sur mientras inquiría con insistencia por la Rosa Negra y por las costas de Huelva.

Bella Inés, lejos de inmutarse, asintió con una gélida serenidad y preguntó:

—¿Cómo habéis obtenido tal certeza?

—El capitán de dicho navío bebió con exceso en las tabernas del puerto y, por consiguiente, habló de más —reveló el informante —. Proclamó que buscaba un cobro de sangre y que no hallaría

reposo hasta contemplar el cadáver de la Rosa Negra, advirtiendo que, en esta ocasión, no habría espacio para el parlamento.

Tras despedir al hombre con un doblón de oro y una severa advertencia de silencio, Bella Inés se volvió hacia Daniel para dar órdenes inmediatas.

—Redoblad la vigilancia de inmediato y contratad a cuantos hombres adicionales necesitéis; buscad exmarineros o antiguos soldados que dominen el arte del disparo y la discreción. Reforzad las verjas del palacio, emplazad cañones ligeros en la elevación que domina el camino y prohibid el acceso a cualquier desconocido, ya sea mercader o clérigo.

Daniel inclinó la cabeza con respeto.

Los días siguientes transcurrieron en una atmósfera de preparación implacable. Bella Inés reclutó a quince combatientes más, incluidos exartilleros de la Armada y mercenarios que cobraban en metal noble, y convirtió el palacio en una fortaleza inexpugnable. Se instalaron troneras en las ventanas altas, se acopiaron barriles de pólvora en los sótanos y se distribuyeron sables en armarios ocultos. Entretanto, el niño continuaba creciendo, ajeno al acero que lo rodeaba.

Cada noche, Bella Inés ascendía a la galería superior para escrutar el Atlántico mientras pensaba en el pasado.

—Juro por la memoria de mi padre y por el descanso de mi madre que nadie arrebatará lo que es mío —susurraba con determinación—. Brent Reiner no pisará esta tierra; si se atreve a comparecer, hallará a la Rosa Negra aguardándolo con el rugido de los cañones.

El mar respondía con su cadencia eterna mientras, en algún punto de la inmensidad, el Reckoning navegaba hacia el encuentro. Bella Inés ya no huía ni se limitaba a esperar; por el contrario, orquestaba la guerra con la ferocidad de quien defiende lo que es suyo por derecho propio. El niño dormía plácidamente en su cuna bajo la vigilancia de su madre, mientras el Atlántico rugía suave, presagiando que la verdadera tempestad estaba a punto de desatarse.

***

El ambiente en el Palacio de la Rosa era tan espeso que casi se podía cortar con un cuchillo. El infante, ajeno a la tempestad que se cernía sobre los adultos, correteaba por los pasillos con la vitalidad de sus diecisiete meses, mientras Bella Inés lo custodiaba desde la galería con una dualidad feroz: la mirada prendida en la inocencia del niño y el resto de sentidos en la línea donde el Atlántico que se fundía con el plomo del cielo. Sin embargo, las noticias no daban tregua; los informantes y espías confirmaban lo que ya sabía, que la venganza venía a su encuentro.

Bella Inés había previsto todos los posibles desenlaces, pero uno de esos desenlaces, era el que le quitaba el sueño. Intuía que Brent desembarcaría de madrugada en la bahía de Huelva con hombres bien escogidos para asaltar el palacio. Pero Bella Inés no podía limitarse a esperar el golpe; tras tomar una decisión junto a la chimenea, desplegó los mapas sobre su escritorio frente a Daniel y João, dictando una estrategia de emboscada implacable.

—El capitán Reiner esperará un asedio, pero se encontrará una trampa de arena y olivos —sentenció Bella Inés con voz cortante—. Dispondremos a diez hombres camuflados en las dunas para flanquear su retaguardia tras el desembarco, mientras otros diez aguardarán entre la arboleda de la colina para cercar su huida. Cinco de nuestros hombres servirán de cebo en la entrada principal, atrayendo al halcón hacia el palacio, donde yo misma lo recibiré con el acero desenvainado.

Durante las semanas subsiguientes, los preparativos se ejecutaron con una precisión notable. Bella Inés reforzó los portones con travesaños de hierro y dispuso barriles de pólvora en puntos estratégicos como último recurso de destrucción absoluta. No obstante, en medio de ese caos con los preparativos, Bella Inés encontraba momentos para subir a la alcoba de su pequeño. Le juró que nadie le tocaría un solo cabello para hacerle dado, nadie, mientras mientras ella conservara un hálito de vida.

CAPÍTULO 27

La luna aún colgaba pálida, un ojo frío que observaba el desembarco desde las alturas, cuando el Reckoning fondeó a media milla de la costa, en el recodo más oculto de la marisma. No hubo señales, ni luces, ni el estrépito de la cadena al caer; solo el sigilo de una silueta negra devorada por el horizonte gris. Brent Reiner había alterado su estrategia: los treinta y ocho hombres que ahora formaban su vanguardia no eran la tripulación estándar de un navío, sino un contingente de asesinos reclutados entre los desechos de Plymouth y Liverpool. Exconvictos y desertores cuya única lealtad era el oro.

Brent descendió al bote principal, desprovisto de los galones de capitán que lo identificaban ante la Armada. Vestía una levita de paño oscuro, sin brillos ni metales que pudieran delatarlo en la penumbra. Su rostro, surcado por la dureza de meses de preparación, permanecía inexpresivo, con unos ojos grises que analizaban la costa con la frialdad de un depredador. Los botes se deslizaron hacia la playa; los remos, envueltos en trapos, no golpearon el agua, sino que la acariciaron en un mutismo absoluto.

Al tocar la arena húmeda, la formación fue instantánea. Con un gesto seco de su mano, Brent ordenó el despliegue. Diez hombres se deslizaron hacia el flanco izquierdo, diez hacia el derecho, mientras él encabezaba el grupo central, avanzando entre la niebla matinal como una sombra compacta. Se movían agachados, aprovechando la pantalla de las dunas bajas y los matorrales salinos, convencidos de que el silencio era su mejor aliado.

No sospechaban, sin embargo, que el terreno mismo estaba en su contra.

Desde el interior de una duna, mimetizados por mantas de arpillera impregnadas con arena y ramas secas, dos hombres de la Rosa Negra observaban cada uno de sus movimientos. El grumete extremeño, con el aliento contenido, esperó hasta que el último grupo inglés superó la marca del viejo baluarte. Entonces, soltó dos silbidos cortos, un sonido tan tenue que se confundió con el viento

en el matorral: la señal de que el contingente duplicaba sus expectativas.

El mensaje recorrió la cadena de vigías como un rayo hasta la colina donde João aguardaba, oculto en la oscuridad de la retaguardia. Al recibir la confirmación, João no esperó. Un mensajero partió a lomos de un caballo con los cascos vendados, lanzándose al galope hacia el palacio.

Bella Inés estaba despierta, pues siempre lo estaba antes del alba cuando presentía que algo se aproximaba. Vestía una falda negra práctica, botas altas, espada al cinto y una pistola en el fajín. El niño dormía en la habitación segura del ala este, custodiado por dos nodrizas y cuatro hombres armados. Ella bajó al patio interior con los cinco hombres elegidos para el núcleo: Daniel a su lado y cuatro artilleros con mosquetes cargados y bolas de fuego de mano a punto de encender.

El mensajero llegó jadeando y anunció:

—Son más de treinta, capitana. Han atracado en la marisma y avanzan en abanico. Vienen directos hacia aquí.

Bella Inés asintió sin mostrar sorpresa, solo una resolución gélida.

—Que los de las dunas los flanqueen en cuanto pasen. Que los de la colina corten su camino de retirada. Nosotros los aguardaremos aquí; si logran entrar, que no salgan con vida.

Daniel la miró con duda:

—¿Y si son demasiados para nosotros?

Bella Inés lo miró con firmeza.

—Entonces moriremos defendiendo lo nuestro, pero llevándonos a muchos por delante. Y si Brent entra, me encargaré de matarlo yo misma.

El amanecer se presentó con una niebla espesa. Los hombres de Brent avanzaron confiados, creyendo que la sorpresa les pertenecía. Cruzaron las dunas y penetraron en el olivar que bordeaba el camino al palacio. Fue entonces cuando sonó el silbato.

Los diez hombres de las dunas abrieron fuego desde los flancos; mosquetes y pistolas escupieron plomo de repente. Cinco

ingleses cayeron en la primera salva, mientras otros gritaban buscando cobertura. Brent alzó su sable con furia:

—¡Avanzad! ¡No retrocedáis!

Pero la emboscada ya era imparable. Los diez de la colina descendieron por el camino, cortando toda posibilidad de retirada. Se desató un fuego cruzado entre gritos y humo blanco mezclado con la niebla. Los ingleses intentaron reagruparse y dispararon andanadas, pero perdían terreno rápidamente. Brent gritaba órdenes desesperadas, pero la sorpresa era absoluta y devastadora.

En el patio interior, Bella Inés percibió los disparos. El niño despertó y comenzó a llorar; ella les gritó a las nodrizas.

—Pase lo que pase, no abráis esta puerta.

Se posicionó junto a Daniel y los cuatro artilleros tras las columnas y las barandas con los mosquetes apuntando a la entrada principal. Los ingleses llegaron finalmente; quince habían sobrevivido al fuego cruzado y avanzaban con saña. Brent iba a la cabeza, sable en alto y los ojos fijos en el palacio.

—¡Por mi padre! —bramó.

Bella Inés alzó su pistola y sentenció:

—Fuego.

Los cuatro artilleros dispararon al unísono y dos ingleses cayeron al suelo. Brent se agachó tras una columna rota mientras sus hombres respondían, haciendo que las balas rebotaran en la piedra. Daniel cargó su mosquete de nuevo y advirtió:

—Capitana, son demasiados. Si logran entrar...

Bella Inés cargó su propia pistola sin dudar:

—Entonces entrarán sobre cadáveres.

La puerta principal crujió bajo la presión de los hombros y las culatas inglesas. Brent fue el primero en cruzar el umbral y vio a Bella Inés en el centro del patio: sable en la diestra, pistola en la siniestra y su cabello castaño ondeando con el viento.

—Bella Inés de Hidalgo y Guzmán —dijo con voz ronca por el humo—. Al fin nos encontramos.

Bella Inés alzó la pistola con calma:

—Brent Reiner. Habéis tardado más de lo previsto.

Disparó y la bala rozó el hombro de Brent, quien se lanzó hacia adelante con ferocidad. Los hombres chocaron en el patio en una amalgama de sables, gritos y disparos a quemarropa. Daniel abatió a dos ingleses antes de caer con una bayoneta clavada en el costado, mientras los artilleros luchaban hasta agotar su último cartucho.

Bella Inés y Brent se enfrentaron en el centro del patio. Los sables chocaron desprendiendo chispas; él era fuerte, aunque estaba herido, y ella era rápida, aunque las dificultades del parto la habían vuelto más lenta de lo habitual. Él la empujó contra una columna, pero ella logró cortarle el antebrazo; él, a cambio, le abrió un tajo profundo en el muslo. Cayeron al suelo rodando entre sangre y polvo, hasta que Brent la inmovilizó con su peso.

—¡Por mi padre! —gritó él con rabia.

Bella Inés lo miró fijamente a los ojos y replicó:

—Y por el mío.

Con un esfuerzo supremo, ella le clavó una daga en el costado. Brent jadeó, su sable escapó de su mano y se desplomó pesadamente a un lado. Bella Inés se levantó tambaleante y ensangrentada, mientras los últimos ingleses huían o perecían. El patio quedó sumido en un silencio roto solo por gemidos heridos y el rumor lejano del mar.

Se arrodilló junto a Brent, quien aún respiraba con los ojos grises nublados.

—Os advertí que me vengaría —susurró ella con frialdad.

Brent intentó articular palabra, pero solo brotó sangre de su boca. Bella Inés se puso en pie y contempló el palacio, a sus hombres heridos y al niño que lloraba en el interior.

—Llevadlo a la bodega —ordenó a los supervivientes—. Curadlo si sobrevive, pero no le quitéis la vida aún.

El niño dejó de llorar en cuanto ella entró en la habitación y lo tomó en sus brazos.

—Todo ha terminado —susurró con dulzura.

Sin embargo, en su fuero interno sabía que no era del todo cierto. Brent vivía, y mientras él respirara, la guerra no conocería su

final. La Rosa Negra había triunfado en otra batalla, pero el halcón, herido y cautivo, todavía palpitaba.

***

Pasaron tres días antes de que Brent Reiner recuperara el conocimiento. Estaba encadenado a una anilla de hierro en el muro de piedra de la bodega, con el costado vendado con lino basto y la fiebre remitiendo. El olor a humedad y vino se mezclaba con el de su propia sangre. Cuando la puerta de roble chirrió, no fue un verdugo quien entró, sino ella.

Caminaba con una cojera leve, vestida de seda negra, portando un candil en una mano y algo envuelto en una manta en la otra. Se detuvo a dos pasos de él. Brent alzó la vista, sus ojos grises estaban inyectados en sangre y cargados con el mismo odio que lo había traído desde Inglaterra.

—Matadme de una vez, Rosa Negra —gruñó con la voz rota—. No habrá parlamento. No habrá perdón.

Bella Inés no respondió de inmediato. Dejó el candil en una repisa y se arrodilló frente a él, manteniendo una distancia prudente. Con un movimiento lento y deliberado, apartó el embozo de la manta. El niño dormía profundamente, ajeno a las cadenas y al rencor.

Brent se quedó helado. El aire se detuvo en sus pulmones. En el rostro del pequeño, iluminado por la luz vacilante de la vela, vio su propio reflejo: la misma línea de la mandíbula, el mismo cabello rebelde y, cuando el niño entreabrió los párpados por el movimiento, los mismos ojos grises que habían caracterizado a los Reiner durante generaciones.

—Tiene dieciocho meses —dijo Bella Inés, su voz era un susurro de acero y terciopelo—. Se llama Pedro, como mi padre. Lo legitimé ante el Rey y el Consejo de Castilla. Es el heredero del marquesado de Valdeazores. Mi heredero, y vuestro hijo.

Brent intentó hablar, pero solo emitió un jadeo ahogado. La mano que antes empuñaba el sable ahora temblaba contra el suelo de piedra. La venganza, ese motor que lo había mantenido vivo durante años, se desmoronó como un castillo de naipes frente a la evidencia de esa vida nueva.

—Vinisteis a matar a la mujer que destruyó a vuestro padre —continuó ella, acercando al niño lo suficiente para que Brent pudiera oler el aroma a limpio que desprendía—. Pero si me matáis, dejareis huérfano al último de vuestra estirpe. Si nos matáis, destruiréis lo único que os queda de vos en este mundo.

Brent cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el muro frío. El peso de las cadenas parecía haberse multiplicado por mil.

—¿Por qué me dejáis vivir? —preguntó al fin.

Bella Inés soltó un suspiro largo.

—Porque el mar ya ha cobrado suficientes deudas —respondió Bella Inés, poniéndose en pie con el niño en brazos—. Mañana, una balandra os llevará a vuestro barco para que partáis rumbo a Inglaterra. Actúo de buena fe, y deseo terminar la lucha con vos de una forma definitiva, pero si volvéis a pisar mis dominios, si intentáis reclamar lo que no es vuestro o si os acercáis a este niño, no habrá bodega que os guarde porque os colgaré de la verga mayor del Tornado.

Bella Inés se dirigió a la puerta, pero antes de salir, se detuvo.

—Recordad mis palabras, capitán Reiner. La lucha entre nuestras voluntades, ha concluido.

La puerta se cerró, dejando a Brent en la oscuridad. Al día siguiente, tal como prometió, el halcón fue devuelto al mar. No regresó como vencedor, ni como mártir, sino como un hombre que había descubierto que la rosa más peligrosa no era la que hería, sino la que obligaba a vivir con el peso de la verdad.

El Reckoning se perdió en el horizonte. Bella Inés creyó que la guerra entre los dos había terminado. La Rosa Negra había ganado la última batalla: la de la supervivencia.

CAPÍTULO 28

La derrota no doblegó el espíritu de Brent Reiner; por el contrario, la revelación de su paternidad actuó como un ácido que terminó de corroer los restos de piedad que aún albergaba su pecho. Mientras el barco se alejaba de las marismas, la imagen de aquellos ojos grises —sus propios ojos— devolviéndole la mirada se convirtió en una obsesión febril. Para Brent, aquel infante no podía ser el próximo heredero del marquesado de Valdeazores, un título que despreciaba por todo lo que había significado en su vidas; ese niño era el próximo conde de Lydd, la continuación de una estirpe de marinos británicos que no podía quedar sepultada bajo el peso del reino de España.

La decisión de Bella Inés de dejarlo marchar con vida fue, a ojos de Brent, su mayor error estratégico. Cuando la silueta del Palacio de la Rosa se hundió en la línea de la costa, Brent no miró hacia el oeste.

—No volveré a Inglaterra como un perro apaleado —susurró para sí mismo, mientras el salitre quemaba la herida abierta—. No, sin lo que me pertenece.

Brent no era un hombre de rendiciones. Durante las dos semanas siguientes, en lugar de regresar a Inglaterra. Ella había sido tan estúpida que no le había requisado ni destruido su barco, por eso navegó de cabotaje hacia el oeste, ocultándose en las calas salvajes del Algarve portugués. Allí, en una aldea de pescadores cerca de Lagos, usó el oro de Bella Inés para comprar silencios y curar su carne. Un cirujano de dudosa reputación le cosió el costado con hilo de seda y aguardiente. Cada vez que la aguja atravesaba su piel, Brent recordaba el rostro de la Rosa Negra y el peso de la traición. Ella le había ocultado su sangre; lo había dejado consumirse en el odio mientras criaba a un Reiner como si fuera un Hidalgo. Aquello no era solo una ofensa personal; era un robo dinástico.

Su plan era audaz y suicida. No podía atacar el palacio de frente otra vez; Bella Inés estaría alerta y sus hombres eran demasiados. Debía ser un asalto estratégico, una extracción que

golpeara el corazón de la marquesa antes de que ella pudiera siquiera desenvainar.

En el puerto de Lagos, Brent comenzó a reclutar de nuevo. No buscaba una tripulación de combate, sino un grupo de sombras. Encontró a cuatro hombres: dos contrabandistas locales que conocían los pasos ocultos de la frontera, un antiguo zapador del ejército inglés que se había quedado varado en Portugal tras la guerra, y un marinero genovés experto en el manejo de botes silenciosos. Con el oro restante, adquirió un falucho rápido, una embarcación de vela latina capaz de navegar en aguas poco profundas y desaparecer entre los bancos de arena de la ría. Lo capitanearía un pescador que conocía muy bien las marismas. Los recogería con el botín, y navegarían hasta

—Escuchadme bien —dijo Brent a sus mercenarios en una taberna lúgubre—. Vamos a rescatar a mi hijo, mi heredero. Una vez que esté en el bote, no nos detendremos por nada. Si alguien se interpone, fuego a discreción.

Mientras tanto, en el Palacio de la Rosa, Bella Inés intentaba recuperar la normalidad. La marcha de Brent le había traído una paz precaria, una sensación de cierre que, sin ella saberlo, era solo el ojo de la tormenta. Daniel de Mendaña, siempre más pragmático, no compartía la confianza de su capitana. La herida sufrida defendiendo el palacio, curaba de forma notable, pero seguía pesando que ella se había equivocado.

—Dejasteis ir a un lobo herido, capitana —le advirtió Daniel una tarde mientras supervisaba la reparación de la puerta principal —. Un hombre como Reiner no se va a casa a lamerse las heridas. Se va a casa a afilar los colmillos.

Bella Inés estaba cansada. Ella le había ofrecido un pacto por el niño. Ya no eran la rosa y el halcón, eran un padre y una madre. El infante se merecía crecer en paz, y ella pensó ciegamente que Brent lo había entendido. Por ese motivo le perdonó la vida, y lo envió de vuelta a Inglaterra.

—Le he perdonado la vida, por segunda vez —respondió ella, mientras observaba a Pedro jugar con un caballito de madera en el

patio—. Estoy segura que no querrá dejar al niño huérfano de madre. Entendió que esta lucha ya no tiene razón de ser.

Pero el instinto de Daniel no fallaba. Brent ya estaba de vuelta. Había cruzado del reino de Portugal al de España por la frontera del Guadiana, moviéndose de noche a través de los pinares y marismas. Conocía el terreno por su incursión anterior; sabía que el punto débil del palacio no eran las puertas reforzadas, sino la galería que daba al jardín trasero, donde los muros eran más bajos y donde la vigilancia se relajaba al anochecer.

La noche elegida fue una de luna nueva, envuelta en una niebla densa que subía desde las marismas del Odiel. Brent y sus cuatro hombres se aproximaron al palacio por el sector de los acantilados. Llevaban los rostros ennegrecidos con hollín y las armas envueltas en cuero para evitar el tintineo.

Brent lideraba la marcha, ignorando el dolor punzante en su costado que amenazaba con hacerle perder el equilibrio. Llegaron al muro del jardín. El zapador inglés colocó una escala de cuerda con garfios forrados en tela. Uno a uno, saltaron al interior. El jardín de Bella Inés, lleno de rosas que ella misma cuidaba, olía a perfume, se respiraba serenidad.

—Vos y el genovés a la puerta de servicio. Si alguien sale, silenciadlo —ordenó Brent en un susurro—. Los otros conmigo a la galería superior.

Brent sabía dónde dormía el niño. Había memorizado la estructura del palacio durante su breve cautiverio y su asalto anterior. Subieron por las enredaderas y las columnas de piedra hasta alcanzar la habitación del ala este. El corazón de Brent martilleaba contra sus costillas, no de miedo, sino de una anticipación salvaje.

Entró por el ventanal entreabierto. El cuarto olía a lavanda y a inocencia. En la cuna de caoba, el pequeño dormía, con un puño cerrado cerca de su boca. Por un segundo, el conde de Lydd vaciló. La pureza de la escena contrastaba violentamente con la oscuridad de su alma. Pero entonces, recordó a la Rosa Negra asesinando a su padre. Recordó el incendio en Blackwood Manor. Recordó la humillación de sus dos derrotas bajo su espada.

Se acercó a la cuna y, con una destreza nacida de la desesperación, envolvió al niño en una manta gruesa para amortiguar cualquier llanto. El pequeño se removió, emitiendo un quejido sordo, pero Brent lo apretó contra su pecho, sintiendo el calor de su propia sangre latiendo en ese cuerpo diminuto.

—Eres un Reiner —susurró al oído del niño—. Y hoy vuelves a tu reino.

Sin embargo, el destino no iba a permitir una salida tan limpia. Al salir a la galería, una sombra se interpuso en su camino. Era Daniel de Mendaña, que realizaba su ronda nocturna con un farol y un trabuco.

—¡Capitán Reiner! —rugió Daniel, soltando el farol que estalló en el suelo, prendiendo fuego a una alfombra.

El grito despertó al palacio. Bella Inés, en la habitación contigua, saltó de la cama agarrando su sable. Brent no se detuvo a parlamentar. Le hizo una señal al zapador, quien disparó su pistola contra Daniel. La bala impactó en el hombro del español, haciéndole caer, pero el estruendo ya había dado la alarma general.

—¡Corred! —gritó Brent, saltando desde la galería hacia los arbustos del jardín con el niño aferrado a él.

El descenso fue brusco y Brent sintió que los puntos de su herida se desgarraban. Un calor húmedo comenzó a empapar su camisa: la herida volvía a sangrar. Corrieron por el jardín mientras las campanas del palacio empezaban a doblar con furia. Los hombres de Bella Inés salían con antorchas, disparando al azar en la oscuridad.

Bella Inés llegó a la habitación, cuando vio la cuna vacía. Un grito de angustia pura, el grito de una madre a la que le arrancan el alma, desgarró la noche.

—¡No! ¡Devolvedme a mi hijo! —bramó ella, saltando al jardín sin importarle la altura.

Brent alcanzó el muro. Sus hombres lo ayudaron a subir. Al otro lado, el falucho esperaba en la cala oculta. Bella Inés no supo de dónde sacó fuerzas, pero logró asir la piedra del muro aunque se desolló las manos al hacerlo, pero pudo saltar e ir tras ellos. Brent

podía oír los pasos de Bella Inés detrás de él, el roce de sus ropas contra la maleza.

—¡Disparad a las piernas! —ordenó Brent a sus mercenarios— ¡Pero no la matéis! ¡Quiero que viva para saber que lo ha perdido!

Se produjo un intercambio de disparos en la oscuridad de los pinos. Uno de los contrabandistas de Brent cayó con un tiro en la cabeza, pero los demás lograron llegar a la orilla. El falucho mecía sus velas latinas en el agua turbia. Brent subió a bordo, protegiendo al niño con su cuerpo mientras los remos golpeaban el agua con urgencia.

Bella Inés tardó una eternidad en llegar a la orilla. El falucho se alejaba. El agua le llegaba a la cintura mientras intentaba alcanzar la embarcación, con el rostro desencajado por las lágrimas y la rabia.

—¡Devolvédmelo! ¡Lo matareis en el mar! —gritó ella, desesperada.

Brent se puso en pie en la popa, con el niño en brazos. Bajo la luz de la luna que empezaba a filtrarse entre las nubes, su rostro parecía el de un espectro vengador.

—No, Rosa Negra —respondió él con una calma aterradora—. Lo llevaré a Hastings. Le daré el nombre que le pertenece. Le daré el condado de Lydd. Si queréis volver a verlo, buscadme en Inglaterra. Si os atrevéis.

El falucho se internó en la niebla, perdiéndose en la vastedad de las marismas. Bella Inés se desplomó en el agua poco profunda, golpeando la superficie con los puños, rodeada por sus hombres que llegaban tarde al rescate.

Brent, dentro de la pequeña cabina del falucho, dejó al niño en una litera improvisada. Pedro había empezado a llorar, un llanto agudo que llenaba el espacio reducido. Brent, con las manos temblorosas y la herida sangrando profusamente, intentó consolarlo. No sabía nada de niños, solo sabía de tormentas y abordajes.

—Calla, pequeño heredero —murmuró, mientras el dolor le nublaba la vista—. El mar es nuestro hogar ahora.

Tenía un plan de legitimación trazado. En Inglaterra, usaría sus influencias en la Cámara de los Lores. Presentaría al niño como el hijo de una noble española fallecida en la guerra. Con el favor del

Almirantazgo y la fortuna que aún le quedaba, nadie cuestionaría el linaje de un Reiner con esos ojos grises. Haría que el rey firmara un decreto de sucesión. Pedro Brent no sería un Hidalgo; sería el heredero de la gloria naval británica.

Pero mientras el falucho ponía rumbo al encuentro de su navío, Brent miró hacia atrás. Sabía que la Rosa Negra no se quedaría llorando en la orilla. Sabía que ella armaría el Tornado, que reclutaría a cada diablo del Mediterráneo y que lo perseguiría hasta los confines del mundo.

La guerra de venganza había terminado, pero una guerra mucho más terrible acababa de comenzar: la guerra por el futuro de un niño que era, al mismo tiempo, el ancla de sus almas y el arma de su destrucción mutua.

Brent Reiner, conde de Lydd, cerró los ojos mientras el barco cabeceaba. Había recuperado a su heredero, pero había despertado a un demonio que no descansaría hasta ver el Támesis arder.

***

El Reckoning alcanzó las costas de Cornualles tras una travesía agónica, donde el salitre y la fiebre estuvieron a punto de cobrarse la vida del conde de Lydd. Brent Reiner desembarcó en Plymouth con el costado vendado bajo la casaca y el niño dormido en sus brazos, envuelto en pesadas mantas de lana inglesa para ocultar sus ropajes de seda española. No se detuvo en las tabernas ni en el puerto; alquiló una posta privada y partió hacia Londres, dejando atrás el mar que tanto le había quitado y que, ahora, le devolvía un heredero.

Londres era un hervidero de intrigas y reclutamientos ante la inminente guerra contra la Francia revolucionaria. Brent se instaló en su residencia de Cavendish Square, un edificio de piedra gris que exhalaba la sobriedad austera de los Reiner. Allí, bajo la atenta mirada de una ama de llaves que entendía el valor del silencio, el

niño fue confinado a los aposentos superiores mientras Brent iniciaba la maquinaria política.

Su plan era una filigrana de verdades a medias y sobornos estratégicos. Para la sociedad inglesa, Brent Reiner era el héroe que había sobrevivido a un cautiverio infernal en las colonias y que regresaba con un hijo natural. Sin embargo, para que el infante heredara el condado de Lydd y los privilegios de la Cámara de los Lores, necesitaba un Acta Privada del Parlamento o una Patente Real de Legitimación, procesos extremadamente complejos y raramente concedidos a hijos nacidos de mujeres extranjeras y católicas.

El primer paso fue asegurar el apoyo de sus antiguos superiores. Brent se presentó ante el Primer Lord del Almirantazgo, Lord Chatham. Vestía su uniforme de gala, impecable a pesar de la palidez de su rostro.

—Milord —comenzó Brent, manteniendo la espalda rígida—. He regresado del reino de España con algo más que inteligencia naval. Traigo conmigo al futuro de mi casa. Un hijo de mi sangre, nacido de una noble española que pereció durante unos disturbios en Huelva.

Chatham lo observó con escepticismo sobre sus anteojos.

—Un hijo natural, Reiner. Sabéis que el Common Law es inflexible con la sucesión nobiliaria. No es un heredero, es un bastardo, y el Parlamento no verá con buenos ojos que la sangre de un conde de Lydd se mezcle con la de un súbdito de los Borbones.

—No es un bastardo si la Corona dicta lo contrario —replicó Brent con una calma gélida—. He servido a esta nación con mi sangre. He perdido barcos y hombres tanto en el Atlántico como en el Pacífico. Pido que mi hijo sea reconocido por decreto real como pago a mis servicios.

Chatham sopesó el riesgo. En un momento en que Inglaterra necesitaba capitanes de hierro, la lealtad de un hombre como Reiner era un motivo estratégico.

—Presentad vuestra petición ante la Cámara de los Lores. Yo hablaré con el Canciller.

Brent pasó las semanas siguientes en los pasillos de Westminster, un territorio tan traicionero como el océano. Gastó miles de libras en donaciones a los pares más influyentes. Redactó

una genealogía en la que borraba el nombre de «Bella Inés» y lo sustituía por el de una supuesta aristócrata de la casa de los Guzmán, leal a la causa británica y fallecida trágicamente. Era una mentira erigida sobre el linaje de la madre de Bella Inés, la única forma de dar al niño una legitimidad aceptable para los oídos puritanos ingleses.

El clímax ocurrió en una sesión privada en Windsor. El rey Jorge, en un intervalo de lucidez, recibió a Brent. El niño, vestido con terciopelo azul, miraba los tapices reales con la misma curiosidad altiva con la que Bella Inés observaba el horizonte.

—Tiene vuestra mirada, Reiner —murmuró el monarca—. Un lobo de mar en potencia.

—Es un Reiner, Majestad. Su destino es servir a vuestra flota. Pero necesita un nombre que el Almirantazgo no pueda cuestionar.

Tras un acalorado debate en la Cámara de los Lores sobre la «moralidad» del conde, se emitió la Patente Real. El documento, sellado con cera roja y el escudo de los Hannover, declaraba a «Peter Brent Reiner» como hijo legítimo y sucesor legal de todos los títulos, tierras y derechos del condado de Lydd, como si hubiera nacido de matrimonio legítimo dentro del reino.

Esa noche, Brent se sentó en su estudio de Londres con el documento sobre la mesa. Había ganado. En los registros británicos, el pequeño ya no era el marqués de Valdeazores, sino el vizconde de Hastings, futuro conde de Lydd. Había borrado el rastro de la Rosa Negra de los papeles oficiales y había reemplazado el apellido español por el de Reiner. Sin embargo, mientras observaba al niño dormir en una cuna de roble inglés, Brent sintió un escalofrío. En la mesita de noche descansaba un pequeño objeto que él le había robado a la Rosa Negra mucho tiempo atrás. Era el broche de plata con la rosa y el ancla.

Brent sabía que el papel sellado por el Rey no detendría a la madre. Sabía que cada día que pasaba, el Tornado estaba más cerca de las costas inglesas. Había legitimado al niño ante la ley de los hombres, pero no ante la ley del mar.

—Ahora eres un lord, pequeño Peter —susurró Brent, tocando la frente del niño—. Eres mi hijo, sangre de mi sangre, y mataré a

cualquiera que intente arrancarte de mi lado.

CAPÍTULO 29

La pérdida de su hijo no fue para Bella Inés una herida de guerra más; fue el vaciamiento absoluto de su existencia. Durante horas tras el rapto, la marquesa de Valdeazores permaneció en un silencio paralizante en la orilla del Odiel, allí donde las huellas de las botas de Brent Reiner seguían hundidas en el lodo. Daniel de Mendaña, con el brazo en cabestrillo y el rostro lívido por la culpa, esperaba una orden de persecución inmediata, un grito de guerra, el despliegue de las velas del Tornado.

Pero Bella Inés no. Tampoco podía llorar porque se le habían secado los lagrimales de tanto usarlos. Cuando finalmente se puso en pie, sus ojos no buscaban el horizonte marino, sino las torres lejanas de la administración española. Había pensado mucho, sopesando y descartando opciones. Tenía que usar la cabeza y dejar descansar la mano.

—Si persigo a Brent por el Atlántico como una pirata, perderé a mi hijo para siempre —dijo, con una voz que parecía haber sido forjada en las fraguas de la Casa de Contratación—. Inglaterra lo protegerá como a uno de los suyos. Los cañones no bastan para derribar los muros de Westminster. Necesito que el Rey reclame lo que es suyo. Necesito que la corona de España exija la devolución del heredero de Valdeazores.

Bella Inés no era una ingenua. Sabía que, para el Reino, una mujer que gobernaba un bergantín era poco más que una herramienta útil; una aristócrata de su condición, en cambio, era una pieza que incomodaba en los salones de la corte de Madrid. Sin embargo, poseía tres bazas que la Corona no podía despreciar: una inteligencia privilegiada, una lealtad probada en los peores momentos y, sobre todo, una fortuna en presas inglesas que permitía a la Real Hacienda seguir respirando.

Partió hacia la villa de Madrid en el carruaje familiar, escoltada por João y una guardia de hierro. Ya no vestía el cuero desgastado de la Rosa Negra; ahora portaba las sedas y el porte de la Grande de España que el derecho le permitía ser. En su regazo, el legajo que

certificaba la legitimación de su hijo era su arma más afilada: el sello del Consejo de Castilla, refrendado por la gracia al sacar, le otorgaba una inmunidad que nadie se atrevía a desafiar abiertamente.

Al llegar a la villa, el aire era espeso, saturado por la paranoia de una guerra inminente contra Francia. Manuel Godoy la recibió en el Palacio de Aranjuez. El valido, un hombre de ambiciones tan vastas como su moral era flexible, observó a la marquesa con una mirada que destilaba cautela.

—Habéis causado un estruendo que llega hasta la mesa del rey, señora de Hidalgo —dijo Godoy, deslizando un informe sobre la caoba—. El embajador británico ha enviado tres notas formales protestando por una «agresión sin precedentes» en Huelva. Dicen que un conde inglés fue asaltado en vuestras tierras y que un infante de su sangre fue... sustraído.

Bella Inés no parpadeó. Su voz, suave pero cortante como el hielo, llenó el despacho:

—Ese conde inglés ha violado la soberanía de la Corona. Ha asaltado una casa noble y ha secuestrado a un súbdito español, el heredero legal de un marquesado confirmado por el propio rey Carlos. Si el embajador británico llama a eso «escaramuza», yo lo llamo piratería de Estado. ¿Permitirá Su Majestad que un oficial inglés decida quién hereda las tierras de este reino?

Bella Inés permaneció tres meses en la corte, tiempo durante el cual construyó su defensa con la precisión de un ingeniero. No buscaba el favor popular, sino la complicidad del poder. Utilizó su fortuna para comprar lealtades entre los secretarios de despacho y su carisma para atraer a las duquesas que manejaban los hilos de la alta sociedad. Pero su golpe maestro fue ante el Inquisidor General: argumentó que el niño, heredero de un título español, corría el peligro de ser educado en la «herejía anglicana» por un padre que carecía de fe verdadera.

La Iglesia, siempre celosa de su autoridad espiritual, se convirtió en su escudo más inesperado.

Su estrategia era un ejercicio de ajedrez político: convirtió el secuestro del infante en un agravio sin precedente. Convenció al ministro Godoy de que, si no reclamaban al niño, la Corona estaría

enviando un mensaje letal: que cualquier oficial británico podía violar una casa noble española y secuestrar a un heredero sin enfrentar consecuencias. Apeló al orgullo de la dinastía.

No necesitaba que la ayudaran por justicia; necesitaba que la ayudaran por conveniencia. Y ante el miedo a una debilidad que pudiera ser explotada por sus enemigos, Godoy terminó inclinándose ante la voluntad de la mujer que, en el mar, no conocía más ley que el acero.

Finalmente, logró la audiencia privada con el rey Carlos y la Reina María Luisa. Bella Inés se arrodilló, no como una súbdita suplicante, sino como una madre guerrera.

—Majestad —dijo ante el monarca—, mi hijo es sangre de vuestra tierra. Si permitís que Inglaterra lo retenga y lo convierta en uno de sus lores, habréis perdido una batalla sin haber disparado un solo cañón. ¿Qué valor tienen vuestras leyes de legitimación si un extranjero puede borrarlas con un rapto?

Carlos, más interesado en la caza que en la diplomacia, pero profundamente celoso de su autoridad real, quedó impresionado por la firmeza de la marquesa. Por su parte, la Reina María Luisa, viendo en Bella Inés una fuerza que ella misma comprendía, inclinó la balanza.

—El niño es el marqués de Valdeazores —sentenció la Reina—. Y España no permite que sus marqueses sean criados como siervos del rey inglés.

El resultado de las maniobras de Bella Inés fue un despliegue diplomático sin precedentes. Poco tiempo después, la Secretaría de Estado emitió una Proclama Real de Reclamación. No se trataba de una carta privada, sino de un documento oficial enviado a través del embajador español en Londres.

El texto era incendiario: la Corona española denunciaba el rapto del menor Pedro Brent de Hidalgo y Guzmán, legítimo heredero del marquesado de Valdeazores, por parte del súbdito británico Brent Reiner, conde de Lydd. El Reino de España exigía la restitución inmediata del niño, bajo amenaza de considerar el acto como un casus belli adicional y una violación de los tratados de paz vigentes.

Pero Bella Inés fue más allá. Sabía que los diplomáticos podían ser lentos, así que consiguió que el rey firmara una patente de misión extraordinaria. No volvería a Inglaterra como una fugitiva, sino como Enviada Especial de la Corona.

—Iréis a Londres —le dijo Godoy, entregándole el pliego sellado con las armas reales—. Llevaréis a dos comisarios regios y una escolta oficial. Si lord Reiner se niega a entregar al niño, lo hará ante los ojos de toda la corte inglesa, y quedará como un criminal ante su propio rey. Pero tened cuidado, señora de Hidalgo. Si falláis, la corona no podrá protegeros en suelo británico.

Bella Inés regresó a Huelva para preparar el Tornado para zarpar. Esta vez, el bergantín no portaba solo cañones de hierro, sino el peso de un Imperio. En el mástil principal, junto a su bandera de la rosa, ondeaba ahora el estandarte real.

Daniel de Mendaña la esperaba en el muelle. Había hecho sus averiguaciones por orden de Bella Inés antes de partir a la corte.

—Tenemos el respaldo del rey, amigo mío —susurró ella en un tono cansado, pero no vencido.

—El capitán Reiner ha legitimado al niño. Tiene a la Cámara de los Lores de su parte.

—Que tenga a sus lores —respondió Bella Inés—. Yo tengo la justicia de dos coronas en conflicto. Brent cree que ha ganado porque tiene el niño en un castillo de piedra. No sabe que he convertido su castillo en una prisión diplomática.

Antes de zarpar, Bella Inés se reunió con sus hombres. Ya no eran piratas; eran la vanguardia de un reino reclamando su honor.

***

El Tornado levó anclas bajo una salva de cañón desde el castillo de Huelva. El viaje hacia Londres fue una procesión de poder. Bella Inés pasaba las horas en el camarote repasando las leyes inglesas, los tratados de Utrecht y las debilidades de la aristocracia británica. Sabía que Brent Reiner la esperaba con su orgullo herido y

su nueva paternidad, pero él seguía jugando al ajedrez en un tablero pequeño. Ella había expandido el juego a las cortes de Europa.

Cuando el bergantín español entró en el Canal de la Mancha, una fragata de la Royal Navy lo interceptó. Pero esta vez, al ver la bandera real y la documentación de «Misión Diplomática», el capitán inglés no dio la orden de fuego.

—Informad a lord Chatham —ordenó Bella Inés desde el alcázar al oficial inglés que subió a bordo—. La marquesa de Valdeazores, enviada de Su Majestad Católica, llega a Londres para reclamar lo que es propiedad de España. Y decidle al conde de Lydd que Bella Inés de Hidlago y Guzmán ha dejado de navegar para empezar a reinar.

Londres, con sus bancos de niebla y su rigidez anglicana, se alzaba ante ella. Bella Inés sabía que Brent estaría en Hastings o en su residencia de la ciudad, creyéndose a salvo gracias a las leyes de legitimación que le habían costado tanto conseguir. Lo que él no sabía era que el documento que el rey Jorge había firmado no era más que una cáscara frente al grito de guerra diplomático que Bella Inés traía bajo el brazo.

El tablero estaba dispuesto. Brent tenía al niño, pero Bella Inés tenía la legitimidad de un imperio. No iba a ser una batalla de sables en la oscuridad, sino una carnicería de influencias, proclamas y verdades a la luz de los faroles de Westminster.

Bella Inés de Hidalgo y Guzmán acarició la madera de la borda. «Ya voy, mi niño», susurró al viento frío del norte. «Y esta vez, tu padre no tendrá mar donde esconderse».

CAPÍTULO 30

La llegada del Tornado al Támesis no fue el avance sigiloso de un depredador, sino una declaración de soberanía. Con el estandarte real del rey Carlos ondeando en el palo mayor y los cañones de saludo tronando frente a la Torre de Londres, Bella Inés de Hidalgo y Guzmán obligó a la capital del Imperio británico a mirarla de frente. Llegaba investida con la inviolabilidad diplomática de una enviada extraordinaria.

Londres bullía. La noticia de que la «Rosa Negra» —la mujer que habitaba las pesadillas de los mercaderes del Támesis— se encontraba en suelo inglés bajo la protección de la Corona española corrió como la pólvora por los clubes de caballeros y los salones de té. Brent Reiner, recluido en su residencia de Cavendish Square, recibió la citación real con ira contenida. El rey Jorge, presionado por su gabinete ante la amenaza de un conflicto diplomático que España estaba dispuesta a escalar, había ordenado una audiencia formal en la corte de San Jaime.

Brent estaba acorralado por la legalidad que él mismo había invocado. Si no comparecía con el niño, desacataría una orden directa del monarca; si lo hacía, se exponía al juicio público de la mujer que mejor conocía sus pecados.

La mañana de la audiencia, el San Jaime Palace lucía sus mejores galas, aunque el ambiente estaba cargado de una hostilidad palpable. La nobleza británica, desde los duques más ancianos hasta los jóvenes oficiales del Almirantazgo, se agolpaba en la Gran Sala de Audiencias. Querían ver el choque entre el orgullo de un conde inglés y la audacia de una grande de España.

Brent Reiner entró primero. Vestía el uniforme de gala de la Royal Navy, con las condecoraciones ganadas brillando en su pecho. En sus brazos portaba a Peter Reiner, vestido como un pequeño lord inglés con terciopelo carmesí. El niño, ajeno al drama, miraba las altísimas bóvedas con los ojos grises de los Reiner, una prueba viviente que Brent exhibía como su trofeo más preciado.

Entonces, las puertas se abrieron de par en par.

—Doña Bella Inés de Hidalgo y Guzmán, marquesa de Valdeazores y enviada especial de Su Majestad Católica —anunció el ujier real con voz de trueno.

Bella Inés avanzó por la alfombra central. No vestía las voluminosas sedas de la moda londinense, sino un traje de corte español de seda negra azabache con una gola de encaje blanco que enmarcaba su rostro como una armadura de hilos. A su lado, dos comisarios reales portaban los cofres que contenían los sellos de España.

Brent la miró y, por un instante, el mundo desapareció. El odio y el deseo, colisionaron en ese espacio de veinte metros. El niño que sostenía, al ver a su madre comenzó a llamarla, a agitar los brazos, y aunque Bella Inés deseaba correr hacia él, contuvo su ímpetu.

Frente al trono, donde Jorge III aguardaba flanqueado por William Pitt el Joven y Lord Chatham, Bella Inés realizó una reverencia que rozó la insolencia por su exceso de precisión. Era el gesto de quien conoce el protocolo, pero se siente por encima de él, recordando a la corte británica que, frente a ellos, no estaba una simple capitana, sino una Grande de España.

—Majestad —comenzó Bella Inés. Su voz, clara y exenta de cualquier temblor, cortó el murmullo de la sala—. No vengo a suplicar gracia, sino a invocar el *Jus Gentium* y la inviolabilidad de los linajes soberanos. El infante que el conde de Lydd sostiene en sus brazos no es solo su sangre; es el marqués de Valdeazores, un súbdito español investido por la voluntad de mi Rey. Su presencia en este suelo es el fruto de un rapto perpetrado en territorio soberano, un acto de piratería disfrazado de derecho sucesorio.

Brent dio un paso al frente, con la mirada encendida pero la mandíbula tensa.

—Este niño ha sido legitimado por Real Decreto del Parlamento, Majestad —interrumpió Brent, dirigiendo su mirada al monarca—. Es Peter Brent Reiner, vizconde de Hastings. Poseo la patente real que garantiza su lugar en mi casa y en mi condado.

Bella Inés esbozó una sonrisa gélida que hizo que Chatham se removiera en su asiento.

—Un decreto obtenido mediante el perjurio, milord —replicó ella, girándose hacia el Consejo—. Ocultasteis a esta Corte que el niño ya poseía título y reino bajo la Corona de España. La ley de gentes no permite la doble legitimación con fines de expolio; intentar convertir a un Grande de España en un vizconde inglés sin el consentimiento de su soberano original es una afrenta diplomática de primer orden.

Bella Inés hizo una señal imperativa. Un comisario abrió un cofre de cuero y extrajo la Proclama Real de Carlos IV, sellada con el lacre de los Borbones.

—Aquí yace la voluntad de mi Rey —anunció más firme todavía, elevando el pliego—. El reino de España reclama a su súbdito. Si Inglaterra decide retenerlo, estará admitiendo ante Europa que sus leyes de herencia no son más que un velo para la rapiña. ¿Desea Vuestra Majestad que los puertos españoles, vitales para el comercio de este reino, se cierren por el capricho de un conde que busca compensar en tierra firme las derrotas que sufrió ante mi flota? Ese es el origen de esta disputa, Majestad: no es amor paterno, es una vendetta naval ejecutada en el seno de vuestro Parlamento.

William Pitt el Joven se inclinó, susurrando con urgencia al oído de Jorge III. La tensión en la Cámara era absoluta. Los lores, que hasta hacía un momento sostenían su apoyo a Brent por camaradería militar, comenzaron a intercambiarse miradas de alarma. El pragmatismo de Pitt era implacable: la Corona no podía permitirse una ruptura comercial con España —fuente vital de metales preciosos y puerto estratégico— por el capricho personal de un noble, por muy heroico que hubiera sido su historial.

El rey Jorge miró al niño, y luego a la dama española, con una pesadez en la mirada que delataba sus años de turbulencias mentales.

—Marquesa —dijo el monarca con voz cansada—. El conde de Lydd ha presentado pruebas documentales de su consanguinidad. El niño es, a los ojos de esta corte, un Reiner.

—Y es un Hidalgo Majestad —replicó Bella Inés, dando un paso adelante. Redujo la distancia hasta quedar a escasos metros de

Brent; podía oler el aroma de su piel, el aroma de una historia que ambos intentaban destruir—. Un hijo y heredero no es un trofeo de guerra, y la ley no se inventa para disfrazar un crimen. Inglaterra se jacta de ser el baluarte del honor caballeresco. ¿Dónde está ese honor cuando se arrebata a un lactante de su cuna mediante el fuego y la traición?

Brent sintió que el suelo cedía bajo sus pies. Percibió el murmullo de reproche entre los pares del reino. En la rígida sociedad de Londres, el honor familiar era el pilar de la estabilidad; el rapto de un vástago de una Casa Noble, si se filtraba a la prensa o al pueblo, se convertiría en un escándalo de proporciones bíblicas.

—¡Es mi heredero! —exclamó Brent con una nota de desesperación que Bella Inés saboreó como el vino más dulce.

—Es el heredero de dos mundos, lord Reiner —respondió ella, bajando la voz hasta que solo él pudo oírla, aunque la intensidad de sus palabras vibró en toda la sala—. Habéis intentado borrar la mitad de su alma para vuestra propia gloria. Pero el Reino de España no olvida a los suyos.

El Rey, tras una última y breve consulta con Pitt, dictó una sentencia de corte salomónico, diseñada para enfriar el conflicto sin humillar a la Corona británica.

—No podemos revocar un Acta del Parlamento a la ligera —anunció el monarca—, pero tampoco podemos desoír a nuestro hermano, el Rey Carlos IV. El menor permanecerá bajo la salvaguarda de la Corona Británica en una residencia neutral bajo custodia de la embajada, mientras una comisión mixta de juristas de ambos reinos dirime la validez de los fueros sucesorios. El conde de Lydd entregará al menor a los comisarios reales de inmediato.

Brent palideció. Entregar al niño significaba perder el control absoluto sobre su baza más valiosa, dejándolo en manos de una administración que Bella Inés ya había comenzado a corromper con su oro y su influencia.

—¡Majestad, os lo ruego!

—Es la voluntad del rey, lord Reiner —sentenció Pitt con una frialdad gélida—. Entregad al niño.

Brent, con los ojos inyectados en sangre por la furia impotente, tuvo que alargar los brazos. El niño, aturdido por el estrépito de las voces y la tensión eléctrica entre sus progenitores, comenzó a llorar. Fue Bella Inés quien, con una gracia calculada, dio un paso adelante. Sus manos se rozaron apenas sobre el terciopelo del pequeño al recibirlo de Brent; el contacto fue como si un rayo los hubiera alcanzado: años de odio, deseo y tragedia comprimidos en un milímetro.

—Habéis ganado esta lid, señora —susurró Brent, con los dientes apretados, y con la voz quebrada por la humillación.

—Yo no juego para perder, Lord Reiner —respondió ella, hundiendo el rostro en el cabello del infante por un segundo, un gesto que fue tanto una despedida como una promesa de guerra—. Juego por el futuro. Y vos, en este tablero, ya no tenéis lugar.

Bella Inés no permitió que su mirada se quebrara. Con una firmeza que rozaba la crueldad, se apartó de Brent y, en lugar de intentar abandonar la sala, dio media vuelta y entregó al niño al alto comisario enviado por el rey Jorge. El infante pasó de los brazos de su madre a la custodia de la Corona británica ante los ojos de toda la corte.

Fue un acto de templanza sobrehumano. Bella Inés se giró hacia la audiencia con la cabeza alta, la Proclama Real en una mano y el abismo en el interior de su pecho. La nobleza británica, desconcertada por la frialdad de aquella mujer, bajó la mirada. La dama española no solo había sobrevivido al Támesis, sino que había obligado al monarca inglés a despojar a uno de sus pares de su hijo.

Mientras los emisarios se llevaban al niño hacia las estancias neutrales del palacio, Bella Inés permaneció inmóvil, observando cómo Brent era despojado de su victoria. La batalla legal continuaría en los despachos, pero esa tarde, en la corte de San Jaime, la sentencia era clara: el halcón había perdido sus garras frente a una espina que se negaba a morir. Bella Inés sabía que, al entregar al niño a la custodia real, había encadenado al propio rey a la responsabilidad de protegerlo. Ya no se trataba de un asunto entre amantes, sino de un rehén del Estado.

***

York House se transformó en un tablero de ajedrez donde cada movimiento podía costar una vida. Bajo el decreto real, la marquesa de Valdeazores y el conde de Lydd disfrutaban de turnos de visita estrictamente supervisados: dos horas diarias, jamás simultáneas. La mansión, custodiada por emisarios de la Corona, se convirtió en un nido de espionaje donde los criados eran ojos, los silencios eran códigos y el aire pesaba con la hostilidad de dos mundos en colisión.

Bella Inés se instaló en la embajada española, a escasos metros, desde donde orquestó su contraofensiva. Brent, recluido en su club de St. James, se consumía entre una herida física que se negaba a cerrar y un orgullo que sangraba más que su costado.

Bella Inés fue la primera en mover ficha. Sabía que Lady Somerset, la matrona encargada de la custodia, era una mujer de una piedad anglicana estricta, lo que en Inglaterra significaba una desconfianza casi visceral hacia el catolicismo. Bella Inés convirtió esa barrera en su arma.

En lugar de intentar sobornarla, cultivó su cercanía enviándole tratados de mística española y misivas de la reina María Luisa impregnadas de un fervor devoto que no pasaba desapercibido. Pero su golpe maestro fue sembrar en lady Somerset un dilema moral que la atormentaría: la convicción de que el niño no era una «página en blanco», sino un alma que ya había sido consagrada a Roma mediante el bautismo católico.

—El pequeño reza en latín, milady —susurró Bella Inés durante una de sus visitas, con la voz cargada de una vulnerabilidad que ocultaba un cálculo frío—. Fue bautizado bajo los ritos de la Santa Madre Iglesia. Si vos, como guardiana de su educación, permitís que se le instruya en la fe anglicana, estaréis obligando a una criatura inocente a renunciar a su fe natural. Lo estaréis forzando a la apostasía. —Bella Inés dejó que la palabra flotara en el aire, pesada y ominosa—. Si el niño es un Reiner, su padre puede reclamar su cuerpo —continuó Bella Inés, observando cómo la matrona palidecía —, pero su alma ya pertenece a Dios y a su Iglesia. ¿De verdad

desea vuestra conciencia cargar con el peso de obligar a un niño a renegar del bautismo que recibió en el seno de su madre? ¿Es eso lo que dicta vuestra fe, convertir a un cristiano en un apóstata?

Lady Somerset, una mujer que temía el juicio divino más que los decretos del Parlamento, comenzó a considerar su misión no como una custodia civil, sino como una encrucijada espiritual. Bella Inés había logrado lo imposible: transformar su condición de «papista» —un estigma en Londres— en una ventaja táctica, haciendo que la matrona temiera que, al educar al niño según los cánones anglicanos, se convirtiera en cómplice de una apostasía.

Brent, por su parte, desplegó la artillería pesada del Almirantazgo. Bajo el pretexto de «seguridad nacional», infiltró oficiales en el servicio de la casa, hombres cuya única misión era recabar pruebas de la inestabilidad de la marquesa. Su plan era sencillo: presentar a Bella Inés ante la comisión como una corsaria volátil, una amenaza para la estabilidad del reino que ponía en riesgo la herencia del niño.

El conde ideó una emboscada diplomática: dejó caer una carta falsificada cerca de Bella Inés durante una de sus visitas. El documento, escrito con la caligrafía de un espía, detallaba un plan inminente de la escuadra española para rescatar al niño por la fuerza. Brent esperaba que Bella Inés, movida por la desesperación maternal, intentara enviar una respuesta codificada que la incriminara como agente extranjera.

Pero Bella Inés, cuya astucia se había forjado en la dureza de su orfandad, en la locura de una madre que esperó hasta su último aliento el regreso de un amado que nunca volvió, y en las aguas de un mar tan traicionero como los hombres que lo surcaban, identificó la trampa antes de que el papel llegara a sus manos. No solo ignoró el señuelo, sino que se lo entregó a lady Somerset con una frialdad gélida

—Parece que los hombres del conde son tan descuidados con sus secretos como con el honor de las madres —dijo, dejando que el veneno de sus palabras impregnara la sala—. Aseguraos de que el Consejo Privado sepa quién intenta manipular esta custodia con infundios de guerra.

El clímax ocurrió una noche en la que la niebla londinense engullía las calles como un sudario. Al ver que la comisión mixta de juristas comenzaba a inclinar la balanza hacia la «restitución por rapto», Brent decidió arriesgarlo todo. Sobornó a uno de los guardias de la entrada de servicio y se coló en York House, embozado y con la resolución de un hombre que ha renunciado a la cordura. Su intención no era secuestrar al niño —sabía que el patíbulo sería el precio—, sino «marcarlo». Llevaba consigo un medallón de oro grabado con el blasón de los Reiner y el escudo de su padre: una cadena invisible para atar el alma de Pedro a la tierra inglesa para siempre.

Sin embargo, al abrir la puerta de la habitación, el sigilo se rompió. No estaba solo. Una sombra se erguía junto a la cuna, bañada por el resplandor mortecino de una sola vela.

Era Bella Inés. Había presentido el movimiento de Brent y, mediante un soborno más generoso al mismo guardia, lo esperaba en la penumbra.

—No podéis dejar de ser un ladrón, ¿verdad, Brent? —dijo ella, levantándose. La luz de la luna, filtrada por la espesa niebla, le daba un aspecto espectral.

—Es mi hijo —gruñó Brent, apretando el medallón hasta que el metal le cortó la palma—. Y este reino es su destino. Vos solo sois un accidente en su linaje.

A ella le produjo una amarga gracia aquella arrogancia.

—Un accidente que le dio la vida —replicó ella, cortando la distancia hasta que sus respiraciones se mezclaron, una tormenta contenida en la penumbra de la cuna—. Escuchadme bien, conde de Lydd. Mañana la comisión dictará sentencia. He presentado pruebas irrefutables de que vuestra Acta de Legitimación se obtuvo mediante el perjurio. Habéis mentido sobre la muerte de su madre. Habéis mentido sobre el origen del niño. Y en Inglaterra, el perjurio ante los Lores es un crimen de Estado que se paga con el hacha en la Torre.

Bella Inés no solo había movido los hilos de la Corona española; durante sus tres meses en Londres, había tejido una red letal en los pasillos de Westminster. No había llegado a Inglaterra

como una suplicante, sino como una inteligencia militar que conocía el valor de la información.

Meses atrás, tras la captura del Reckoning en las costas de Huelva, su tripulación no solo se había hecho con el control del navío; habían saqueado la correspondencia personal y los diarios de bitácora que Brent guardaba en su camarote privado. Entre las páginas encuadernadas en cuero de aquel bergantín, João había hallado registros contables que no pertenecían a la Marina Real. Eran notas sobre cargamentos no declarados, sobornos a funcionarios en puertos coloniales y, lo más revelador, transferencias de oro dirigidas a una cuenta bancaria privada en Londres, extraídas directamente de las partidas presupuestarias del Almirantazgo destinadas a la guerra.

Ella le había devuelto el barco, pero se había quedado con los papeles. Con esa base, Bella Inés había trabajado en las sombras. En Londres, se había reunido clandestinamente con los líderes de la bancada Whig, los rivales políticos de Pitt el Joven. Les entregó los libros de cuentas de Brent —documentación original y sellada—, junto con los testimonios de un par de marineros del Reckoning que ella misma había mantenido bajo sueldo. El oro siempre podía comprar vidas, y testimonios.

Para Pitt, la integridad era su único escudo político en una Europa convulsa por la Revolución Francesa. Si la oposición revelaba que uno de sus capitanes insignia había financiado sus ambiciones privadas con el dinero del erario público, el primer ministro se vería obligado a sacrificar a Brent o a hundirse con él. Bella Inés había puesto una pistola cargada sobre la mesa del Parlamento, y el cañón apuntaba directamente al pecho de lord Lydd.

—Os ofrezco un trato —continuó Bella Inés, su voz era un hilo de seda que parecía apretarse alrededor del cuello del conde—. Renunciad a nuestro hijo. Firmad un documento admitiendo que el niño debe ser criado en el reino de España hasta su mayoría de edad, conservando sus derechos nobiliarios en Inglaterra como una herencia futura. Si lo hacéis, los documentos sobre vuestros fraudes nunca verán la luz. Conservaréis vuestro condado, vuestra libertad y, lo más importante, vuestra cabeza.

Brent la miró con un odio que rozaba la admiración. Estaba derrotado. La Rosa Negra no había necesitado disparar un solo cañón; había utilizado la propia burocracia inglesa para estrangularlo.

—Me odiáis tanto —dijo él, con la voz ronca por la derrota—, que preferiríais verme destruido antes que compartirlo.

—No os odio, Brent —respondió ella, rozando con la punta de los dedos la mano que él cerraba sobre el medallón—. Pero amo a mi hijo más de lo que vos podréis amaros jamás a vos mismo. Y esa es la diferencia que siempre, en cada guerra que libremos, os hará perder.

Tras el sonido de sus pasos alejándose por el pasillo, Bella Inés se quedó inmóvil junto a la cuna. El aire de la estancia, cargado con el perfume de cera de vela y el rastro de la lluvia londinense, pareció enfriarse de repente. Se permitió, por fin, que sus hombros perdieran la tensión de los últimos meses, dejando que el peso de la armadura que se había construido se revelara como lo que era: una carga agotadora.

Cerró los ojos y, por un instante, no fue la marquesa de Valdeazores ni la Rosa Negra, sino una mujer cansada de luchar contra el hombre que, irónicamente, mejor la conocía. Había en su pecho una extraña y dolorosa punzada, un eco de aquel deseo que una vez, en medio de la sal y el fuego, los había hecho colisionar con tanta fuerza. No era odio lo que sentía al ver su derrota, sino una melancolía profunda, el hastío de quien ha convertido una historia de pasión en una sucesión de litigios y batallas de poder. Lo quería lejos, sí, porque era la única forma de proteger la vida del infante Pedro, pero al mismo tiempo sentía que, con cada golpe que asestaba contra él, se desprendía de una parte de su propia alma. Habría dado cualquier cosa por un mundo donde no fueran enemigos, un mundo donde aquel fuego que ardía entre ambos no hubiera necesitado consumir todo lo que tocaba. Pero aquel mundo no existía, y mientras observaba el pecho de su hijo subir y bajar al ritmo del sueño, Bella Inés comprendió que la paz sería siempre el precio que tendría que pagar por su libertad.

CAPÍTULO 31

La resolución del Tratado de Westminster no trajo la paz, sino una tregua armada de una complejidad legal sin precedentes. Ante el callejón sin salida que suponían las dos reclamaciones de soberanía, el Gabinete de Pitt el Joven, en connivencia con los enviados de Godoy, dictó una sentencia salomónica que condenaba a la Rosa Negra y al Halcón a una convivencia forzosa.

El Consejo Privado de Su Majestad determinó que el infante, registrado como Peter Brent, vizconde de Hastings y marqués de Valdeazores, no podía ser despojado de ninguna de sus dos naturalezas. Inglaterra no renunciaba a su súbdito ni a la sucesión del condado de Lydd, y España no cedía un ápice sobre los derechos del marquesado de Valdeazores.

El veredicto fue implacable, diseñado para romper la voluntad de ambos: custodia compartida. El niño residiría seis meses en España, bajo la tutela de la marquesa, y seis meses en Inglaterra, bajo la tutela del conde. Y la cláusula de unión: para zanjar la disputa de sangre y evitar que los títulos colisionaran en el futuro, las coronas impusieron una alianza matrimonial. Se dictaminó que, para que el hijo heredara ambas mercedes sin tacha legal, sus progenitores debían contraer matrimonio canónico y civil, unificando así la potestad sobre el menor.

De no aceptarse el enlace, el niño pasaría su infancia cruzando el Canal de la Mancha y el Golfo de Vizcaya cada semestre, una moneda de cambio arrojada entre dos hogares enemigos hasta su mayoría de edad.

La mañana en que el Tornado debía zarpar, el Támesis estaba cubierto por una mortaja de niebla que apenas permitía distinguir los mástiles de los navíos fondeados. Brent Reiner esperaba en el muelle de Greenwich. Vestía ropas civiles, pero conservaba el porte rígido de un oficial que se niega a arriar bandera, aun sabiendo que el navío está perdido.

Bella Inés bajó de la falúa con el niño en brazos, escoltada por Daniel de Mendaña, quien vigilaba a Brent con la mano firme en la

empuñadura de su sable. Se detuvieron a tres pasos de distancia. El silencio entre ellos era un abismo, cargado con el olor a pólvora vieja, el peso de las traiciones pasadas y el eco de palabras nunca dichas que ahora, por decreto de los reyes, se tornaban urgentes.

—Seis meses, Bella Inés —dijo Brent, con la voz endurecida por la derrota diplomática—. En septiembre, enviaré una fragata a la ría del Odiel. Si no entregáis al niño según el tratado, Inglaterra declarará el bloqueo total de vuestros puertos.

—Cumpliré el pacto por él, no por vos —respondió Bella Inés, apretando al pequeño contra su abrigo de piel—. Pero no esperéis que el niño os reconozca como algo más que el hombre que lo arrancó de su cuna.

Brent dio un paso adelante, ignorando la advertencia de Daniel. Miró a Bella Inés a los ojos, buscando algún rastro de la mujer que había leído poesía en Blackwood Manor, pero solo encontró a la Enviada del Rey.

—El Consejo ha hablado de matrimonio, Bella Inés. Alegan que es la única forma de que él no crezca como un extraño en ambas tierras. Unir el marquesado y el condado. Unirnos vuestra merced y la mía… otra vez.

Bella Inés soltó una risa seca, carente de alegría.

—¿Casarme con vos? ¿Después de que quemasteis mi casa y robasteis a mi hijo? Prefiero navegar eternamente entre los dos reinos antes que encadenarme a vuestro nombre.

—Entonces preparaos para las despedidas —replicó él, señalando el horizonte—. Porque cada seis meses, le arrancareis el corazón cuando lo veáis subir a mi barco. Y yo haré lo mismo cuando regrese al vuestro. Hemos creado un monstruo legal, Bella Inés. Un niño con dos reinos y ningún hogar.

Bella Inés subió a la escala Tornado sin mirar atrás. Mientras el bergantín largaba trapos y se alejaba Támesis abajo, Brent permaneció en el muelle hasta que la silueta de la rosa desapareció en la bruma.

El halcón y la rosa se habían dado una tregua, pero el precio era una condena: estarían ligados por la sangre del hijo de ambos, obligados a verse, a negociar y a odiarse dos veces al año, mientras

el niño crecía aprendiendo que el amor de sus padres era una frontera de guerra.

***

El Tornado apenas había superado las boyas de navegación del Támesis cuando el niño, ajeno al peso de los decretos y la ambición de las Coronas, se soltó de la mano de su madre. Corrió hacia la borda, con los ojos muy abiertos, y señaló con un dedo pequeño hacia el horizonte marino. Una gaviota surcaba el cielo gris, y el pequeño Pedro, con una sonrisa deslumbrante, mezcló los dos mundos que habitaban en su sangre.

—¡Look, mamá! —exclamó, señalando el vuelo del ave con entusiasmo infantil—. Bird. ¡Mira, mar!

La palabra se quedó suspendida en el aire, una amalgama perfecta de ambos idiomas que golpeó a Bella Inés con la fuerza de un naufragio. Observó a su hijo, escuchó su balbuceo donde el inglés de su padre y el español de su cuna se trenzaban sin fricción, y una verdad le atravesó el pecho: aquel niño no pertenecía a un mapa, sino a la vasta frontera de los dos reinos. No podía mutilar su identidad para saciar su propio orgullo.

Bella Inés dio la orden sin levantar la voz. No fue un grito de mando, sino una resolución silenciosa que Daniel de Mendaña acató al instante al ver la palidez en el rostro de su capitana: el bergantín viró, aprovechando la marea de la tarde para fondear de nuevo en los muelles de Londres. Bella Inés no cruzaría el Canal para someterse a un calendario de ausencias que cercenaría la mitad del alma de su hijo. Si el decreto exigía una custodia compartida, ella misma supervisaría la educación del vizconde en ambos mundos, bajo sus propios términos y sin dejar que nadie, ni siquiera Brent, intentara borrar la mitad de la herencia que el niño, con total naturalidad, ya reclamaba como propia.

Tras unos días de preparativos frenéticos, en los que delegó la custodia del Tornado en sus hombres de confianza, Bella Inés alquiló

un carruaje de posta. El trayecto hacia Hastings fue un desfile monótono de colinas verdes y neblinas que se aferraban a la tierra como fantasmas, envolviendo el carruaje en un aislamiento absoluto. Cada legua que la alejaba de la costa le resultaba una afrenta; aquel paisaje, tan ajeno y contenido, era ahora el suelo que alimentaba a su hijo, una realidad que la obligaba a confrontar una verdad dolorosa.

Bella Inés pasó el viaje observando a Pedro. Durante los meses que el niño había estado bajo la tutela de Brent, no había sido abandonado; por el contrario, mostraba una salud y una curiosidad vibrantes que la desconcertaron. El pequeño era un explorador incansable, atraído por todo lo que veía tras los cristales empañados. Balbuceaba palabras con una facilidad pasmosa, alternando fonemas ingleses y castellanos sin distinción alguna. Al escucharlo, Bella Inés cerró los ojos, sintiendo un vacío en el pecho que era, al mismo tiempo, una claridad devastadora: su hijo no era un prisionero de dos mundos, sino el habitante legítimo de ambos. La lealtad que ella sentía por su origen español empezaba a entender que, para proteger el futuro de Pedro, debía aprender a habitar el silencio y la bruma de esta tierra que antes solo había visto como un campo de batalla.

Al avistar el castillo de Lydd, Bella Inés comprendió la fuente de la amargura de Brent. Era una fortaleza de piedra negra, un nido de halcones erguido sobre los acantilados para desafiar tanto a los invasores como al mismo tiempo. Los retratos en los corredores —hombres de mirada gélida y mujeres de labios apretados— hablaban de un linaje forjado en el deber y el hierro. Lydd no era un hogar, era un bastión. Brent era el fruto inevitable de aquel silencio de siglos.

Su llegada sin previo aviso causó un gran revuelo en el servicio. Los criados, que habían escuchado leyendas sobre la «Rosa Negra» que había puesto de rodillas al Parlamento, se apartaban a su paso e inclinaban la cabeza ante su porte indomable. No buscó el saludo de bienvenida, sino que exigió ser conducida ante el conde.

Fue llevada a la biblioteca, una estancia vasta donde el olor a pergamino viejo se mezclaba con el humo de la turba que ardía en la

chimenea. Brent estaba de pie junto a un ventanal que daba al mar, contemplando la tormenta que se gestaba en el horizonte. Ya no vestía el uniforme de la Armada, sino una chaqueta de caza de paño oscuro que lo hacía parecer más un terrateniente feudal que un oficial de Su Majestad.

Brent no se giró al oírla entrar; esperó a que ella se detuviera. Cuando finalmente lo hizo, él se giró con una lentitud deliberada. Sus ojos se encontraron con los de Bella Inés: eran dos hojas de acero gris, frías y afiladas por meses de litigio.

Bella Inés soltó la mano de Pedro, que se había mantenido oculto tras los pliegues de su vestido. El niño, al reconocer la figura alta junto al ventanal, soltó un grito de alegría y salió disparado a través de la alfombra, corriendo con paso torpe hacia el hombre.

—¡Daddy! —exclamó el pequeño, abrazándose a sus piernas.

El impacto fue instantáneo. La frialdad del acero en la mirada de Brent vaciló y se rompió. Al agacharse para levantar al niño, el brillo de sus ojos cambió: no era la luz del sol, sino el fulgor húmedo de lágrimas contenidas que él se negaba a derramar, pero que no pudo ocultar. Ese instante de vulnerabilidad humana, cruda y desarmada, golpeó a Bella Inés con más fuerza que cualquier espada. Por primera vez, no vio al halcón depredador ni al lord arrogante, sino al hombre solitario que, entre los muros de su propio castillo, había aprendido a amar a su hijo con la misma intensidad que ella.

El conde ordenó un refrigerio, Bella Inés se quedó quieta hasta que él la invitó a sentarse. Brent no soltaba a su hijo, y respondía cada una de sus preguntas torpes, en inglés y que él niño las repetía en español. El mayordomo trajo una bandeja con té, le sirvió a ella una taza que Bella Inés sostuvo, aunque le tembló levemente en su mano, produciendo un tintineo contra el plato que interrumpió e intercambio entre padre e hijo. La furia que había traído desde Londres se disipó, reemplazada por una comprensión sofocante: la guerra que libraban ya no tenía sentido, porque ambos estaban luchando por el mismo corazón.

—He dado la vuelta en el estuario, Brent —comenzó ella, y su voz no tenía el filo del acero, sino la suavidad del terciopelo—. No

tengo valor para seguir en guerra con vos. No puedo soportar la idea de que nuestro hijo crezca en la cubierta de un barco que lo aleje de mí cada seis meses. Estoy cansada de la pólvora y de los decretos reales. —Hizo una pausa, mirando el vapor que subía de su taza—. Aceptaré ser vuestra esposa. Cumpliré con el tratado de las dos coronas y uniré mi casa a la vuestra, pero bajo una condición: Pedro debe vivir la mayor parte del año en mi reino. Dejad que crezca bajo el sol de Andalucía, y os prometo que nunca le faltará el respeto a vuestro nombre ni a vuestro linaje.

Brent permaneció inmóvil, observando el fuego de los ojos de Bella Inés. No era el fuego de la ira que había visto en la hacienda Guzmán ni en Blackwood Manor, sino la luz de un sacrificio absoluto. En ese momento, el conde de Lydd sintió que el escudo de hielo que había construido desde la muerte de su padre se resquebrajaba definitivamente.

El pequeño jugaba tirado en la alfombra ajeno a la debacle de sus padres.

Brent dejó su propia taza en la mesa y se acercó a ella. Por primera vez en años, su mirada era de una vulnerabilidad que Bella Inés no conocía.

—¿Creeis que os robé al niño por el marquesado o por el orgullo de los Reiner? —preguntó él con voz ronca—. Lo hice porque sabía que era la única forma de que volvierais a mí. Sabía que no cruzaríais el mundo por un hombre que creíais odiar, pero que lo haríais por un hijo. —Brent acortó la distancia, tomando las manos de Bella Inés entre las suyas—. Hace mucho tiempo que el rencor se convirtió en ceniza en mi pecho. El deseo de venganza murió en el momento en que os dejé aguardando mi regreso en Blackwood Manor, pero mi orgullo era demasiado grande para admitirlo. Os amo, Bella Inés. Os he amado desde las noches en que leíamos poesía mientras el mundo ardía fuera de la hacienda. Arrancar al pequeño de vuestros brazos fue el acto desesperado de un hombre que no sabía cómo pediros que os quedarais y me amarais.

Bella Inés lo miró, buscando el engaño, pero solo encontró la verdad desnuda. El halcón no venía a cazarla; venía a refugiarse en ella.

—No quiero ser vuestro captor, ni vuestro enemigo —continuó Brent, llevándose la mano de ella a los labios—. Solo quiero formar parte de vuestras vidas. Si el niño necesita el sol de España, iremos a España. Si necesita el mar, navegaremos juntos. Pero no me pidáis que os deje marchar otra vez.

Las lágrimas que Bella Inés había guardado durante meses de batallas legales y emboscadas en las dunas, finalmente rodaron por sus mejillas. El trato estaba cerrado, no con el sello de un rey, sino con una confesión que unificaba dos mundos que nunca debieron estar enfrentados.

—¿Vuestro silencio es un sí? —preguntó él con voz quebrada.

—Mi silencio es el enemigo al que tengo que combatir —confesó ella soltando un suspiro suave.

—Os amo marquesa de Valdeazores, Rosa Negra, corsaria de un reino sin piedad…

—Le arrebaté la vida a vuestro padre —confesó ella en un murmullo.

Brent sentía el profundo deseo de aprisionarla en sus brazos, de ofrecerle consuelo.

—Y mi padre se la arrebató al vuestro, pero yo quiero olvidar Bella Inés.

—Yo también, pero eso es imposible.

Brent le puso los dedos bajo la barbilla y le giró el rostro hasta donde estaba jugando el hijo de ambos.

—Lo imposible está allí en aquella alfombra ajeno a los odios, rencores, y fallos de estas dos personas que han perdido mucho, pero que han recuperado todo.

La Rosa Negra y el Halcón de Lydd ya no eran presas el uno del otro. En la biblioteca de aquel castillo inglés, rodeados del peso de la historia, decidieron escribir su propio futuro: uno donde el amor de madre y la redención de un hombre eran la única ley soberana.

CAPÍTULO 32

La boda en el castillo de Lydd no fue el despliegue público que Londres exigiría semanas después, sino el sellado real de un pacto entre dos almas que habían estado al borde de la destrucción mutua. Aquel día de primavera, el cielo de Hastings se despejó de sus habituales nubes grises, permitiendo que una luz clara y dorada bañara las piedras milenarias de la capilla de San Jorge, incrustada en el corazón de la fortaleza.

La concurrencia era una amalgama de voluntades imposibles. A la derecha, la aristocracia británica, con sus uniformes de gala y sedas sobrias; a la izquierda, la delegación española enviada por Godoy, una explosión de terciopelos oscuros, encajes de Bruselas y las bandas escarlatas de la Orden de Carlos III.

El silencio fue absoluto cuando Bella Inés de Hidalgo y Guzmán apareció en el umbral. No vestía el blanco nupcial de las novias inglesas, sino un diseño que honraba su estirpe: seda color marfil con bordados en hilo de oro que entrelazaban rosas —su emblema— y anclas navales. Sobre sus hombros caía una mantilla de encaje de Almagro que parecía una tela de araña plateada. En sus brazos no llevaba flores, sino al pequeño Pedro, quien observaba los vitrales policromados con la curiosidad pura de quien aún no conoce el peso de su linaje.

Brent Reiner la esperaba ante el altar. Vestía, por última vez, su uniforme de gala de la Royal Navy; no como el oficial que buscaba la victoria, sino como el hombre que, al fin, reclamaba su hogar. Cuando Bella Inés llegó a su lado, Brent tomó al niño con un brazo y la mano de ella con el otro. El contacto fue firme, un anclaje tras años de naufragios emocionales.

El obispo de Londres y el capellán enviado por la corona española oficiaron la ceremonia en latín, el idioma que, como una tregua eterna, unificaba ambas fes.

—*Ego conjungo vos in matrimonium...* —resonó en las bóvedas góticas.

Cuando llegó el momento de los votos, Brent se desvió del protocolo. Miró a Bella Inés a los ojos, ignorando a los diplomáticos y a los espías que tomaban nota de cada gesto.

—Os tomo no solo como mi esposa ante la ley de este reino —dijo con voz clara—, sino como la guardiana de mi honor y la única madre de mi estirpe. Mi casa es la vuestra, y mi vida será, desde hoy, el escudo que protegerá vuestra libertad.

Bella Inés respondió con la misma intensidad, apretando los dedos de Brent hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

—Os acepto como mi esposo, Brent Reiner. Que este anillo sea el fin de nuestra guerra y el comienzo de nuestra travesía. Lo que el fuego separó, que el mar y nuestra propia sangre lo mantengan unido.

Tras el intercambio de alianzas, los novios se retiraron a la sacristía para firmar el acta. Fue un momento de gravedad histórica: el conde de Lydd y la marquesa de Valdeazores estamparon sus firmas en un documento que portaba, como una paradoja diplomática, el sello de Jorge III junto al de Carlos IV.

Al salir de la capilla, los cañones del castillo dispararon una salva de veintiuna detonaciones, respondidas desde el mar por el Tornado y el Reckoning, que fondeaban juntos en la bahía de Hastings. Los hombres de ambos navíos, antaño enemigos mortales, lanzaron sus sombreros al aire en un estruendo de júbilo que recorrió toda la costa de Sussex.

En el banquete posterior, bajo las vigas de roble del Gran Salón, los diplomáticos brindaron con vino de Jerez y cerveza inglesa. El pequeño Pedro, ahora oficialmente vizconde de Hastings y heredero del marquesado de Valdeazores, pasaba de los brazos de Daniel de Mendaña a los de Julie, la hermana de Brent. Al verlos, Bella Inés y Brent se cruzaron una mirada. El pacto estaba sellado; la guerra había terminado, pero la verdadera conquista —la de sus propios corazones— apenas comenzaba.

***

La algarabía de la celebración comenzó a desvanecerse en un murmullo lejano cuando las pesadas puertas de roble de la cámara principal del castillo de Lydd se cerraron, dejando fuera el protocolo, los tratados internacionales y las miradas expectantes de dos reinos. Dentro, solo quedaba el crepitar de la leña de abedul en la chimenea y el aroma a lavanda y salitre que siempre parecía acompañar a las personas de mar.

Brent se despojó de la casaca de gala, lanzándola sobre un sillón con la despreocupación de quien se quita una armadura que ya no necesita. Se volvió hacia ella. Bella Inés estaba de pie junto al balcón entreabierto, permitiendo que la brisa nocturna de Hastings agitara los encajes de su vestido de novia. Bajo la luz de las velas, su silueta era una obra de arte tallada en sombras y seda marfil.

Él se acercó con pasos lentos, el corazón golpeando su pecho con más fuerza que en cualquier abordaje. Al llegar a su altura, rodeó su cintura con los brazos, atrayéndola contra su pecho. Bella Inés suspiró, inclinando la cabeza hacia atrás para apoyar la nuca en el hombro de su esposo.

—Al fin —susurró él, hundiendo el rostro en el hueco de su cuello—. Al fin solos, Bella Inés.

Ella se giró en sus brazos, rodeándole el cuello con las manos. Sus ojos oscuros, antes cargados de fuego de guerra, ahora solo reflejaban una ternura infinita, una rendición que no nacía de la derrota, sino del deseo.

—He pasado tantas noches imaginando este momento —confesó ella, acariciando la nuca de Brent—. En las noches frías, en la soledad de mi palacio en España... siempre estabais vos. Como un fantasma, como un enemigo, pero siempre ocupando cada rincón de mi mente.

Brent la alzó en vilo, llevándola hacia la inmensa cama de dosel tallado. La depositó sobre las colchas con una delicadeza que contrastaba con la fuerza de sus manos curtidas. Se arrodilló sobre el colchón, deshaciendo con dedos temblorosos los pequeños

botones de perla que cerraban el corpiño de Bella Inés. Cada centímetro de piel que quedaba al descubierto era una nueva tierra conquistada, una tregua firmada con besos.

Cuando el vestido cayó a los pies de la cama, Bella Inés desabrochó la camisa de Brent, dejando al descubierto la cicatriz en su costado, la marca de aquel duelo que casi los separa para siempre. Ella la besó con devoción, sanando con sus labios el último vestigio del odio.

—Prometedme —dijo ella, con la voz quebrada por la emoción —, que no habrá más secretos entre nosotros. Que no habrá más naves que nos alejen, ni banderas que nos dividan.

Brent se cernió sobre ella, entrelazando sus dedos con los de Bella Inés contra las almohadas. Sus ojos grises ardían con una intensidad que la hizo estremecerse.

—Os lo prometo por mi vida, por nuestro hijo y por cada gota de sangre que corre por mis venas. Sois mi norte, Bella Inés. Mi puerto y mi mar. No hay Inglaterra, ni España, ni leyes que puedan separarme de vos ahora que os he recuperado.

El encuentro fue una danza de fuego y seda. No hubo la ponzoña de su primer encuentro en la hacienda, marcado por la violencia del deseo y la desconfianza, sino una entrega total, profunda y consciente. Brent la amó con una intensidad que buscaba compensar cada día de ausencia, recorriendo su cuerpo con la veneración de quien descubre un tesoro largamente buscado. Ella respondió con la misma pasión, entregándose al hombre que, a pesar de todo, había demostrado ser su mitad perfecta.

En el clímax de su unión, bajo el dosel de aquel castillo inglés, el halcón y la rosa se fundieron en un solo ser. No hubo más capitanes, ni marquesas, ni enemigos; solo dos almas que habían cruzado océanos y desafiado a reyes para encontrarse de nuevo en la calidez de un abrazo.

Horas después, cuando el fuego de la chimenea se había reducido a brasas doradas, permanecieron abrazados bajo las sábanas de hilo. Bella Inés apoyaba la cabeza en el pecho de Brent, escuchando el latido acompasado de su corazón.

—Me parece un sueño —murmuró ella, trazando círculos invisibles en su piel—. Hace un mes estaba preparada para mataros, y ahora... ahora no puedo imaginar un segundo sin vos.

Brent la estrechó más fuerte, besando su coronilla.

—Es el poder de la rosa, mi vida. Sus espinas me hirieron, pero su aroma me devolvió la razón. Mañana empezaremos a planear nuestro regreso.

—¿A casa? —preguntó ella con esperanza.

—A casa —confirmó él—. Reconstruiremos la Hacienda Guzmán y Blackwood Manor. Plantaremos las rosas más hermosas de Andalucía y de Plymouth, criaremos a nuestro hijo bajo el sol. El castillo de Lydd esperará nuestras visitas... —ella lo interrumpió.

—También esperará el Palacio de la Rosa —apuntó ella.

—Porque nuestro hogar será donde estéis vos y yo.

Se besaron una última vez, un beso largo y dulce que sabía a promesa cumplida y a futuro compartido. El mar rugía fuera, contra los acantilados de Hastings, pero por primera vez, su sonido no era una amenaza, sino una canción de cuna para el amor que finalmente había encontrado su puerto.

EPÍLOGO

El sol de la tarde caía con una reverberación dorada sobre las marismas del Odiel, tiñendo las aguas de la ría con matices de cobre y púrpura. El Palacio de la Rosa, cuya piedra había sido testigo de asedios, emboscadas y nacimientos, se alzaba ahora con una majestuosidad renovada, despojado de las sombras del pasado y abierto a la brisa que llegaba desde el Atlántico. Ya no era una fortaleza defensiva, sino un hogar vivo, cuyas ventanas permanecían abiertas de par en par, permitiendo que el aire salino se mezclara con el perfume embriagador de los jardines.

Bella Inés de Hidalgo y Guzmán caminaba por la galería superior, la misma donde tantas noches había velado en soledad, pero ahora sus pasos tenían una cadencia ligera, libre del peso de la incertidumbre. Vestía un traje de lino ligero que favorecía sus movimientos, y en su pecho, el broche de plata —la rosa y el ancla— seguía ocupando el lugar de honor, no ya como un amuleto de guerra, sino como el emblema de su familia unificada.

Brent se lo había devuelto en el primer aniversario de boda.

Se detuvo a observar el patio interior. Allí, bajo la sombra de los naranjos, Pedro Brent, que ya contaba con cinco años, corría con una energía inagotable. El niño, un puente viviente entre dos imperios, gritaba órdenes en una mezcla caótica de español e inglés a un cachorro de galgo que lo perseguía tropezando con sus propias patas. La risa del pequeño, clara y vibrante, era la melodía que había terminado de expulsar los últimos fantasmas que habitaban el palacio.

Sintió unas manos firmes y cálidas posarse sobre sus hombros. No necesitó girarse para saber que era Brent. El contacto de su esposo siempre le provocaba ese pequeño escalofrío de reconocimiento, una chispa que los años de convivencia no habían logrado apagar. Brent la rodeó con sus brazos, entrelazando sus dedos sobre el vientre de Bella Inés, y apoyó la barbilla en su hombro.

—Está intentando construir un barco con las ramas de los naranjos —comentó Brent con una nota de orgullo en su voz ronca —. Daniel dice que tiene la mano de un ingeniero y el temperamento de un corsario.

Bella Inés sonrió, reclinándose contra el pecho firme de Brent.

—Dios nos libre de otro corsario en la familia. Ya hemos tenido suficiente pólvora para dos vidas, milord.

Brent rio suavemente, un sonido que Bella Inés adoraba porque era el triunfo de la paz sobre la rigidez del oficial que una vez fue. Él ya no vestía el azul marino de la Royal Navy; prefería las camisas de cuello abierto y las botas de cuero español, adaptándose a la vida de Andalucía con una naturalidad que a menudo sorprendía a los diplomáticos que aún visitaban el palacio para tratar asuntos del marquesado y el condado.

—Quizás sea arquitecto —continuó Brent, depositando un beso tierno en la sien de su esposa—. O quizás simplemente un hombre que ame esta tierra tanto como su madre. Aunque, a juzgar por cómo mira el horizonte cada vez que el Tornado entra en puerto, me temo que el mar lo llamará tarde o temprano.

Bella Inés suspiró, volviéndose entre sus brazos para mirarlo de frente. La luz del atardecer resaltaba las líneas de expresión alrededor de los ojos grises de Brent, surcos ganados por la risa y la felicidad, no por el dolor. La cicatriz de su costado era ahora solo un mapa de su historia común, una prueba de que el amor podía sobrevivir incluso a las heridas que se infligen en nombre del honor.

—Mientras el mar lo devuelva siempre a casa, no me importará que escuche su llamada —respondió ella, rodeándole el cuello con los brazos—. Al menos ahora sabemos que no navegará hacia una guerra contra su propio padre.

Brent la atrajo más hacia sí, acortando la escasa distancia que los separaba. El Palacio de la Rosa estaba en silencio, a excepción del rumor lejano de la fuente y las voces distantes de los criados en las cocinas. Era un momento de paz absoluta, el tipo de paz que ambos habían creído imposible cuando estaban en lados opuestos del océano.

—Habéis hecho maravillas con este lugar, Bella Inés —murmuró él, recorriendo con la mirada los frescos restaurados y la piedra pulida—. La Hacienda Guzmán en Santo Domingo sigue en pie, igual que Blackwood Manor, pero este palacio... este es el verdadero corazón de la rosa y el halcón.

—Es nuestro refugio, Brent. El lugar donde el halcón dejó de cazar para empezar a proteger.

Se besaron con una parsimonia dulce, saboreando la certeza de que ya no había nada que ocultar ni nada por lo que huir. Su amor, forjado en la traición y templado en la batalla, se había convertido en un faro. Habían demostrado a dos reinos que las fronteras del corazón no se rigen por tratados diplomáticos, sino por la voluntad de perdonar y la valentía de amar.

De repente, un pequeño bulto se interpuso entre sus piernas. La niña, con las mejillas encendidas y el pelo castaño rojizo alborotado, tironeaba de la camisa de su padre.

—¡Papá! ¡Mira! —exclamó la niña de tres años, extendiendo una rama de naranjo que, con mucha imaginación, recordaba la quilla de un navío.

—Clara Lisa, eso es una varita mágica —respondió Brent con la mirada llena de amor, y sabiendo que esa era la respuesta que esperaba Bella Inés.

Brent y alzó a la niña y la sentó sobre su hombro. Clara Lisa soltó un grito de alegría mientras se aferraba al cabello de su padre. Bella Inés los observó, sintiendo que su pecho se ensanchaba con una plenitud que desbordaba cualquier título nobiliario.

En el despacho de Bella Inés, los mapas seguían extendidos, pero ahora trazaban rutas comerciales y viajes familiares, no emboscadas navales. El sable de la Rosa Negra descansaba en una vitrina de honor, una reliquia de un tiempo pasado, mientras que, en la biblioteca de Brent, los libros de poesía que una vez leyeron en la hacienda ocupaban un lugar central.

El murmullo del mar, siempre presente en los muros del Palacio de la Rosa, se vio interrumpido aquella tarde por el sonido de carruajes y el revuelo de la servidumbre en el patio de armas. El puerto de Huelva había recibido esa mañana a una elegante fragata

con pabellón británico, y con ella, el esperado encuentro que terminaría de unir los cabos sueltos de dos familias.

Julie, la hermana de Brent, cruzó el umbral del palacio con los ojos brillantes, asombrada por la luz y el aroma de los naranjos que nada tenían que ver con la humedad de Hastings. A su lado, su esposo, el vizconde Ashburton, caminaba con la curiosidad de quien pisa tierra de leyendas. Cuando Brent apareció en la galería, ya no como el oficial rígido, sino con el semblante relajado de un hombre que ha encontrado su centro, los hermanos se fundieron en un abrazo que borró años de distancia y angustias.

—Es el lugar más hermoso que he visto nunca, Brent —susurró Julie, apartándose para mirar a su hermano—. Ahora entiendo por qué siempre retrasáis vuestro regreso a Lydd.

Bella Inés salió a recibirlos portando en sus brazos a la pequeña Clara Lisa, llamada así en honor a sus dos abuelas. La niña, era un delicado equilibrio entre la elegancia española de su madre y la mirada inquisitiva de los Reiner. Al verla, Julie no pudo contener la emoción; tomó a la pequeña en brazos, que ya pesaba lo suyo, maravillada por la paz que reinaba en aquel hogar que una vez fue el epicentro de un conflicto internacional.

La cena se sirvió en la terraza, bajo un cielo cuajado de estrellas que parecían diamantes sobre el terciopelo negro del Atlántico. El jerez dorado brillaba en las copas de cristal y las risas de Pedro y Clara Lisa, que jugaba con sus primos ingleses, llenaban el aire con una música que años atrás hubiera parecido imposible. El cuñado de Brent, fascinado por la crónica de la recuperación de la hacienda y la compleja legitimación de los títulos, brindó con fervor por la prosperidad de ambas casas.

Brent, con un brazo rodeando los hombros de Bella Inés y sintiendo el calor de su cuerpo junto al suyo, no pudo evitar que su naturaleza competitiva aflorara en una broma cargada de afecto.

—Todo esto es magnífico, y reconozco que el sol de Andalucía le sienta bien al linaje de los Reiner —dijo, guiñándole un ojo a su hermana—. Pero para mantener el equilibrio del Tratado de Westminster y no herir el orgullo de Su Majestad, creo que el siguiente de nuestros hijos debería tener el detalle de nacer en suelo

inglés. Al menos para que conozca el olor a turba y la lluvia de Hastings antes de aprender a navegar.

Los comensales rieron, pero Bella Inés guardó silencio un segundo, con una sonrisa enigmática que pareció detener el tiempo. Dejó su copa sobre la mesa y tomó la mano de Brent, llevándola hacia su vientre, todavía plano bajo la seda del vestido, pero guardando ya un secreto que solo ella conocía.

—Entonces, milord, me temo que deberéis empezar a preparar el Reckoning para una travesía cómoda —susurró ella, con los ojos centelleando bajo la luz de las velas—. Porque este nuevo brote de la rosa parece tener prisa; si los vientos son favorables, nacerá justo a tiempo para ver la primavera en los acantilados de Lydd.

El silencio que siguió fue breve, roto por la exclamación de júbilo de Brent y de su hermana. Brent, eufórico, alzó su copa:

—¡Por la hermosa e intrépida tripulación de Reiner que me ha prometido la Rosa Negra!

Bella Inés chasqueó la lengua con fingido desdén, mientras Julie, divertida, decidió aprovechar la ocasión para bajarle los humos a su hermano.

—Contadnos de nuevo, Bella Inés: ¿cómo fue posible que vencierais a mi hermano en dos ocasiones con el acero?

La sonrisa de Brent se enfrió de inmediato; esa era una espina que aún le pinchaba el orgullo.

—Ah, es que la Rosa Negra contaba con la ventaja de que entonces la creía una damisela indefensa —se defendió Brent, con una ironía que no lograba ocultar su molestia—. Y un caballero que se precie siempre le ofrece ventaja al sexo opuesto.

Bella Inés se acarició el vientre, dedicándole a su esposo una sonrisa de medio lado, cargada de una victoria silenciosa.

—Ese es siempre el mayor error de los ingleses, querida Julie —respondió ella, mirando a Brent con un brillo de desafío—. Creerse que pueden vencer a las rosas del imperio más indomable del mundo.

Las protestas de Brent y del Vizconde de Ashburton, indignados ante la provocación, se escucharon hasta el último rincón de la hacienda, provocando carcajadas en toda la mesa. Bajo el cielo

de Andalucía, con el eco de dos idiomas fundiéndose en una sola familia, la historia del Halcón y la Rosa cerraba su círculo más perfecto. El amor no solo había sobrevivido a la venganza y a la razón de Estado; seguía floreciendo, imparable, sembrando un futuro que unía para siempre las dunas de España y los acantilados de Inglaterra.

Copyright ©2026 Arlette Geneve
©Diseño portada/Arlette Geneve
Sello: Independently published
Derechos exclusivos de ediciones en español
para todo el mundo. Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún
medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o
fotocopia, sin autorización escrita del editor.